

Historia del socialismo en China

Programme Communiste, 1964-1966

Índice

I	2
II	28
III	53
IV	83
V	122
VI	148
VII	193

I (nº27 de abril-junio de 1964)

En las décadas que siguieron a la Revolución de Octubre, el movimiento social en China adquirió una amplitud y una agudeza que sólo pueden explicarse por el agravamiento de los conflictos interimperialistas en torno al reparto del continente y la participación activa del proletariado chino en las luchas políticas. El periodo anterior, que culminó con la revuelta de los Taiping, había visto estallar la primera oleada de este movimiento contra el poder expansionista del capitalismo europeo, que se había recuperado de sus crisis de 1848 y 1870. Pero en Asia, este movimiento seguía siendo políticamente amorfo.

Por el contrario, bajo la influencia de la revolución rusa, las luchas de clases adoptaron rápidamente una forma política. En 1918, Sun Yat-sen fundó un gobierno nacionalista burgués en Cantón. Poco después se formó el Partido Comunista de China. Asia entraba así en la historia moderna. Pero ¿lo haría por la puerta trasera de la democracia burguesa, ya condenada en el resto del mundo, o marcaría el fin de su aislamiento con la victoria de la revolución proletaria?

La degeneración de la Revolución de Octubre aniquiló cualquier posibilidad que tuviera el proletariado chino de poner fin a su sufrimiento y a su marcha hacia el poder. Pero el estalinismo no ayudó al movimiento nacionalista burgués, ya que tuvieron que pasar treinta años para que se cumpliera la promesa de Sun Yat-sen de una «democracia popular». Tampoco bastó con haber escrito los principios políticos del Capital en letras de oro en la constitución maoísta. La «cuestión china» sigue existiendo. Por supuesto, ya

no se trata de saber si el proletariado chino será capaz de imponerse en las luchas políticas y sociales de la revolución burguesa y en la arena mundial del conflicto de clases. Ya no son sus propios intereses los que están en primer plano en la «cuestión china», sino los del Estado burgués que trata de ganarse su lugar en el concierto de las naciones. Pekín es un buen ejemplo de lo que se suponía que debía conseguir el movimiento de la «democracia popular», no la emancipación social de los oprimidos, sino la emancipación nacional del capitalismo chino.

En el momento en que los ejecutores de la voluntad de Sun Yat-sen han tenido que romper la alianza que la burguesía china había concluido con Moscú en 1924, sacrificando durante mucho tiempo la independencia política del partido del proletariado, el papel reaccionario de la URSS se hace evidente incluso para sus acólitos más fieles. Pero para nosotros, la ruptura sino-soviética no sólo revela la oposición de un capitalismo ya maduro a la rivalidad de un joven competidor, como la de la Inglaterra burguesa a la Francia de la Revolución y del Imperio. Más allá de este conflicto de intereses entre el Estado ruso y el Estado chino, los comunistas deben redescubrir los términos del gran debate sobre el destino de la revolución proletaria en Asia, que los actuales dirigentes chinos han saboteado tanto como Stalin. ¡A este Stalin apelan contra Jruschov!

Por grande que sea la responsabilidad de la URSS en la derrota del proletariado chino, en su adhesión al programa y al poder burgueses, la polémica con Jruschov, el falso «extremismo» de Pekín, no tienen otro objetivo que prolongar la confusión y el sometimiento de los proletarios chinos

invitándoles a agruparse en torno a «su» gobierno para construir el «verdadero socialismo». Si alguna vez logra corregir los errores cometidos por Moscú con China, el «socialismo chino» no podrá pretender corregir los errores cometidos con el comunismo revolucionario. Pues la historia del movimiento proletario en China ha estado marcada por el fracaso de los proletarios a la hora de formar un partido de clase que planteara y resolviera de forma internacionalista los problemas teóricos y tácticos de la revolución china.

El siguiente estudio está dedicado a recordar estos problemas, que no son académicos sino que representan la carne y la sangre de las generaciones pasadas. Al mismo tiempo que crecen los antagonismos sociales engendrados por la acumulación capitalista y las dificultades que encuentra en China como consecuencia del imperialismo ruso-americano, la toma de conciencia por el proletariado chino de los defectos que han ligado su destino al de la burguesía nacional será el elemento decisivo de un renacimiento de clase. Entonces, la Comuna de Cantón, que se levantó al grito de «¡Abajo el Kuomintang!», tendrá su eco en un movimiento aún más poderoso contra la «democracia popular» fundada por los herederos políticos del Kuomintang.

1º Teoría y principios

La invarianza del marxismo contra el «socialismo nacional»

El marxismo se estableció definitivamente como la doctrina del proletariado revolucionario en las condiciones históricas y sociales creadas por el auge del capitalismo industrial en Europa Occidental. Pero no era ni alemán, ni inglés, ni francés. La lucha que libraron sus representantes contra Proudhon, Lassalle y,

más tarde, los socialrevolucionarios rusos, fue una lucha contra las concepciones pequeñoburguesas del «socialismo nacional». Desde el principio, Marx y Engels supieron extraer de las leyes económicas del capital y de las formas políticas de su dominación los principios fundamentales del partido de clase, válidos para todos los tiempos y todos los países. Por eso, desde entonces, la tarea de los comunistas no ha sido «adaptar» el marxismo a las circunstancias locales y coyunturales de la lucha de clases, sino simplemente llevarlo al proletariado, convertirlo en su arma, unir el movimiento obrero y su teoría revolucionaria.

Los falsificadores estalinistas presentaron la obra de Lenin como una brillante «adaptación» del marxismo a la Rusia atrasada, y los chinos dieron a su «socialismo» los mismos atributos nacionales y populares. Sin embargo, está bastante claro que la cuestión nacional y colonial no impone ningún tipo de «enriquecimiento» al marxismo y no justifica ninguna revisión. Fue en el corazón mismo de la revolución burguesa alemana donde Marx lanzó el «Manifiesto Comunista» y definió las tareas del partido de clase. En cuanto a Lenin, su grandeza reside en haber conducido la revolución antifeudal rusa a la dictadura del proletariado. Pero ambos hicieron depender el éxito definitivo de los proletarios alemanes y rusos de la suerte de la revolución mundial, de las luchas de clases en los países capitalistas más avanzados, y no de «enriquecer» el marxismo con la teoría de la «construcción del socialismo en un solo país».

Debido a que Octubre Rojo degeneró, trayendo consigo la bancarrota de la III Internacional, la conjunción histórica del movimiento nacional de los pueblos oprimidos y el movimiento comunista internacional no pudo tener

lugar. China fue la primera víctima. Cuando estalló el «bloque de las cuatro clases» en Cantón, cuando Chiang Kai-shek se disponía a desempeñar el papel de Kerensky, Moscú prohibió al partido chino lanzar la consigna de octubre: «Todo el poder a los soviets». Moscú, además, ya había resuelto el destino del PCCh imponiendo su alianza con el partido burgués Kuomintang. Pero Stalin lo hizo mejor: supo cortar todos los puentes entre la revolución china y las luchas de clases en Europa. La huelga general inglesa coincidió con la embestida de los proletarios chinos. Stalin la sabotó creando, con los sindicatos corruptos, el famoso «Comité anglo-ruso» que liquidó el movimiento obrero británico más poderoso de la posguerra. Puede decirse que el acta de nacimiento del «socialismo chino» fue firmada en Moscú, por Stalin, con la sangre de la contrarrevolución.

Al mismo tiempo, se invirtió la relación entre el movimiento proletario de los países avanzados y los movimientos nacionales de las colonias. La gente ya no esperaba, como Lenin, la salvación de las revoluciones rusa y china del éxito del movimiento comunista en Europa. La luz vendría del Este y los proletarios de Occidente sólo tendrían que esperar su liberación de la «construcción del socialismo» en la URSS o de la independencia nacional de los países de África y Asia, que debilitaría los «monopolios» imperialistas y fortalecería la «democracia». De este modo, las revoluciones nacionales fueron tergiversadas como «socialistas» y el proletariado tuvo que defender los intereses de la nación y de la democracia. En los países atrasados, debían defenderse los intereses de la nación y de la democracia. En los países capitalistas avanzados, donde la era de la revolución burguesa había terminado en 1870, el «socialismo nacional»

llamaba al proletariado a hacer causa común con la pequeña burguesía contra los «monopolios extranjeros», contra el «fascismo» y por la «renovación de la democracia». En los países atrasados, se empujó al proletariado a formar un bloque con la burguesía «patriótica» para lograr la «revolución nacional» o incluso (como en el caso de China), se impuso al proletariado las tareas de la fracasada burguesía, históricamente condenada, y le hizo llevar a cabo no su propio programa de clase, sino el del Capital.

En la era del imperialismo, no hay estado burgués atrasado que no levante su tienda bajo la bandera del «socialismo». Pero este «socialismo nacional» tiene una historia internacional: la de la contrarrevolución. En China, en particular, representa la ideología que se impuso sobre las ruinas del partido de clase.

Perspectivas de una revolución doble

La cuestión fundamental de todo el movimiento social en Rusia había sido si este país atrasado debía alcanzar a Occidente tomando también el camino burgués europeo, o si sería posible evitar el capitalismo. Los eslavófilos y los populistas contrarrestaron a los liberales occidentalistas, que rechazaban cualquier salto histórico sobre la sociedad burguesa, creyendo que el secreto residía en el pasado reaccionario de Rusia. Para ellos, el comunismo aldeano, el *mir*, ofrecía todas las promesas de una transición directa al comunismo superior. Pero hacían la vista gorda tanto a la existencia de un poderoso feudalismo ruso como a las primeras semillas del desarrollo capitalista en el Imperio zarista.

El marxismo contrarrestó esta concepción nacional e idealista del salto sobre la fase burguesa con su concepción científica e internacionalista del desarrollo combinado. En primer lugar, hizo hincapié en la descomposición de las comunidades aldeanas y demostró que la lucha de los campesinos no consistía en defender la propiedad colectiva, sino el reparto del suelo y el derecho a la propiedad privada. Por consiguiente, estas luchas de clases sólo podían desembocar en una revolución burguesa. Sin embargo, esta revolución tendría lugar en condiciones históricas tales que la burguesía, no sólo en Rusia sino en todo el mundo, ya habría producido su sepulturero: el proletariado. Así, en la revolución rusa existía la posibilidad de acortar la miseria de la acumulación capitalista si el proletariado ruso lograba organizarse como destacamento de vanguardia del proletariado internacional y si su acción daba la señal para la revolución socialista en Europa.

Ante un atraso aún mayor del campo chino y una concentración más gigantesca del capital extranjero en ciudades como Shanghái, Hong Kong y Cantón, se planteaba la misma cuestión para China. ¿Conseguiría dar el salto de los siglos y de los modos de producción que la llevarían de las formas aún primitivas de la sociedad de clases a las fronteras históricas de la sociedad sin clases? La presencia del poder proletario en Rusia reforzó estas posibilidades al incluir la lucha directa contra la dominación del capital en la agenda política mundial.

Al igual que en la Rusia prerrevolucionaria, en China existía una corriente nacionalista que idealizaba las estructuras comunales de un pasado pasado como la solución para el futuro. Un eco de ello puede encontrarse en el breviarío

político de Chiang Kai-shek «Destino de China». Pero la crisis social ya no podía resolverse a la manera de los antiguos reformistas, redistribuyendo tierras y cambiando dinastías.

En cuanto al «populismo» chino ejemplificado por Sun Yat-sen, el fundador del Kuomintang, se diferenciaba del populismo ruso en que era menos audaz teóricamente, ya que no preveía tan ingenuamente evitar el capitalismo, sino que situaba el «socialismo» al final de la revolución nacional y democrática. A diferencia del populismo ruso, tampoco «acudió al pueblo»; simplemente envió... al Partido Comunista. Incluso en su forma más organizada y ya reaccionaria, el Kuomintang, nunca consiguió penetrar y representar verdaderamente al campesinado chino. Esto es lo que un partido de clase del proletariado debería haber denunciado en lugar de haber dado su apoyo político al Kuomintang, recluyendo de ese modo al movimiento social en los estrechos límites de la «democracia popular».

El criterio aplicado por los bolcheviques a Rusia era, pues, igualmente válido para China. Acosada por un proletariado creciente, la burguesía «nacional» dudaría en llevar su revolución a buen puerto. Esto no era motivo para que el proletariado abandonara su bandera, ¡al contrario! Como en Rusia, la aparición de los *soviets* en China marcaría el doble carácter de esta revolución al vincularla al movimiento comunista del proletariado internacional. Los comunistas de China debían, pues, prepararse para lanzar a la lucha de clases la consigna de la revolución permanente. Esta era la única línea política impuesta a China por la ley del desarrollo combinado de un movimiento burgués nacional coincidente con la acción de los obreros organizados. La fuerza de esta ley no fue negada por

el fracaso del proletariado. Pues la clase que debería haber tenido la iniciativa histórica, en cierto sentido, la ha conservado, llevando a cabo no su propia revolución, sino el trabajo sucio de la burguesía fracasada. ¡Tan cierto es que el capital sólo vive de los errores y derrotas de los proletarios!

Sobre la «esencia» de la burguesía colonial

El estalinismo hizo todo lo posible por oponer a la concepción dialéctica del desarrollo combinado una concepción gradualista que excluyera todo salto por encima de la «etapa» burguesa. No lo hizo en aras de la teoría, sino para justificar en China una táctica distinta a la del Octubre ruso: la táctica menchevista de la «revolución por etapas». La «ciencia» estalinista se dedicó entonces a cavar un abismo infranqueable entre China y Rusia.

Para hacer más aceptable la «construcción del socialismo» en la URSS, la historiografía soviética ya se había apresurado a compensar el retraso histórico de Rusia respecto a Europa estableciendo un falso paralelismo en su desarrollo capitalista. Trotsky lo denunció en su polémica contra el historiador Pokrovsky. Se desarrolló una teoría para China que pretendía contrastarla con la Rusia zarista en dos aspectos esenciales: el yugo colonial y un feudalismo aún más poderoso y atrasado en el campo. Según esta teoría, la presión del imperialismo debería hacer que la burguesía anticolonial china fuera más revolucionaria que la burguesía antizarista rusa. De ello se deducía, por supuesto, que durante todo un período esta burguesía debería tener vía libre y el apoyo del proletariado para derribar la dominación extranjera. He aquí lo que Trotsky respondió en su folleto [«La revolución china y las tesis de Stalin»](#):

(...) Una política que ignorara la poderosa presión ejercida por el imperialismo sobre la vida interna de China sería radicalmente falsa. Pero no menos errónea sería la política que partiera de una idea abstracta de opresión nacional, sin conocer su refracción en las clases.

(...) El enorme papel que juega el capital extranjero en la vida de este país es la razón por la que sectores muy importantes de la burguesía, la burocracia y la casta militar han ligado su destino al del imperialismo. Sin esto, sería imposible comprender el colosal papel de los militaristas en la China moderna. Sería ingenuo creer que existe un abismo entre la burguesía de los compradores, es decir, los agentes económicos y políticos del capital extranjero en China, y la burguesía «nacional». Al contrario, estas dos categorías están incomparablemente más próximas entre sí que la burguesía y las masas obreras y campesinas. La burguesía participó en la guerra nacional como freno interno, lanzando continuamente una mirada hostil a los obreros y campesinos, siempre dispuesta a transigir con el imperialismo.

Como la revolución china de 1924-1927 coincidió con los últimos estallidos revolucionarios del proletariado occidental, en un momento en que el fascismo y los frentes populares aún no habían cristalizado los bloques de la Segunda Guerra Mundial, la «cuestión china» sirvió de trampolín para el reformismo en los movimientos nacionales y coloniales. Pero la posición defendida entonces por Trotsky se confirmó en todos los demás casos. Lejos de ser más «revolucionarias», las burguesías nacionales son siempre más cobardes y oportunistas en la era del imperialismo. Las lecciones del Octubre ruso también

eran válidas para los países coloniales de África y Asia. Como demostró Trotsky, al derivar el carácter revolucionario de la burguesía china del yugo colonial, estábamos repitiendo el error (y la táctica) de los mencheviques que derivaban una supuesta «naturaleza» revolucionaria de la burguesía rusa de la explotación feudal. Si era posible elevar las revoluciones anticoloniales al nivel de revoluciones nacional-burguesas, no era posible para el marxismo situarlas por encima de las revoluciones burguesas clásicas. Al contrario, más que una revolución burguesa clásica, una revolución anticolonial desafiaba los intereses del capitalismo mundial y, por tanto, pone necesariamente en primer plano a los verdaderos protagonistas de la lucha de clases en la era imperialista: la burguesía y el proletariado.

La teoría del «feudalismo» chino

La teoría estalinista del «feudalismo chino» no era más inocente que la de la «naturaleza revolucionaria» de la burguesía anticolonial. Su objetivo era también embellecer el papel de la burguesía «nacional» presentándola como la emancipadora del siervo. Pero la burguesía china tenía aún menos interés en dirigir la revolución agraria que en Rusia, y aún menos «misión antifeudal» que cumplir que en Rusia.

De hecho, el retraso de China, como el de Rusia, se debió entre otras cosas a la incapacidad de su burguesía para constituirse en clase dominante y autónoma. No se había desarrollado, como la burguesía europea, en oposición a las demás clases de la vieja sociedad, sino como un mero apéndice de ésta. Se había injertado de forma natural en la casta de los mandarines a través del

comercio de la tierra, que había permanecido libre durante casi dos milenios. A diferencia del siervo, el campesino chino siempre ha podido vender, comprar o alquilar sus tierras. Los terratenientes no eran una clase privilegiada frente al «tercer estado», como en la Europa feudal, sino que siempre estuvieron estrechamente vinculados a la clase mercantil y usurera. Así pues, no existía la propiedad feudal, como tampoco existía la servidumbre feudal. La servidumbre del campesino chino no procedía de la vinculación a la gleba de una mano de obra de la que el señor podía disponer libremente. Se trataba casi siempre de deudas contraídas por el arrendamiento de un pedazo de tierra raro y precioso. La difusión de la renta en especie o en trabajo no tenía nada que ver con la renta feudal; era una consecuencia extrema de la degeneración del modo de producción asiático y del desarrollo exclusivamente usurario de la renta capitalista. Por eso era imposible en China una revolución agraria dirigida por la burguesía contra los «feudalistas». No podía haber un «tercer Estado» que liberara al campesino del campesinado, porque al hacerlo la burguesía iría contra sus propios intereses como clase con capital mercantil usurario a su disposición. Así, la teoría del «feudalismo chino» queda hecha añicos.

De hecho, Marx distinguía del feudalismo y de la antigua esclavitud un «modo de producción asiático» del que China había quedado como único ejemplo histórico vivo tras la decadencia del antiguo Egipto y Mesopotamia. Es cierto que este modo de producción había degenerado, pero era imposible prescindir de él para comprender el carácter particular, la «originalidad» de la revolución china. El retraso de Rusia con respecto a Europa podría entonces explicarse en parte por una serie de rasgos «asiáticos». En particular, la unión de

la agricultura y la artesanía doméstica impidió el desarrollo de las ciudades y de la burguesía. Pero en los albores de las revoluciones burguesas en Europa Occidental, Rusia remedió esta desventaja con la introducción tardía de la servidumbre, con un feudalismo de Estado que respondía a las necesidades del comercio, el prestigio y la guerra frente a Occidente. Este fue el principio rector de la política zarista desde Iván el Terrible hasta Catalina II.

En China, el predominio del modo de producción asiático se explicaba por la necesidad de regular socialmente las aguas de los grandes ríos para hacer posible la agricultura. Fue aquí donde el Emperador «Hijo del Cielo» trazó el principio de su tenaz despotismo, y fue aquí donde los campesinos libres, unidos por el trabajo común de irrigación, encontraron los medios para resistir victoriosamente al feudalismo. Por las mismas razones, la esclavitud en China sólo había adoptado una forma doméstica y no se había convertido en un modo de producción específico, como en la antigüedad griega o romana. Ninguna convulsión histórica había conseguido «feudalizar» China, ni las invasiones mongolas, ni la dinastía manchú, ni finalmente el apoyo prestado por el imperialismo mundial a los «señores de la guerra» para aplicar mejor su política de división del país en esferas de influencia.

Pero tal concepción del desarrollo histórico, que ofrecía la sorprendente perspectiva de un salto de dos milenios sobre las formas más bárbaras de la sociedad de clases, habría descartado a la burguesía china, aliada del «bloque de las cuatro clases», como elemento de parasitismo y de reacción. Ahora bien, era este salto revolucionario de China y con él del proletariado mundial lo que Stalin pretendía rechazar. Para ello, inventó una concepción gradualista del

desarrollo histórico que establecía esta sucesión en China: esclavitud, feudalismo, capitalismo. Después de esta «etapa» final, ¿habría que hablar de revolución proletaria!

2º Revolución y contrarrevolución: 1924-1927

La alianza con el Kuomintang: victoria del menchevismo

Las teorías sobre el carácter «antifeudal» de la revolución china y la «naturaleza revolucionaria» de la burguesía colonial sólo tenían un objetivo: unir al partido del proletariado en torno a los objetivos nacionales del Kuomintang. Esto se consiguió en 1924. En el Primer Congreso del Kuomintang reunificado, el Partido Comunista Chino se unió al partido de Sun Yat-sen.

Ninguna de las justificaciones dadas para esta alianza resiste una crítica marxista seria. Ni el argumento de la debilidad numérica del PC: bajo ninguna circunstancia, y especialmente en su fase embrionaria, el partido debe alterar su fisonomía de clase y comprometer su independencia. Ni el argumento de que el Kuomintang no era un partido burgués, sino que representaba simplemente un «bloque de cuatro clases», o incluso un parlamento revolucionario en el que el partido del proletariado tenía el deber de entrar para cumplir su tarea durante la revolución burguesa. En efecto, si el Kuomintang hubiera representado realmente tal parlamento y no un partido político, ¿por qué habría impuesto a los comunistas una afiliación individual que les impidiera comportarse como un partido que defiende sus propios objetivos y métodos en el seno de esta supuesta asamblea? El último argumento, que reconocía al Kuomintang como

partido burgués, era que la alianza resultaba en una táctica de acuerdos parciales y temporales con otros partidos revolucionarios que Marx y Lenin no excluían en la revolución nacional burguesa. Este argumento del «frente antiimperialista» ganó la partida, pero Trotsky tuvo el mérito de demostrar que estos acuerdos no tenían nada que ver con la táctica. Los denunció como una alianza de principios, como la adhesión del PCCh al programa de la burguesía.

Para comprenderlo, basta con ver el comunicado firmado por [Adolph] Joffe y Sun Yat-sen el [26 de enero de 1923](#), tras las conversaciones preliminares entre rusos y chinos:

El Dr. Sun Yat-sen es de la opinión de que ni la organización comunista ni siquiera el sistema soviético pueden introducirse actualmente en China, porque no existen allí las condiciones necesarias para el establecimiento con éxito del comunismo o del sovietismo. Esta opinión es totalmente compartida por el Sr. Joffe, quien opina que el problema más importante y acuciante de China es completar su independencia nacional ...

Así, el revolucionario burgués Sun Yat-sen, al igual que los mencheviques rusos, negaba la posibilidad de una revolución proletaria en China. En cuanto al representante de la República Soviética, «compartía» su opinión. La diplomacia rusa había sembrado las semillas del menchevismo en China. ¿Qué pensaban los mencheviques? Que Rusia no estaba madura para el socialismo, lo cual era cierto en términos económicos, pero erróneo cuando se sacaba la conclusión política de que en la revolución burguesa el proletariado organizado no debía desempeñar más que un papel de apoyo, exigiendo como mucho

ciertas reformas sociales destinadas a «llevar a cabo» el movimiento antifeudal. Un partido de clase no puede construirse sobre estos principios. Y sin embargo, como sabemos, la posición menchevique se manifestó en el propio Partido Bolchevique entre febrero y abril de 1917. Stalin era entonces uno de los que abogaban por la convocatoria de la Asamblea Constituyente para poner fin «democráticamente» a la dualidad de poderes burgués y proletario. Fue necesaria toda la energía clarividente de Lenin para sustituir la consigna del menchevismo por la del partido de clase: «Todo el poder a los Soviets». Pero esto sólo fue posible porque los bolcheviques tenían tras de sí una larga tradición de lucha contra el menchevismo, porque habían sabido diferenciarse de todos los partidos burgueses y pequeñoburgueses en sus preparativos revolucionarios. En China, esta ofensiva de clase fue reprimida de inmediato porque el Partido Comunista llevaba mucho tiempo atado de pies y manos al Kuomintang.

La visión del Kuomintang sobre el curso de la revolución china puede resumirse en los «Tres principios del pueblo» formulados por Sun Yat-sen: nacionalismo, democracia y socialismo. El principio del «nacionalismo» se refería a la lucha por la independencia nacional y la unificación del país. Por «democracia» Sun Yat-sen entendía el establecimiento de un régimen parlamentario burgués. Mucho más vaga era la noción de «socialismo», que abarcaba simplemente algunas reformas sociales.

El Kuomintang consideraba la realización de cada uno de estos principios como una «etapa» indispensable antes de llevar más lejos la revolución china. Primero, la unidad nacional; después, la Asamblea Constituyente; por último,

las reformas sociales. Esta táctica de la burguesía pretendía tomar para sí toda la iniciativa y la dirección del movimiento revolucionario. Sin embargo, era incapaz de producir el menor resultado: la independencia nacional sólo podía lograrse mediante la insurrección campesina y la revolución agraria sólo podía ser verdaderamente radical bajo el impulso del proletariado.

En lugar de afirmar en la práctica el papel dirigente del proletariado en la revolución china, Stalin se limitó a adoptar las tesis menchevistas de Sun Yat-sen sobre la «revolución por etapas», que se convirtieron en la doctrina oficial de la Internacional. En la «etapa antiimperialista», la burguesía nacional no debía «asustarse» por las excesivas reivindicaciones agrarias. En la etapa «agraria» de la revolución, no hay que ir más allá de las aspiraciones necesariamente burguesas del campesinado. En cuanto a la «etapa socialista», incluso después de que Mao Tse-tung tomara el poder, Moscú se negó a reconocer su llegada. A Stalin le gustaba señalar que la revolución china era ante todo de carácter «antifeudal» y que, por tanto, no podía tener las mismas pretensiones de la Santa Rusia de estar «construyendo el socialismo». Como podemos ver hoy, lo que la URSS negaba a China no era el socialismo, cuyo futuro estaba comprometido para siempre por la alianza con el Kuomintang, sino simplemente un poderoso desarrollo capitalista.

La alianza con el Kuomintang, además, no sólo fue fatal para el proletariado, sino que incluso actuó como freno al movimiento por la independencia nacional. Cuando la represión de Chiang se hizo demasiado evidente, en 1926, el PCCh lanzó la consigna de una alianza con la «izquierda» del Kuomintang para luchar contra la «derecha». En noviembre de 1926 envió ministros

«comunistas» al gobierno izquierdista de Wuhan. Esta alianza duró lo suficiente para que el PCCh se viera definitivamente comprometido en la represión del movimiento campesino. También fue denunciada por Mao Tse-tung cuando se crearon las primeras «repúblicas soviéticas» en el sur de China. Sin embargo, desde el comienzo de la guerra antijaponesa, Mao renovó sus lazos con un «frente único antiimperialista» que al principio era hostil a Chiang, pero que pronto le acogió en sus filas. En 1940, la ruptura era inminente cuando la guerra «antifascista» volvió a unir a los dos partidos. En 1945 se formó una nueva alianza, impuesta por Stalin, y de la que Mao sólo pudo escapar tomando el poder.

Como vemos, esta alianza PCCh-Kuomintang fue un poderoso obstáculo para el movimiento nacional. Pero cada vez que el PCCh se separaba de ella, no era para situarse en el terreno de clase que había abandonado en 1924, sino para aplicar mejor la política del Kuomintang. El Partido Comunista Chino se había convertido en el «verdadero» Kuomintang, el defensor interclasista de los intereses del capitalismo chino. A finales de los años 20, rompió con el partido de Chiang para ganarse al campesinado para los objetivos nacionales burgueses, algo que Chiang había sido incapaz de hacer. A finales de los años 40, fue para liquidar el lastre de la guerra imperialista y lograr la unidad del país.

El aplastamiento del proletariado

Una simple cronología del movimiento obrero chino mostraría su rápido crecimiento y su repentina represión en los diez años que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Fue muy poco tiempo para que se forjara una vanguardia

comunista, si lo comparamos con las décadas prerrevolucionarias durante las cuales el partido bolchevique se había fortalecido. Pero era de esperar que con la dirección adecuada de la Internacional, por no hablar de las condiciones objetivas de la lucha de clases, el partido chino hubiera logrado por sí mismo superar las etapas y encontrarse con la revolución. Pero ocurrió lo contrario: el partido se vio superado por el movimiento de las masas y las medidas de la Internacional lo incapacitaron para cumplir su tarea en el momento oportuno. El proletariado chino tuvo, pues, que extraer de sus propias derrotas todas las lecciones de la revolución, incluida su línea política. Lo hizo de manera heroica e irreversible, de modo que, más allá de su silencio actual, encontrará en esta experiencia pasada la esencia de sus tradiciones de clase.

Totalmente ausente de la revolución de 1911, el proletariado chino sólo participó en forma de huelga de coolies en el *Movimiento del 4 de mayo de 1919*, con el que la burguesía «nacional» pretendía demostrar su descontento con los acuerdos de Versalles que entregaban las propiedades de Alemania en China a los imperialistas vencedores. En julio de 1921 se celebró el congreso fundacional del Partido Comunista. En primer lugar, se excluyó a los anarquistas y a ciertos representantes burgueses que más tarde encabezarían el Kuomintang. Se hizo hincapié en las luchas económicas y en la creación de sindicatos obreros. A partir de entonces, el partido se puso a la cabeza de una serie de huelgas en las que reivindicó el derecho de organización. Las dos más fuertes fueron la huelga de los marineros de Hong Kong, en enero de 1922, y la de los ferroviarios de la línea Pekín-Hankou, en febrero de 1923. Esta última huelga terminó en una sangrienta represión, marcando un alto en el crecimiento

del movimiento obrero. Pero desde estos primeros pasos aparecieron serias diferencias entre el PC y el Kuomintang sobre la cuestión sindical.

«Los elementos proletarios y semiproletarios» declaró Safarov en el Primer Congreso de Trabajadores del Lejano Oriente en enero de 1922 «deben organizarse independientemente en sus sindicatos de clase. Los sindicatos que ahora se forman como gremios y organizaciones corporativas directamente ligadas al Kuomintang no pueden ser reconocidos por nosotros como sindicatos de clase...». En lugar de resolver estos problemas, la alianza con el Kuomintang los complicó.

El *Movimiento del 30 de mayo de 1925* dio la señal para una nueva oleada de luchas sociales. Comenzó con una huelga de los obreros textiles de Tsingtao contra sus patrones ingleses y japoneses. Tras un tiroteo en Shanghai, el movimiento se convirtió en una huelga general de obreros, estudiantes y burgueses, que empezaron a boicotear los productos extranjeros. La huelga duró de junio a noviembre de 1925, arruinando el comercio británico al mismo tiempo que los mineros británicos empezaban a luchar en la metrópoli. Fue entonces cuando se hicieron patentes las primeras fricciones entre la burguesía «antiimperialista» y el proletariado chino. La burguesía no tardó en abandonar el comité de huelga que había apoyado. El Kuomintang se asustó por la afluencia de proletarios de Hong Kong a Cantón, que abandonaron el puerto inglés y ejercieron una presión revolucionaria sobre los obreros menos avanzados de Cantón. A finales de 1925 surgió en el Kuomintang una tendencia contraria a la colaboración con el PC.

El 20 de marzo de 1926 Chiang Kai-shek hizo detener a los comunistas de la Escuela Militar de Whampoa y a los dirigentes de «izquierda» del Kuomintang. Stalin guardó absoluto silencio sobre este golpe de Estado y la alianza se mantuvo a cambio del apoyo del PCCh en la campaña contra los militaristas del Norte y de un serio freno a las reivindicaciones económicas en los territorios «liberados». Pronto se estableció el principio del arbitraje gubernamental y se prohibieron las huelgas en el sector público. Una resolución aprobada por el Comité Ejecutivo del PCCh el 13 de diciembre de 1926 describe la situación derivada de mantener la alianza a toda costa:

El mayor peligro consiste en esto: en que el movimiento de las masas avance hacia la izquierda, mientras que las autoridades políticas y militares, al ver el rápido crecimiento del movimiento de las masas, sean presas del miedo y comiencen a inclinarse hacia la derecha.

Si en el futuro continúan desarrollándose las tendencias extremas, el abismo entre las masas y el gobierno se ensanchará cada vez más, el frente rojo unido acabará por destruirse y todo el movimiento nacional parecerá estar en peligro.

[...] En la práctica de la lucha obrera y campesina, debemos evitar las fusiones (reivindicaciones demasiado grandes de los artesanos y obreros, participación de los piquetes obreros en los asuntos administrativos, toma de la propiedad de la tierra por los campesinos, etc.). Y todo esto para curarnos de la enfermedad infantil de la izquierda.

En la primavera de 1926, los ejércitos nacionalistas iniciaron su campaña contra los «señores de la guerra». En noviembre, el gobierno abandonó Cantón para dirigirse a Ouhan, una de las tres ciudades que formaban la aglomeración de Hankéou. El gobierno de Ouhan dio tres carteras ministeriales al PCCh, entre ellas Agricultura y Trabajo. Mientras tanto, Chiang Kai-shek marchaba hacia Shanghái, cuya conquista sería decisiva para el destino de la revolución.

El 21 de marzo de 1927 estalló en Shanghái un levantamiento proletario armado ante la entrada de las tropas nacionalistas. La ciudad estaba en manos de los obreros. Pero el PC se negó a continuar la lucha e hizo entregar las armas de sus secciones a los hombres de Chiang Kai-shek, que celebró su entrada en la ciudad ejecutando a miles de proletarios el 12 de abril de 1927.

El Kuomintang de «izquierda» siguió el mismo curso. En mayo, la guarnición de Changsha atacó a los comunistas y ejecutó a sus dirigentes. En junio, hubo asaltos armados a las bolsas de trabajo. El 15 de julio, el Consejo Político del Kuomintang expulsó a todos los comunistas del partido; en los días siguientes, muchos de ellos fueron detenidos y ejecutados.

Finalmente llegó la Comuna de Cantón, que duró del 10 al 14 de diciembre. Instigada por la Internacional, pero también por la desesperación y la cólera de los obreros chinos, lanzó las verdaderas consignas de la revolución ilegalizando todas las tendencias del Kuomintang. Pero era ya el reflujó de la marea y la situación objetiva no dejaba otra salida que la derrota final. Las filas del proletariado habían sido completamente diezmadas.

El movimiento campesino

El movimiento agrario de 1925-1928 corrió la misma suerte que el movimiento obrero, con la diferencia de que la derrota del campesinado chino no fue tan radical como la del proletariado. El carácter crónico de la crisis agraria hacía prever una nueva oleada revolucionaria a corto plazo. Sin embargo, la derrota del proletariado significaba que todo el campesinado se pasaría al bando de la burguesía.

Nada más formarse el segundo gobierno de Sun Yat-sen en Cantón, en abril de 1921, surgieron diferencias entre el Kuomintang y el Partido Comunista en torno a la cuestión agraria. El Partido Nacionalista quería aplazar la nacionalización de la tierra hasta una fecha posterior y se limitó a limitar la tasa de arrendamiento. Con ello se mantenía fiel a su programa: el «socialismo» después de la unificación del país, después de la «etapa democrática». Con el inicio de la Campaña del Norte, la situación empeoró como consecuencia de los impuestos extraordinarios recaudados para equipar al ejército, así como de una lucha abierta entre las milicias contrarrevolucionarias (los *mintouanos*) y los campesinos pobres. Durante esta lucha se formaron «sindicatos campesinos», el primero de los cuales apareció en Kwangtung hacia 1924. Con el objetivo de luchar contra los mintuanos y conseguir las reformas prometidas por el gobierno nacionalista, formularon reivindicaciones que, aunque modestas, iban más allá del alcance de las medidas gubernamentales. Los «sindicatos» exigían la reducción de las rentas, la abolición de los impuestos extraordinarios y la introducción de un impuesto progresivo sobre la renta, el autogobierno rural, la libertad de organización y el armamento de los campesinos.

El Kuomintang no podía satisfacer estas exigencias. El PC se contentó con frenarlas. El 20 de marzo de 1926, cuando el «ala izquierda» llegó al poder en Cantón (9 miembros del PC formaban parte del Comité Central del Kuomintang), el gobierno nacionalista sólo había tomado tres medidas en favor del campesinado: 1) un decreto sobre la liquidación del bandolerismo; 2) la creación de organizaciones campesinas; 3) la defensa contra los mintouanos. Ninguna referencia sobre la reforma agraria. El PCCh opuso a la demanda de armas de los campesinos la exigencia de desarmar a los mintouanos. Cuando las «uniones campesinas» se hicieron lo suficientemente fuertes y tomaron el control de la distribución de la tierra, el PCCh se limitó a intentar convertirlas en organismos gubernamentales en lugar de luchar en su seno para convertirlas en verdaderos soviets. En abril de 1927, Stalin abogó por armar a los campesinos y lanzar una «revolución agraria», pero siguió negándose a aceptar la consigna de los *soviets*.

El resultado de esta política fue que el movimiento campesino, en lugar de crecer y pasar a una forma superior de organización, retrocedió al nivel tradicional de sociedades secretas político-religiosas que provocaban insurrecciones armadas contra los usureros y terratenientes, como las de Shandong y Jiangsu en la primavera de 1929, y las de Honan y Sichuan a finales del mismo año. En muchas regiones, la «revolución agraria» se quedó en esta forma embrionaria. Ante la comunidad internacional, el «ministro» comunista del gobierno de Wuhan admitió:

Prácticamente sacrificamos los intereses de los obreros y campesinos
(...) El gobierno no aceptó las reivindicaciones campesinas que

presentamos en nombre de las diversas organizaciones públicas. En los conflictos que estallaron entre los grandes terratenientes y los campesinos pobres, el gobierno siempre se puso del lado de los primeros. (Trotsky, *La revolución china y las tesis de Stalin*).

Para condenar esta política, se celebró una Conferencia Extraordinaria del PCCh en Hankou en agosto de 1927; se adoptó entonces una nueva línea, que Mao Tse-tung juzgaría más tarde «izquierdista»: abogaba por la confiscación e incluso la nacionalización de la tierra. En noviembre de 1927, Mao fue incluso destituido por oportunismo durante la «insurrección de la cosecha de otoño». No fue hasta el VI Congreso del Partido, celebrado en Moscú en septiembre de 1928, cuando Mao se impuso finalmente al definir una táctica moderada para la confiscación de tierras. Limitó la división a los terratenientes y declaró: «La intensificación de la lucha contra los *kulaks* es un error en la etapa actual, porque borra la contradicción fundamental entre el campesinado y la clase terrateniente». Fue esta línea la que inspiró la Ley Agraria de noviembre de 1931.

La historiografía oficial presenta a Mao Tse-tung como el hombre que supo enderezar el partido y hacer un balance justo del movimiento campesino. En lo que se refiere a la cuestión agraria, vemos que la nueva táctica no hizo nada para modificar radicalmente la situación, que, por otra parte, se encontraba en pleno retroceso revolucionario. En cuanto al propio partido, Mao fue su sepulturero más que su salvador. Según su escuela, el oportunismo del PC en la revolución de 1927 no se debió a la orientación de la Internacional, ni a la teoría menchevista de la revolución «por etapas». A los dirigentes destronados sólo se

les reprochó haber «subestimado» el movimiento de masas y, en particular, el del campesinado. La Internacional de Moscú repitió las condenas sumarias del partido chino que había pronunciado contra el partido alemán en 1923. Y como en 1923, lanzó a una de sus secciones a la oscura aventura de la que Mao Tse-tung salió victorioso: la «revolución agraria» y la creación de «bases revolucionarias» que pronto tomarían el pomposo nombre de «repúblicas soviéticas».

Sin embargo, a los ojos del marxismo, la política del PCCh sobre la cuestión agraria tuvo una serie de consecuencias duraderas que ninguna «recuperación» ni ningún renacimiento pudieron detener. En primer lugar, en el corazón mismo de la revolución china, el menchevismo hizo imposible vincular el movimiento campesino a la causa del proletariado, al rechazar la consigna de los *soviets* y el armamento de los campesinos. Al adherirse a la política burguesa de reducción de rentas y reparto de tierras, el PC se decidió por medidas puramente reformistas, desactivando por un tiempo la carga explosiva que se acumulaba en el campo. De este modo, se perfiló el carácter pequeñoburgués del próximo levantamiento agrario, cuya dirección burguesa estaba ahora asegurada. Finalmente, en la confusión ideológica que acompañó a la derrota del proletariado, el PC se preparaba para renacer, en la primera reanudación, ya no como el partido de clase del proletariado, sino como el partido pequeñoburgués de la «revolución agraria», en resumen, un equivalente chino del partido socialrevolucionario ruso.

II (nº28 de de julio-septiembre de 1964)

En el artículo anterior mostrábamos los caracteres generales de la revolución china de 1924-1927 y las causas de su fracaso. Coincidiendo con la fase más aguda de la contrarrevolución estalinista, el movimiento revolucionario de los obreros y campesinos chinos fue desviado por la Internacional de las perspectivas políticas y sociales de un Octubre asiático y cortado del apoyo del proletariado mundial.

En el momento crucial de la revolución, durante la huelga general de 16 meses que paralizó Hong Kong y todo el comercio británico en el Este, Moscú acudió en ayuda del imperialismo británico creando, con los sindicatos, el Comité Sindical Anglo-Ruso que sabotó paralelamente la huelga del proletariado en la China metropolitana. Del mismo modo, en China, la Internacional se opuso a toda acción independiente del Partido Comunista e hizo desarmar a los obreros de Shanghái para no romper la alianza con Chiang Kai-shek. De este modo, el único movimiento nacional burgués desde la revolución rusa en el que el proletariado intervino masivamente y de forma organizada justificaba las perspectivas de una doble revolución que el II Congreso de la Internacional Comunista le había fijado. Si este asalto fracasó en China, fue por la negativa a transformar el movimiento obrero y campesino en una lucha por los *soviets* y por la dictadura del partido de clase. Así pues, el desenlace de la revolución de 1924-1927 no estuvo determinado por la lucha entre la burguesía «nacional» y el imperialismo, sino por el enfrentamiento de clases entre la burguesía mundial y el proletariado internacional. Tras las sucesivas derrotas del proletariado europeo, la derrota de la revolución china fue

el último episodio antes del triunfo en la URSS del «socialismo en un solo país» y de la contrarrevolución estalinista.

La historiografía maoísta considera la revolución de 1924-1927 como una mera «etapa» del movimiento nacional burgués que conduciría a la fundación de la «democracia popular» en 1949. Para nosotros, estos acontecimientos tienen un significado mucho mayor. Stalin y Chiang Kai-shek liquidaron en China todos los esfuerzos del proletariado por hacer prevalecer en el Este su concepción y su práctica de la lucha social. China fue el banco de pruebas de los principios y tácticas de la colaboración de clases en los movimientos nacionales y coloniales. Negación del papel autónomo y de los objetivos específicos del proletariado, alianza «antiimperialista» con los partidos burgueses, adhesión a la teoría menchevista de la necesidad de una «etapa democrática»: éstos fueron los principios que Moscú impuso en China y que el PCCh hizo suyos para siempre. Dando la espalda a las enseñanzas del «Manifiesto Comunista», a las lecciones de las revoluciones de 1848 y 1871 en Europa, y a la línea seguida por los bolcheviques en octubre de 1917, estas posiciones no sólo llevaron al proletariado chino a una derrota irreparable, sino que también prevalecieron en todas las revoluciones anticoloniales de África y Asia.

No es casualidad que el partido chino, leal a Moscú mientras reprimía las luchas de clase de un proletariado internacionalista, se opusiera a sus directrices cuando se convirtió en el organizador del movimiento nacional y campesino. Con el proletariado derrotado, seguía siendo necesario dar una respuesta a la cuestión social y un marco político a la acumulación de Capital. Fue la urgencia de esta respuesta, la gravedad de los antagonismos que habían puesto en marcha

todas las clases de la vieja sociedad, lo que empujó al partido de Mao a desempeñar el papel del «verdadero Kuomintang». Habiéndose negado a armar a los obreros chinos, armó al campesinado pequeñoburgués. Habiendo negado la conquista del poder político al proletariado, asumió sus responsabilidades para fundar la «democracia popular». Habiendo condenado las perspectivas del socialismo en China, ahora ha venido a blandir la bandera del «socialismo chino» contra Moscú. Pero en este terreno de luchas democráticas y campesinas nacionales, no ha vuelto a una línea de clase, ni puede pretender corregir el rumbo seguido por la Internacional de Moscú. Simplemente ha traducido a la realidad las consecuencias políticas y sociales de la derrota proletaria: la victoria de la «solución» burguesa. El objetivo de este segundo artículo es mostrar cómo se preparó esta «victoria» del Capital en el tormentoso período comprendido entre 1927 y 1949.

3º La cuestión agraria

Génesis del «socialismo» chino

Ya hemos mencionado la interpretación que la escuela de Mao dio al aplastamiento del proletariado en 1924-1927. Las posiciones fundamentales que la Internacional había impuesto al partido chino no fueron cuestionadas, como había exigido Trotsky. Siguieron afirmando la necesidad de una «etapa democrática» durante la cual el proletariado sólo debía luchar por los objetivos nacionales burgueses. La alianza con el Kuomintang no fue rechazada en principio. Sólo reprocharon a los dirigentes destronados la aplicación que habían hecho de esta política menchevista. Así, en lugar de admitir que los

intereses y la acción autónoma del proletariado habían sido completamente ignorados en esta revolución fracasada, se contentaron con denunciar la «subestimación» del movimiento campesino. Esto es lo que hizo Mao Tse-tung.

Abandonada a su suerte, decapitada de su vanguardia proletaria, la revolución china se hundió en el campo. Pero nada más lejos de la realidad que la pretensión del PC de haberse reconstruido allí sobre bases de clase, lejos de los grandes centros urbanos donde la contrarrevolución campaba a sus anchas, el descubrimiento de la «cuestión agraria» no hizo nada por enderezar el rumbo del partido. En efecto, para un partido de clase, no hay programa agrario que no esté ligado a las perspectivas de conquista del poder y de dictadura proletaria. Durante algunos años, la oposición trotskista intentó establecer un vínculo entre el movimiento obrero y las revueltas campesinas: preconizaba la formación de destacamentos campesinos no para librar una guerra de guerrillas en el campo, sino para apoyar las últimas oleadas de luchas proletarias en las ciudades. Ante la reacción general, esta táctica fracasó rápidamente. Mao Tse-tung confirmó la ruptura de clases: la organización y el armamento del campesinado no debían tener otro objetivo que la unificación del país y la independencia nacional. Así, el PCCh se impuso la tarea de realizar lo que el Kuomintang no se había atrevido a hacer cuando el proletariado era aún una amenaza: el levantamiento del campo contra los «señores de la guerra» y la dominación imperialista.

Si el Kuomintang reapareció con el disfraz de partido «comunista», fue con todas las contradicciones y medias tintas de un partido pequeñoburgués cuando

se trataba de resolver los problemas sociales de la revolución. El partido de Mao pretendía ser el paladín de una «revolución agraria radical», pero sus sucesivos programas y realizaciones son el mejor desmentido de estas ilusiones. Al igual que el Kuomintang, temblaba ante los «excesos» campesinos y, si era necesario, se dedicaba a reprimirlos. Desde 1937 hasta el final de la guerra mundial, sacrificó las reformas más insignificantes a los intereses del frente nacional antijaponés y a una nueva alianza con el Kuomintang. Por último, desarrolló entre el campesinado la quimérica idea de que la cuestión agraria podía resolverse a escala nacional y burguesa mediante el reparto «equitativo» de la tierra y la posterior colectivización. Despertar al campesinado para provocar la revolución burguesa y limitar la revolución agraria a simples reformas burguesas: éstos eran los objetivos confesados del PC durante el período de gestación de la «democracia popular».

La realidad del cuestión agraria en China

¿Cuáles eran los términos de la cuestión agraria en China? ¿Cuáles eran las posibilidades de una solución burguesa? ¿Cuáles eran los diferentes programas de los partidos «democráticos», el Kuomintang y el PCCh? Estas son las cuestiones que debemos considerar si queremos comprender las dificultades y los fracasos de una «revolución agraria» privada de las perspectivas comunistas e internacionalistas del proletariado chino.

La escuela de Mao insistió en el carácter «antifeudal» de la revolución china para elevar la distribución de la tierra al nivel de medida necesario y suficiente respecto a la convulsión de las relaciones sociales en el campo. Pero, ¿cuál era el

peso de la propiedad feudal en China a principios de siglo? Comparada con la tierra que poseían la Corona y la Iglesia en Rusia, la propiedad del Estado y de los templos era muy pequeña en China. Lenin da las siguientes cifras para Rusia en 1905 (en millones de deciatinos¹):

Propiedad privada	101,5
Propiedad campesina	138,8
Tierras de la Corona y la Iglesia	154,7

Es cierto que hay que restar de esta cifra las extensiones desérticas del extremo norte, lo que, según Lenin, da sólo 39,5 millones de deciatinos. Pero este total sigue siendo elevado en comparación con China, para la que tenemos los siguientes porcentajes:

Periodo	Propiedades del Estado y de los templos	Propiedad privada
Finales del siglo XVIII	50	50
1877	18,8	81,2
1927-1933	6,7	93,3

Fuente: *Histoire du développement économique de la Chine, 1840-1948*, Pékin, 1958 (Tableau nº 172)

¹ Nota del traductor: Unidad de medida agrícola. Con la abolición de la servidumbre en época del zar Alejandro II, cada campesino recibía un lote de 3,5 deciatinas, alrededor de unas cuatro hectáreas equivalentes.

Esta diferencia refleja un mayor despilfarro de la propiedad estatal en China por parte de los mandarines y la burguesía compradora, un considerable debilitamiento del poder central durante el primer período de acumulación capitalista dirigido conjuntamente por el imperialismo europeo y el usurero de aldea. En China, por tanto, los campesinos sin tierra no podían esperar seriamente su salvación del reparto de los latifundios «feudales», ni la burguesía podía desviar, como hizo en Rusia, la punta de lanza de la revolución campesina hacia un fondo de reserva agrario prácticamente inexistente.

De hecho, la burguesía no esperaba que la revolución le diera libre acceso a la propiedad de la tierra. Como ya hemos dicho, en la antigua China la compraventa de tierras era libre y la burguesía hacía tiempo que había establecido su monopolio sobre el comercio de tierras. En un país donde se cultivaba menos de una décima parte de la superficie total y donde la escasez de tierra en las zonas fértiles de agricultura intensiva era terriblemente aguda, la agricultura de arrendamiento era la forma predominante de propiedad campesina. Su extensión desde principios de siglo es uno de los factores que contribuyen a la crisis crónica de la agricultura. Las cifras que figuran a continuación dan una idea del proceso de expropiación en el campo:

Superficie de explotación en <i>mous</i> (0,06 ha)	Número de explotaciones (%)	Población agrícola (%)	Superficie cultivada (%)
1-10	44	20	6
10-30	24	12	13

30-50	16	7	17
50-100	11	4	21
Más de 100	5	2	43
Total	100	45	100
Fuente: <i>Informe de la Comisión Agraria del gobierno de Wuhan al CC del Kuomintang</i> , citado en A. V. Bakoulin, “Zapiski ob oukhanskom periode kitaïskoï revolioutsii”, Moscú, 1930.			

Este cuadro confirma que el 55% de la población agrícola son campesinos sin tierra obligados a alquilar una mísera parcela a terratenientes de más de 50 mous, que poseen el 80% de las tierras cultivadas. En marzo de 1950, Liu Shao-chi citó cifras similares en su discurso sobre la reforma agraria ante la Conferencia Consultiva del Pueblo Chino:

Los terratenientes y los campesinos ricos, que representan menos del 55% de la población rural, poseían aproximadamente entre el 70 y el 80% de la tierra antes de la guerra contra Japón, lo que les permitía explotar brutalmente a los campesinos. Los campesinos pobres, los trabajadores agrícolas, los campesinos medios, que constituían el 90% de la población rural, poseían en total entre el 20 y el 30% de la tierra.

Sin embargo, este panorama carece de sentido si no tenemos en cuenta el pequeño tamaño de las explotaciones y la extrema fragmentación de la propiedad de la tierra, que no dejaba ninguna posibilidad de éxito a la solución pequeñoburguesa del reparto de la tierra. En 1946, el Ministerio de Agricultura dio una cifra para toda China de 94 millones de hectáreas cultivadas por 329

millones de campesinos divididos en 63.200.000 granjas, lo que representa una superficie cultivable de 0,28 ha por cabeza o 1,48 ha por granja. Aún más características son las indicaciones del «Manual de China 1937-1943» para el año 1934. En él se dan cifras del tamaño de las explotaciones del Sur (14 provincias productoras de arroz) y del Norte (12 provincias productoras de trigo), con una media nacional basada en 22 provincias:

Superficie en mous		1-5	6-10	11-15	16-20	21-30	31-40	41-50	51-100	100
Explotaciones (%)	Sur	27,7	23,8	17,6	13,4	10	6,1		3,4	
	Norte	27,1		21,5		16,8	13,1	10	7,2	4,3
Media nacional		35,8		25,4		14,2	16,5		8,3	

Fuente: *China Handbook 1937-1943*, p. 609, & *The Size of Farm Area in China*, 1934.

La diferencia entre el Norte y el Sur, marcada por una mayor fragmentación y, por tanto, por una mayor agudeza del problema agrario en las zonas arroceras, ilustra la historia de las revueltas campesinas, la mayoría de las cuales se originaron en el Sur. Pero añadamos otra observación: la «Larga Marcha» hacia el Norte de las tropas de Mao y Chu Teh, lejos de ser una epopeya gloriosa de la revolución agraria, no fue más que una huida de ella, de su fracaso. Era en el Sur, luchando contra el gobierno nacionalista de Cantón, y luego contra el de Wuhan, donde el PC debía haber ganado para la revolución a la masa sublevada del campesinado. Después de la derrota del proletariado, y luego del movimiento campesino en Hunan y Kiangsi, la marcha hacia el norte no hizo

nada para reavivar la cuestión agraria, sino que permitió al PC eludirla y preparar una nueva alianza con el Kuomintang para hacer frente a la guerra chino-japonesa.

Dos tipos de evolución burguesa

El PC, al igual que el Kuomintang, veía en el campesinado en revuelta sólo el instrumento que permitiría lograr la unidad del país y la dominación política del Capital. Por eso no dudó en sacrificar los intereses del movimiento campesino en diversas circunstancias, como la campaña contra los militaristas en el Norte o el conflicto con Japón. Lo que estaba en juego en las luchas de clases era algo muy diferente. Para el proletariado de los grandes centros urbanos, se trataba de saber si la revolución china podía darles el poder político y poner fin al sufrimiento de la acumulación capitalista en China, con la ayuda posterior de los proletarios de Occidente. Para el campesinado, se trataba de eliminar todos los obstáculos al desarrollo del capitalismo. Privada de las perspectivas políticas de la dictadura proletaria, la «revolución agraria» sólo podía decidir qué forma adoptaría la acumulación de capital en una China burguesa. Si, en su lucha por la tierra, los campesinos chinos lograban cortar el cordón umbilical que ataba el capitalismo nacional al usurero, al mandarín, al comprador y a los imperialistas extranjeros, el desarrollo de este joven capitalismo sería rápido y poderoso. Si, por el contrario, la ruptura fuera menos radical, China seguiría siendo durante mucho tiempo, si no una colonia, al menos un país atrasado. Por tanto, es importante determinar, como hizo Lenin

para Rusia, la vía reformista y la vía revolucionaria del desarrollo burgués, y cuál prevaleció finalmente.

En la Rusia zarista, el objetivo de la lucha era abolir el latifundio y la propiedad feudal. A ello conducía el desarrollo de la economía de mercado y del capitalismo. En este sentido, decía Lenin, la «revolución agraria» sólo podía abrir una vía: la vía capitalista. Más de una vez, los bolcheviques tuvieron que reiterar esta tesis contra el «socialismo» pequeñoburgués de los populistas que veían en el campesinado al abanderado del comunismo y en sus reivindicaciones igualitarias una tendencia «anticapitalista». Sin embargo, esta inevitable evolución burguesa podía adoptar dos formas diferentes: o bien la transformación de la propiedad feudal (inaugurada en 1861 y continuada por las reformas de Stolypin), o bien su destrucción revolucionaria. Los bolcheviques no sólo se inclinaron por este último método, sino que defendieron la idea de la nacionalización frente a la idea de la división igualitaria, que daba a las reivindicaciones democráticas del campesinado su contenido más radical.

En China, la ausencia de latifundios, la importancia de la agricultura arrendataria y la fragmentación de la propiedad hicieron de la división pequeñoburguesa o de la reducción de las rentas de la tierra la medida reformista por excelencia, y de la nacionalización -la transferencia de las rentas de la tierra al Estado- la única vía revolucionaria dictada por las condiciones económicas y sociales. En 1928, el VI Congreso del PCCh reconoció «la imposibilidad de resolver la cuestión agraria por la vía reformista burguesa, mediante pequeñas concesiones al campesinado acomodado y a los agricultores,

debido al predominio del minifundio que ni siquiera puede soportar una reducción de las tasas de arrendamiento, y también a la falta de fondos agrarios, de maniobra». Así pues, la transferencia de la renta de la tierra al Estado no sólo era la única opción revolucionaria, sino que también parecía ser la única salida a la crisis agraria. La historia había otorgado al Estado central un papel decisivo en la regulación del agua, esencial para la agricultura china. Pero los estrechos intereses de la propiedad privada habían conducido al abandono de estas gigantescas obras y, con ello, al doloroso ciclo de las llamadas catástrofes naturales y hambrunas. Desde este punto de vista, China estaba mejor preparada que Rusia para la concentración efectiva de la tierra en manos del Estado.

Por eso, a diferencia de Rusia, los partidos burgueses y pequeñoburgueses de China reconocieron la necesidad de nacionalizar la tierra. Pero ningún partido convirtió sus palabras en hechos. Ni el PCCh ni el Kuomintang. Y esta actitud es totalmente coherente e idéntica a la de los partidos burgueses que los bolcheviques desenmascararon sucesivamente en el curso de la revolución rusa.

En [un artículo](#) que ya hemos citado², Lenin decía lo siguiente acerca del pensamiento de Sun Yat-sen sobre la cuestión agraria: «Convertir el 'aumento de valor' de la tierra en 'propiedad del pueblo' significa transferir la renta, es decir, la propiedad de la tierra, al Estado; en otras palabras, nacionalizar la tierra». En la mente del revolucionario burgués, este proyecto de nacionalización pretendía preparar el campo chino para la inversión de capital extranjero. Era parte integrante de un plan de cooperación económica

² Lenin (1912): *La democracia y el populismo en China*

internacional que, tras la Primera Guerra Mundial, debía transformar a China en una gran potencia industrial.

«Propongo», escribió Sun en su libro “Memorias de un revolucionario chino”, «un plan para la organización de un nuevo mercado en China que, si es suficientemente grande, desarrollará las fuerzas productivas chinas y absorberá el potencial industrial de las potencias extranjeras».

De este modo presentaba un grandioso programa de obras subterráneas de irrigación y de desarrollo de las vías de comunicación. Sun Yat-sen se situaba así en la perspectiva del progreso armonioso y racional del capitalismo mundial, algo que la historia ha desmentido. El imperialismo cerró todas las puertas a la joven China burguesa. Por otra parte, el partido fundado por Sun Yat-sen para alcanzar estos objetivos, el Kuomintang, al igual que su heredero político, el partido de Mao Tse-tung, fue incapaz de inscribir en la revolución china el programa de transformación radical de las viejas estructuras agrarias.

Podemos verlo en el caso de la nacionalización. Ya en 1922, en el Primer Congreso de los Trabajadores de Extremo Oriente, el representante del Partido Bolchevique denunció las vacilaciones del gobierno de Sun Yat-sen establecido en Cantón y subrayó la necesidad de que los comunistas chinos librarán una lucha independiente en el campo.

Según lo que dijo el delegado del Kuomintang -explicó Safarov- el gobierno del Sur estaba considerando la nacionalización de la tierra, pero este proyecto no se llevó a cabo sólo porque esta medida revolucionaria requiere uniformidad y debe realizarse en toda la República China. Según el Kuomintang, primero era necesario

limpiar el territorio chino de imperialistas y señores, y establecer la democracia en China. Esta no es una manera correcta de ver la cuestión... Para los campesinos del Sur de China la cuestión de la nacionalización de la tierra no es una cuestión que pueda resolverse desde arriba, con medidas administrativas; para ellos es una necesidad vital. Por lo tanto, debemos llevar a cabo esta medida revolucionaria incluso en una pequeña parte del país para demostrar a los campesinos chinos que viven en territorio ocupado por las fuerzas enemigas que allí donde se ha establecido el régimen democrático los campesinos viven mil veces mejor. Sin una clara comprensión de esto, sin una actitud correcta ante la cuestión agraria, las amplias masas no pueden ser atraídas a nuestro lado en la lucha.

De hecho, fue la estrategia burguesa de la «revolución por etapas» la que condenó a todo el movimiento campesino a la impotencia y a la contrarrevolución. Y el propio Sun Yat-sen la había formulado así: primero, la independencia y la unificación del país; después, la instauración del poder democrático; por último, las «reformas sociales». Por adoptar esta línea estratégica en 1924, el PCCh sufrió el mismo destino que el Kuomintang. También él defendió de boquilla el programa de nacionalización, pero en la práctica sólo aplicó medidas puramente reformistas. Las tesis votadas por el Comité Central del PCCh en su conferencia de agosto de 1927, que sin embargo marcaron un «giro a la izquierda», declaraban en sustancia: «Aun reconociendo que el Partido Comunista Chino debe situar la reivindicación de la nacionalización de la tierra en el centro del programa agrario del proletariado,

es necesario en el momento actual diferenciar nuestra táctica agraria y adaptarla a las particularidades económicas y políticas de las diferentes regiones del territorio». El único objetivo de esta «adaptación» era hacer prevalecer las medidas «concretas» más reformistas en las zonas liberadas por el ejército nacionalista, para no comprometer el «frente único» con el Kuomintang. La Conferencia de Agosto incluyó entre estas medidas la rebaja de los alquileres, la introducción de un impuesto único, la confiscación de las tierras que sólo pertenecían a los templos y a los «reaccionarios», una política de créditos agrícolas, etc.

Así, incluso en la cuestión agraria, el PCCh parecía ser el ejecutor de la voluntad del Kuomintang.

La política agraria del PCCh de 1927 a 1945

La historia política y social de China puede dividirse generalmente en dos periodos claramente definidos, desde la derrota del proletariado cantonés hasta el final de la guerra chino-japonesa y el triunfo de la «democracia popular»:

- El período comprendido entre 1927 y 1937 fue conocido como el de las «Repúblicas Soviéticas», intercalado, entre octubre de 1934 a octubre de 1935, con la «Larga Marcha» que llevó las operaciones desde el sur de China hasta el norte de Shensi, donde se alcanzó una tregua entre el PC y el Kuomintang.

- En 1937, a raíz de la guerra chino-japonesa, el PCCh disolvió su propio gobierno, se unió a la causa de la defensa nacional y firmó un nuevo acuerdo de colaboración con el Kuomintang que duró hasta el final de las hostilidades en 1945.

La historiografía oficial distingue también dos fases en la política agraria del PCC a lo largo de este periodo. En 1937 se pasó de una política de confiscación de tierras a una política de simple reducción de rentas y de «ayuda» a los campesinos. Como ya hemos dicho, estas dos políticas eran simplemente dos variantes de la misma política reformista. La segunda, sin embargo, manifiesta aún más claramente que la primera el carácter nacional burgués que domina toda la actitud del PCCh ante la cuestión agraria. En [su epílogo](#) a la edición de 1941 de sus «Materiales para la investigación en el campo», Mao Tse-tung definió en estos términos lo que era común y lo que era diferente en la política practicada durante estas dos fases:

La experiencia de los diez años de guerra civil representa para nosotros el apoyo más inmediatamente útil en el período de guerra contra los invasores japoneses. Sin embargo, esto sólo se aplica a cómo mantener el contacto con las masas y movilizarlas en la lucha contra el enemigo, y no a los problemas de la línea táctica a seguir. Esto es fundamentalmente diferente hoy de la línea del Partido en el pasado. Entonces luchábamos contra los terratenientes y la burguesía contrarrevolucionaria; mientras que ahora nos aliamos con todos los terratenientes y representantes de la burguesía que no se oponen a la guerra contra los invasores japoneses.

¿Qué significa esto? Significa que el PC ha puesto la «revolución agraria» al servicio de la defensa nacional; que su conexión con las masas, su movilización del campesinado, se ha ofrecido en bandeja a los terratenientes, a la burguesía

antijaponesa y a la estrategia belicista del imperialismo mundial. Veamos ahora con más detalle la política agraria del PC en estos dos periodos.

Confiscación y reparto (1927-1937)

El resultado más claro de este período fue allanar el camino, tras el farol de las «repúblicas soviéticas», a la victoria de la política agraria más «derechista», en este caso la de Mao Tse-tung. Tres «etapas» marcan esta evolución:

- durante la «insurrección de la cosecha de otoño» y en las montañas de Tsingking, Mao Tse-tung preconizó medidas que limitaban la confiscación de tierras a los terratenientes, perdonaban a los campesinos ricos y reconocían a todos el mismo derecho al reparto de parcelas: esta política le valió las más duras críticas de la dirección del partido; sabemos que Mao fue relevado de su puesto en el Buró Político por ello en noviembre de 1927;

- en noviembre de 1931, el Congreso Panchino de los *Soviets*, celebrado en Juitzin, capital de la primera república «soviética» de China, adoptó una ley agraria que seguirá siendo la más «radical» de todas las que el PCCh había propuesto hasta entonces: confiscación de todas las tierras de los grandes terratenientes que no tendrán derecho a ningún reparto (art. 1); confiscación también de las tierras de los campesinos ricos, que sólo obtendrán una parcela de menor calidad para cultivarse (art. 3); el reparto será estrictamente igualitario y no, como exigían los campesinos ricos, «proporcional a los medios de producción» (art. 7); los trabajadores agrícolas recibirán también una parcela y no serán agrupados en *sovjoses*; por último, la ley proclama la total libertad de alquilar, vender o legar las tierras así recibidas;

- Mao Tse-tung, Presidente de la República de Juitzin, criticó más tarde esta ley agraria: los grandes propietarios deberían recibir también una parcela y los campesinos ricos deberían obtener buenas tierras; para frenar los «excesos», en octubre de 1933 redactó un documento sobre la «pertenencia de clase en el campo» e hizo triunfar su idea en la conferencia de Tsouni, en enero de 1935.

Así, al final de este primer período, la política de confiscación y reparto se había convertido en el equivalente puro y simple de una política de limitación de las explotaciones. Por tanto, era natural que el PCCh la secundara.

La caída de los precios agrícolas (1937-1945)

El 22 de septiembre de 1937, el PCCh declaró solemnemente que abandonaba su política de derrocamiento del Kuomintang y confiscación de tierras para facilitar la formación de un «frente unido» contra Japón. Mao Tse-tung aclaró más tarde en qué se había convertido la «política agraria» del partido. «En la esfera agraria, esta doble política, por una parte, exige al terrateniente que reduzca el importe de la renta y el tipo de los préstamos y, por otra, obliga al campesino a pagar esta renta reducida y a pagar los intereses de las sumas que ha tomado prestadas» («Œuvres », T. IV, p. 14). La esencia de esta política se reducía a reducir el tipo de alquiler a un máximo del 37,5% y a limitar los intereses del dinero a alrededor del 10-15%. De hecho, estas medidas, que aplicó en las regiones liberadas, se encontraban en el código penal del gobierno de Chiang Kai-shek. El 30 de enero de 1930, el Kuomintang había promulgado una «ley agraria» que prohibía cobrar alquileres superiores al 37,5% de los ingresos de una explotación. El PCCh denunció esta ley con violencia. En 1937,

se hizo cargo de la ley e incluso la avaló, ya que el Kuomintang nunca había sido capaz de aplicarla.

Así, en nombre del país en peligro, el partido de la «revolución agraria» salió en defensa de los «feudalistas». El 28 de enero de 1942, en una decisión sobre la línea a seguir, el Comité Central del PCCh se expresó en estos términos:

La política del Partido es ayudar a los campesinos reduciendo la explotación feudal sin, por ello, eliminarla completamente. Debemos garantizar a los terratenientes sus libertades civiles, sus derechos de propiedad, sus derechos políticos y económicos, a fin de unir a toda su clase a nuestra lucha contra los japoneses. Sólo los traidores absolutamente incorregibles e impenitentes serán dóciles a la política de eliminación de la explotación feudal.

Al igual que había sacrificado los intereses políticos del proletariado en la revolución de 1924-1927, el PCCh sacrificó los intereses sociales del campesinado en el período de incubación de la «democracia popular». Pero mientras que en el primer período no se había atrevido a afirmar ante el proletariado revolucionario la plena identidad de sus objetivos finales con los del Kuomintang, en el segundo llegó a desempeñar el papel del «verdadero Kuomintang». Así, en su folleto de 1945 «Sobre el gobierno de coalición», Mao Tse-tung se jactaba de haber aplicado él solo la política del Kuomintang de reducir la agricultura de arrendamiento, y precisaba para el futuro: «Si no hay obstáculos particulares, estamos dispuestos a continuar esta política incluso después de la guerra: en primer lugar, lucharemos por la reducción de los alquileres y de los tipos de interés en todo el país, y después, aplicando las

medidas adecuadas, conseguiremos gradualmente que cada campesino tenga su propio campo» («Œuvres », T. IV, p. 348). No faltarían «obstáculos». Y al final, esta política sólo pudo aplicarse en... Formosa, con la «ayuda» del imperialismo norteamericano: en 1949. En 1953, se decretó que ningún agricultor podía poseer más de 3 hectáreas de arrozales, y el Estado compró el excedente para revenderlo a los trabajadores agrícolas. En dos años, 470.000 familias se convirtieron en propietarias de una pequeña parcela de tierra, y se afirma que la aparcería ha desaparecido de la isla.

Las dificultades en la China continental eran muy distintas. Pero si Mao tuvo que seguir otro camino, fue en primer lugar a pesar suyo, bajo la presión de las contradicciones económicas y sociales de la posguerra; y, por último, fue en una dirección no menos reformista y burguesa. Se produjo precisamente como resultado del movimiento campesino de 1927-1945.

Las dos fases clásicas del desarrollo capitalista en la agricultura

Si, en la revolución de 1924-1927, el PCCh hubiera hecho prevalecer en el seno del proletariado la teoría menchevista de la necesidad de una «etapa democrática», la experiencia de la «revolución agraria» le habría hecho sacar las consecuencias sociales de esta línea política atrapando al movimiento campesino en el gradualismo de las reformas burguesas: primero, el reparto (o la reducción del arrendamiento agrícola), luego la cooperación. Estas son las dos fases clásicas y sucesivas por las que pasa toda agricultura capitalista. La primera fase es la de la destrucción de las antiguas relaciones y la introducción de las relaciones burguesas (venta de la «propiedad nacional», partición, etc.). La segunda fase

representa un largo proceso de concentración y expropiación del pequeño campesino, encaminado a la aplicación más amplia posible de la tecnología y el capital a la agricultura. La velocidad de este desarrollo depende, entre otras cosas, del mayor o menor alcance de las convulsiones provocadas por la revolución burguesa en las estructuras agrarias precapitalistas. Por ello, el partido del proletariado debe pronunciarse a favor de las soluciones democráticas más radicales en esta revolución. Pero al hacerlo, no expresa simplemente su preferencia por el impetuoso desarrollo capitalista de tal o cual Estado burgués aislado, sino que anticipa las consecuencias políticas y sociales de este desarrollo. La existencia de otros países capitalistas avanzados y el grado de organización del proletariado mundial no sólo le permitían prever ese salto, sino que le obligaban a intentarlo.

En 1850, en la [«Circular del Comité Central a la Liga de los Comunistas»](#), Marx definió las perspectivas del proletariado en la cuestión agraria en estos términos:

El primer punto que provocará el conflicto entre demócratas y proletarios es la abolición de todos los derechos feudales. Los demócratas pequeño-burgueses, siguiendo el ejemplo de la primera revolución francesa, mantendrán la tierra como propiedad privada de los campesinos; esto es, dejarán a los obreros agrícolas como están y crearán una pequeña burguesía campesina, que atravesará el mismo ciclo de miseria espiritual y material en que se encuentra actualmente el campesino francés.

En interés del proletariado rural y en el suyo propio, los obreros deben oponerse a este plan. Deben exigir que las propiedades confiscadas sigan siendo propiedad del Estado y se transformen en colonias obreras que el proletariado rural asociado explote con todas las ventajas del cultivo a gran escala, gracias a lo cual el principio de la propiedad común adquiere inmediatamente una base sólida en medio de las tambaleantes condiciones de la propiedad burguesa (cf. *Programme communiste*, nº 14, p. 43).

¿Qué quiere decir esto? Que a partir de la abolición del régimen feudal los intereses del proletariado y los de la burguesía son radicalmente diferentes; que el Partido Comunista debe perseguir en la revolución el socavamiento de todas las relaciones de propiedad y oponerse al plan de la burguesía que prevé la concentración de la propiedad y la socialización de los productos sólo al final del proceso haciendo del pequeño campesino un proletario y de todo trabajo, trabajo asalariado. Para Marx, la consigna de la revolución permanente correspondía a la esperanza y la tentación de acortar o saltarse la «etapa» de la acumulación capitalista y sus dos fases sucesivas en el campo: la consagración de la propiedad pequeñoburguesa y luego su desmantelamiento por expropiación o, lo que es lo mismo, por cooperación.

Nuestra crítica posterior a la colectivización china y a las «comunas populares» no se inspira, como veremos, en una simple consideración de sus resultados y métodos. Estas cooperativas no tienen nada que ver con las «colonias obreras» de las que hablaba Marx, como tampoco los *koljoses* rusos derivan de las ideas de Lenin sobre la cooperación en la agricultura. Pero el mero

hecho de que el plan de cooperación de Mao fuera una extensión de una política de reformas pequeñoburguesas encaminadas a dar a «cada trabajador su propio campo» basta para determinar su carácter y situarlo en oposición a las perspectivas socialistas de las que pretende derivar.

Durante el período de 1927 a 1945, todos los esfuerzos de Mao tendieron a encauzar el movimiento campesino hacia estas «soluciones» gradualistas y a separar las «etapas necesarias» de la reforma burguesa. Entre los «excesos» contra los que luchó Mao en la aplicación de la ley de 1931 en Juitzin figuraban la negativa de los campesinos a permitir el libre comercio de tierras y la oposición de ciertos militantes a la política de proporcionar tierras a los trabajadores agrícolas, único apoyo del proletariado en el campo. Finalmente, en esta primera fase, Mao insistió en atenerse a la consigna «la tierra para quien la trabaja» y rechazó todo proyecto de colectivización. «La cuestión de la creación de granjas estatales y granjas colectivas no debe plantearse en este momento», dijo en 1934 («Œuvres », T. 1, p. 169). Al final de este período, formulará con toda claridad esta concepción típicamente pequeñoburguesa de las dos fases de la «revolución agraria». Citemos, de su informe [«Sobre el gobierno de coalición»](#), este pasaje que se opone palabra por palabra al texto de Marx:

Tan pronto como se hayan llevado a cabo ciertas transformaciones del sistema agrario, aunque sólo sean transformaciones menores, como la reducción de las rentas y del tipo de interés, aumentará el interés de los campesinos por aumentar la producción. Si entonces ayudamos a los campesinos a organizarse gradualmente, por su propia voluntad, en cooperativas de producción agrícola o de otro tipo, esto conducirá

a un aumento de las fuerzas de producción. Por el momento, estas cooperativas de producción agrícola sólo pueden adoptar la forma de organizaciones colectivas de trabajo y de ayuda mutua, basadas en explotaciones campesinas individuales (sobre la base de la propiedad privada de los campesinos), como, por ejemplo, equipos de trabajo de ayuda mutua, grupos de ayuda mutua, cooperativas de trabajo.

Citemos otro extracto del mismo documento, donde la famosa «revolución agraria» se muestra en su verdadera luz burguesa, donde el campesino es designado como el representante de las relaciones burguesas, el cliente de la industria capitalista, el contribuyente del Estado democrático, el soldado de la patria y el futuro... ¡proletario! Tras declarar que «en la cuestión de las relaciones agrarias, el Partido Comunista Chino ha hecho grandes cosas que responden verdaderamente a los intereses de la nación», Mao explicó:

Los campesinos constituyen el medio del que proceden los obreros chinos. En el futuro, decenas de millones más de campesinos vendrán a la ciudad y se incorporarán a las fábricas. En la medida en que China necesite crear una potente industria nacional y construir muchas ciudades grandes y modernas, se producirá un largo proceso de transformación de la población rural en urbana.

Y, ¡viva la acumulación de Capital con, al final de la misma, nuevos millones de proletarios!

El campesino es una figura importante en el mercado de la industria china; sólo él puede proporcionarle abundantes alimentos y materias primas, y absorber enormes cantidades de productos industriales.

Así, pues, campesinos, ¡enriqueceos! El futuro de la industria china está en vuestros bolsillos.

Los campesinos son la fuente de la que se nutre el ejército chino. Los soldados son campesinos en uniforme; son los enemigos mortales de los invasores japoneses.

Así que, ante todo, ¡a las armas! Por el triunfo de la democracia y la paz, al lado de la URSS y los EEUU en la guerra imperialista.

III (nº 30 de enero-marzo de 1965)

En el artículo anterior, estudiamos la cuestión agraria y la táctica del PCCh hasta 1949. Las reformas promulgadas desde el advenimiento de la República «Popular» serán analizadas más adelante. Recordemos, sin embargo, las conclusiones a las que hemos llegado:

- Una «revolución agraria» sólo puede ser una revolución burguesa, cuyo resultado será liberar a las fuerzas productivas de los grilletes de una economía natural y desarrollar a escala nacional el intercambio de mercancías y la acumulación de capital;

- En lugar de criticar las ilusiones pequeñoburguesas sobre el carácter «anticapitalista» de esta revolución, el partido de Mao las hizo suyas e, inspirándose en el estalinismo ruso, las desarrolló en la teoría de la «construcción socialista» en China.

- Lejos de dirigir una revolución agraria «radical», el PCCh optó siempre por la vía reformista (reducción de las rentas de la tierra o reparto de tierras) en lugar de la vía revolucionaria de la nacionalización y los *soviets* campesinos;

- De este modo, el PCCh ha repetido los errores, vacilaciones y compromisos de los partidos pequeñoburgueses que se inspiraron en Rusia en el «populismo» y en China en el *sunyatsenismo*; pero mientras los bolcheviques los desenmascararon y derrotaron tras la Revolución de Octubre, su victoria en China está a la altura de la contrarrevolución mundial.

El objetivo de este artículo es precisamente mostrar cómo, a pesar de las pretensiones «antiimperialistas» de Pekín, los falsos comunistas chinos han hecho del ascenso revolucionario de las masas parte de la estrategia nacional e

internacional de la burguesía. ¿Qué significan el «extremismo» chino, la exigencia de un puesto en la ONU y algunos boletines de victoria en la construcción económica, comparados con el catastrófico «contragolpe», los temblores revolucionarios, que Marx y Lenin esperaban para Europa y América de la irrupción de una China moderna, emergiendo de su secular aislamiento y atraso? Hay que decir que el movimiento campesino chino no fue comparable a la amenaza de muerte que supuso para el capitalismo mundial la Revolución de Octubre. Les guste o no a los demócratas, ¡no era una cuestión de masa o de extensión territorial, sino de doctrina y de programa revolucionario!

4º La cuestión nacional

En [«Las lecciones de la polémica ruso-china»](#) el lector encontrará una crítica de las posiciones adoptadas por Pekín sobre la cuestión nacional y colonial desde la fundación de la «democracia popular». Nos fijaremos menos en la ideología oficial del Estado chino que en la praxis y la táctica histórica y social del PCCh en el periodo revolucionario que comenzó para todo el Este con la revolución de 1905 en Rusia.

Marxismo y Estado-nación

Resumiendo la actitud de Marx ante los movimientos nacionales de Europa Occidental en el siglo pasado en su folleto [«Sobre el derecho de los pueblos a la autodeterminación»](#), Lenin enfatizó la naturaleza circunstancial de la cuestión nacional y la forma dialéctica en que los marxistas la enfocan en estos términos:

(...) la clase obrera es la que menos puede hacer un fetiche del problema nacional, porque el desarrollo del capitalismo no despierta necesariamente a todas las naciones a una vida independiente. Pero, una vez surgidos los movimientos nacionales de masas, desentenderse de ellos, negarse a apoyar lo que en ellos hay de progresivo significa caer, en realidad, bajo la influencia de prejuicios nacionalistas, es decir: considerar a "su propia" nación como "nación ejemplar" (o, añadiremos nosotros, como nación dotada del privilegio exclusivo de organizarse en Estado)

No hay marxista para quien este pasaje no evoque la doble lucha librada por los fundadores del socialismo científico: por una parte, contra los liberales burgueses de tipo *mazziniano* que hacían un fetiche de la independencia nacional y del Estado burgués; por otra, contra los militantes obreros (cartistas ingleses y proudhonianos franceses) que se negaban a apoyar los movimientos nacionales revolucionarios de Irlanda y Polonia. A partir de este período, todos los matices del oportunismo en la cuestión nacional y colonial cristalizaron en estas dos formas elementales. El estalinismo tampoco innovó aquí.

El antiimperialismo estalinista nunca fue más allá de la reivindicación «legítima» de los principios abstractos de «libertad, igualdad y fraternidad» para todos los «pueblos». Nunca ha visto en los movimientos nacionales del Este otra cosa que la bandera de un bloque de clase a plantar sobre el edificio de un Estado burgués independiente. Al mismo tiempo, estas nobles frases se tradujeron en la práctica mediante la más vergonzosa traición a las revoluciones anticoloniales, que tardaron medio siglo de guerras civiles y revueltas fallidas en

fructificar. Como predijeron Marx y Lenin, el proletariado de la metrópoli, derrotado en su asalto al poder burgués, cedió finalmente a los prejuicios nacionalistas, junto con toda la Internacional de Moscú. Esta traición encontró su forma clásica en la actitud del PCF hacia la revolución argelina y en la del Kremlin hacia la revolución china. En 1927, Stalin, como Thorez en 1936, presentó su propia nación a los pueblos oprimidos como la «nación modelo», reservándose el derecho exclusivo de construir su... socialismo con carácter prioritario.

Pero el marxismo no se contenta con denunciar esta duplicidad de la burguesía y sus lacayos. No se detiene ante esta flagrante contradicción entre los principios que proclaman y su comportamiento real. Porque su objetivo no es realizar su sueño pequeñoburgués de un mosaico universal de Estados «verdaderamente independientes» representados proporcionalmente en el superparlamento de la ONU. El marxismo sitúa como piedra angular de todo desarrollo histórico la instauración de una sociedad en la que habrán desaparecido las clases, y con ellas las diferencias entre Estados y las propias naciones. Por lo tanto, plantea la cuestión nacional sobre una premisa completamente diferente. Dice Lenin:

La época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada en todo el mundo a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal,

eliminándose cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma

(...) Por ello, la tendencia de todo movimiento nacional es formar Estados nacionales, que son los que mejor cumplen estas exigencias del capitalismo contemporáneo. Impulsan a ello factores económicos de lo más profundos, y para toda la Europa Occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es por ello lo típico, lo normal en el período capitalista.

Es difícil ser más claro. El Estado no es eterno; las lenguas no son inmutables, como pretendía la lingüística estalinista. Pero hay más: la exigencia de un Estado nacional, una lengua nacional y una cultura nacional son «típicas» del capitalismo. Este es, pues, el verdadero contenido de la «cuestión nacional», el secreto de este fetiche que, por el número de sus adoradores, sólo es igualado por el fetiche del dinero: la destrucción de la economía natural, el desarrollo del intercambio de mercancías y la acumulación de capital sólo son posibles sobre la base de un Estado nacional centralizado con su aparato administrativo y policial, su concentración económica y su cultura nacional. Y aquí estamos, descendiendo del cielo de los principios abstractos al terreno de los intereses materiales de una revolución burguesa. Continúa Lenin diciendo:

(...) no sabemos si, antes de la bancarrota del capitalismo, Asia tendrá tiempo de estructurarse en un sistema de Estados nacionales independientes, a semejanza de Europa. Pero queda como un hecho indiscutible que el capitalismo, tras despertar a Asia, ha provocado también allí en todas partes movimientos nacionales, que estos

movimientos tienden a crear en Asia Estados nacionales y que precisamente tales Estados son los que aseguran las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo...

Así que ya hemos establecido varios puntos:

1) la reivindicación del Estado nacional es «típica y normal» para el capitalismo, porque esta forma de Estado le garantiza las «mejores condiciones para su desarrollo»;

2) el proletariado no puede hacer del Estado nacional un fetiche, al menos por dos razones:

- tiene la tarea histórica de destruirlo;
- «el desarrollo del capitalismo no inspira necesariamente a todas las naciones una vida independiente».

Así planteaba Lenin en 1914 la cuestión de si Asia formaría Estados nacionales «antes del colapso del capitalismo». Veremos en esta perspectiva cómo la Internacional Comunista previó, a través de la revolución proletaria mundial, la posibilidad de reducir considerablemente para todo el Este la penosa fase de acumulación capitalista y de constitución de Estados nacionales burgueses.

Dos épocas del capitalismo

Queda por aclarar un punto: ¿dentro de qué límites históricos y según qué criterios puede plantearse la «cuestión nacional» al proletariado como la cuestión de su participación en un movimiento nacional de masas y su apoyo al mismo?

Citemos de nuevo a Lenin, en sus «[Notas críticas sobre la cuestión nacional](#)» de 1913:

El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. La primera es el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, la lucha contra toda opresión nacional, la creación de Estados nacionales. La segunda: el desarrollo y la frecuencia de todas las relaciones entre las naciones, la destrucción de las barreras nacionales, la creación de la unidad internacional del capital y, en general, de una vida económica, política y científica internacional.

Estas dos tendencias son una ley universal del capitalismo. La primera es dominante al comienzo de su desarrollo; la segunda caracteriza al capitalismo ya maduro y que avanza hacia su transformación en sociedad socialista.

Lenin muestra que la tendencia natural del capitalismo es destruir las entidades nacionales, así como las relaciones de propiedad que ha creado. Contra los regímenes preburgueses, exigió la igualdad entre las naciones y el derecho «igual» a la propiedad privada. Pero el propio movimiento de concentración capitalista eliminó a los pequeños propietarios y creó cárteles económicos internacionales y *trusts* que dictaban la ley a los Estados más poderosos.

Así, en la primera fase del desarrollo capitalista, los marxistas lucharán por la independencia de una nación oprimida, por su unificación política sobre una base democrática, porque éstas son las condiciones para un rápido ascenso del

capitalismo transformando las viejas estructuras económicas y sociales en una dirección burguesa y dando su forma más pura a la oposición entre el trabajo asalariado y el capital. Pero en la segunda fase, la del capitalismo maduro, donde la burguesía se ha hecho con el poder del Estado, donde las reformas democráticas han hecho todo lo que podían hacer, desarrollando considerablemente los antagonismos de clase, cualquier llamamiento a la «unidad nacional», cualquier «programa nacional» de un partido obrero ya sólo representa la traición a los intereses de clase del proletariado y la defensa de la patria burguesa.

Tras una larga degeneración, la II Internacional ha llegado a esta traición suprema. Y la Internacional de Moscú no llegó a otro fin. En vano Lenin recordaba en 1914 los límites históricos y geográficos de los movimientos revolucionarios nacionales: la contrarrevolución, como la revolución, se había globalizado. ¿Cuáles eran estos criterios? Decía Lenin que:

En Europa occidental y continental la época de las revoluciones democrático-burguesas abarca un período de tiempo bastante preciso, de 1789 a 1871. Fue el período de los movimientos nacionales y de la creación de los Estados nacionales. Al final de este periodo, Europa Occidental se había transformado en un sistema de Estados burgueses, Estados nacionales generalmente homogéneos. Por tanto, buscar hoy el derecho de libre disposición en los programas de los socialistas de Europa Occidental es ignorar el ABC del marxismo.

En Europa del Este y Asia, la época de las revoluciones democrático-burguesas no comenzó hasta 1905. Revoluciones en

Rusia, Persia, Turquía, China, guerras en los Balcanes, tal es la cadena de acontecimientos mundiales en nuestro tiempo, en nuestro «Oriente». Y habría que estar ciego para no ver en esta cadena de acontecimientos el despertar de toda una serie de movimientos nacionales democrático-burgueses, de tendencias a la formación de Estados nacionales homogéneos e independientes.

Hoy podemos decir que, con el final de la Segunda Guerra Mundial, el período de las revoluciones democrático-burguesas también llegó a su fin en África y Asia. En todas partes, los movimientos nacionales revolucionarios han conducido a la constitución de Estados burgueses más o menos «independientes», más o menos «populares». Esto significa que en estos países, como en las antiguas metrópolis, el proletariado ya no tiene que responder a los llamamientos para perfeccionar la independencia política o económica de su burguesía, para completar la revolución democrática. Sólo le queda organizarse como clase y luchar contra su burguesía. Ante esta situación, el «socialismo» chino no se presenta en absoluto como el defensor de los movimientos revolucionarios nacionales que, de hecho, han llegado a su fin burgués. Sus consignas son las de la colaboración de clases en el Este, donde se afirma la dominación del Capital.

Así, el «desarrollo» histórico que tanto esperan los progresistas burgueses ha creado (¡con tanta dificultad y sufrimiento!) las condiciones materiales para que el proletariado de los países atrasados entre en lucha contra su burguesía. Pekín eligió este momento para anunciar al mundo la buena nueva de la «construcción del socialismo» en China. Sin considerar siquiera el contenido

objetivo de esta consigna, podemos afirmar que Lenin y la Internacional Comunista habían previsto otra salida para los movimientos nacionales revolucionarios de Oriente y habían preparado y creado las condiciones subjetivas para un salto por encima de la evolución burguesa y la fase de constitución de los Estados nacionales en Asia.

El «ensayo general»: Rusia (1905), China (1911)

Toda la II Internacional vivía en la idea de que la democracia burguesa, su ampliación y su «progreso» representaban la condición necesaria y suficiente para el «paso» al socialismo. Ninguna prueba mejor de ello que la victoria de la dictadura proletaria en Rusia, país que no tenía ni las «ventajas» de un régimen parlamentario ni un poderoso «desarrollo» capitalista. La posición oficial de los socialistas de la II Internacional y de los mencheviques rusos fue siempre negar la posibilidad de una conquista del poder en Rusia y afirmar la necesidad de un período constitucional burgués. Esta fue la posición constante del partido de Mao en la revolución china. «Sólo a través de la democracia puede alcanzarse el socialismo», declaró Mao Tse-tung en su informe “Sobre el gobierno de coalición” presentado al VII Congreso del PC en 1943. Este único punto marca la ruptura completa de todo el Este con la tradición del bolchevismo y las perspectivas de la Internacional Comunista.

No volveremos aquí sobre las «Tesis sobre la cuestión nacional y colonial», en las que Lenin extendió a todo el Este la enseñanza de las tres revoluciones rusas. El lector encontrará abundantes extractos de ellas en el artículo [«Revolución y contrarrevolución en China»](#) (*Programme Communiste* , nº 20

y 21). Recordemos sólo dos de los tres puntos que, según Lenin, constituían la clave de bóveda de estas tesis: 1) la noción clara de las circunstancias históricas y económicas; 2) la disociación de los intereses de las clases oprimidas de los intereses «nacionales» de las clases dominantes. Fue mediante este método como el bolchevismo se abrió camino hacia el poder. Aplicado a China, ¿habría producido resultados diferentes? ¿Habría anulado las predicciones de los marxistas? Lo negamos.

Al exigir una noción clara de las circunstancias históricas y económicas, Lenin pretendía oponerse a la afirmación formal de los principios abstractos de la democracia burguesa y determinar de la manera más rigurosa el papel de las clases sociales en las revoluciones orientales. En Rusia, subrayó, la burguesía era una clase nacida muerta y no podía esperarse que completara por sí sola sus tareas políticas y sociales. La experiencia de las reformas de 1861 y las revoluciones de 1905 y febrero de 1917 habían demostrado suficientemente su impotencia y su disposición a echarse en brazos del zarismo al primer peligro. Lenin dijo: «La revolución burguesa es imposible como revolución de la burguesía». Sabemos que Stalin no compartía esta opinión entre febrero y abril de 1917, cuando hizo campaña por la convocatoria de la Asamblea Constituyente y la liquidación de los *soviets*. Sabemos sobre todo que, de 1924 a 1927, puso en la base de la táctica del PC chino esta idea de que la burguesía anticolonial podía ser más revolucionaria que la burguesía antizarista rusa, y que las lecciones de la revolución rusa no podían aplicarse a China. No sólo el curso de la revolución china, sino incluso las previsiones de Lenin van en contra de

esta «teoría», cuyos rasgos típicamente mencheviques hemos señalado en otro lugar (cf. *Programme Communiste*, nº 27).

Como dudaba en armar al campesinado para lograr la unidad nacional y romper radicalmente con el imperialismo extranjero, la burguesía china tuvo que dejar el lugar y el poder a su ejecutor, el partido de Mao. Pero su debilidad congénita y sus contradicciones se hicieron patentes ya en 1911, durante la primera revolución china. El movimiento que había derrocado a la dinastía manchú apenas había dado el poder a Sun Yat-sen cuando éste lo abandonó en favor de un militarista de dudosa reputación, Yuan She-k'ai, a quien juzgaba más capaz «de unificar el país y garantizar la estabilidad de la República por la confianza de que gozaba con las potencias extranjeras». En una carta a Chichérine (28 de agosto de 1921), Sun Yat-sen admitió: «Mi retirada fue un gran error político, cuyas consecuencias fueron comparables a sustituir a Lenin por Koltchak, Yudenitch o Wrangel».

En un artículo poco conocido de 1912, Lenin analizaba las circunstancias políticas y sociales de la primera revolución china en estos términos:

Ya el derecho de sufragio (ni universal ni directo) indica la alianza del campesinado acomodado con la burguesía, en ausencia o completa impotencia del proletariado.

Esta misma circunstancia se revela en el carácter de los partidos políticos en China. Hay tres partidos principales:

1) El partido «radical-socialista» en el que no hay absolutamente ningún socialismo, como en nuestros «socialistas populares» y en 9/10 de los «socialistas-revolucionarios». Es el partido de la

democracia pequeñoburguesa. Sus principales reivindicaciones son la unificación política de China, el desarrollo del comercio y la industria «en un sentido social» (una frase tan nebulosa como el «principio del trabajo» y el «igualitarismo» de nuestros populistas y s.-r.), y el mantenimiento de la paz.

2) Los liberales. Están aliados con el partido «radical-socialista» y juntos forman el «partido nacional». Con toda probabilidad, este partido tendría mayoría en el primer parlamento chino. Su líder es el Dr. Sun Yat-sen. En la actualidad está ocupado elaborando planes para una red ferroviaria (para beneficio de los populistas rusos: Sun Yat-sen está haciendo esto en la creencia de que China «evitará» el capitalismo).

3) El tercer partido se llama «Unión de Republicanos»: ¡un ejemplo de la naturaleza engañosa de los signos políticos! En realidad, se trata de un partido conservador que se apoya principalmente en los funcionarios, terratenientes y burgueses del Norte de China, más atrasado, mientras que el partido «nacional» es sobre todo el partido del Sur, más industrial, más avanzado y más desarrollado.

El principal apoyo del «partido nacional» es el campesinado. Sus dirigentes son intelectuales formados en el extranjero.

La libertad de China fue conquistada por la alianza de la democracia campesina y la burguesía liberal. ¿Lograrán los campesinos, sin la dirección del partido del proletariado, mantener su posición democrática frente a los liberales que sólo esperan el

momento oportuno para lanzarse a la derecha? Esto es lo que mostrará el futuro próximo. ([La China renovada](#), «Pravda», 7 de noviembre de 1912).

La prueba de la cobardía de la burguesía china no se hizo esperar: Yuan She-k'ai entregó rápidamente el país a la reacción; y Lenin pudo declarar unos meses más tarde:

Las revoluciones de Asia han mostrado la misma falta de carácter y la misma bajeza del liberalismo, la misma importancia exclusiva de una independencia de las masas democráticas, la misma delimitación precisa entre el proletariado y toda la burguesía ([Los destinos históricos de la doctrina de K. Marx](#), 1913).

La guerra imperialista: perspectivas de la revolución proletaria en Asia

Fue necesaria la Primera Guerra Mundial para poner fin a la *entente* entre la burguesía rusa y el zarismo y liberar al movimiento social en Rusia. Sus consecuencias posteriores iban a ser igual de importantes para Oriente, objeto de todas las codicias imperialistas. La posguerra llevó al proletariado chino al primer plano de la escena política y justificó la perspectiva de la Internacional Comunista: lucha directa por el poder soviético en toda Asia.

La prolongada ruptura de las relaciones económicas con las metrópolis en guerra condujo a un importante desarrollo del capitalismo autóctono, que veía con malos ojos la restauración de los antiguos monopolios comerciales. Por otra parte, la aparición de nuevos competidores agravó los conflictos imperialistas en

Oriente. Frente a sus rivales europeos, los Estados Unidos, seguidos por Japón, lanzaron la llamada política de «puertas abiertas» cuyos principios había definido Wilson: «libertad de los mares», «sociedad de naciones», «internacionalización de las colonias».

Esta situación acentuó las contradicciones de la burguesía china. Había participado en la guerra imperialista con la esperanza de recuperar las posesiones alemanas en China tras la «victoria». El Tratado de Versalles las transfirió pura y simplemente a Japón. El descontento y la decepción que siguieron desembocaron en el movimiento del 4 de mayo de 1919. La política de confiar en un imperialista para mordisquear al otro ya no era una opción. La Conferencia de Washington supuso el triunfo de la política de «puertas abiertas», pero sus perspectivas chocaban cada vez más con el sueño de Sun Yat-sen de crear un consorcio de grandes potencias para el desarrollo económico de China.

La posición del gobierno nacionalista de Cantón no era mejor. No se había tomado ninguna medida en favor de los obreros y campesinos que habían desertado del ejército. La campaña contra los militaristas del Norte y por la unificación de China estaba comprometida. El propio poder de Sun Yat-sen se vio amenazado varias veces. Fue necesaria la llegada de Borodin y la reorganización del Kuomintang con la ayuda de los comunistas para cambiar la situación. Borodin redactó el «Manifiesto del Kuomintang reunificado» de tal manera que lo convertía en un partido «popular», y los proletarios chinos sacrificaron su independencia de clase a estas bonitas frases. Era difícil adoptar

más abiertamente la opinión contraria del IV Congreso de Moscú sobre la cuestión de Oriente, que declaró:

El joven movimiento obrero de Oriente es un producto del desarrollo del capitalismo autóctono en los últimos tiempos... Muy a menudo, como señaló el II Congreso de la Internacional Comunista, los representantes del nacionalismo burgués, aprovechando la autoridad política y moral de la Rusia de los *Soviets* y adaptándose al instinto de clase de los obreros, envuelven sus aspiraciones democrático-burguesas en el «socialismo» y el «comunismo» para desviar así, a veces sin darse cuenta, a los primeros órganos embrionarios del proletariado de sus deberes de organización de clase. Tales son el partido de Behill Ardou en Turquía, que repintó de rojo el panturquismo, y el 'socialismo de Estado' preconizado por ciertos representantes del partido Kuomintang.

Lejos de interpretar esta política de la burguesía china como un fracaso de su dirección de clase del movimiento nacional, Moscú quiso ver en ella el signo particular de su «naturaleza» revolucionaria. Esto contradecía no sólo las previsiones de la Internacional, sino también la masa de hechos acumulados desde sus primeros congresos.

[En sus tesis de 1920](#), Lenin decía: «Hay que acabar con las ilusiones nacionales de la pequeña burguesía y con su creencia en la posibilidad de una coexistencia pacífica y de igualdad entre las naciones bajo el dominio capitalista».

Esto es lo que el Tratado de Versalles y la Conferencia de Washington habían demostrado a toda Asia:

Sin la victoria sobre el capitalismo, no podrán abolirse ni la opresión patronal, ni la opresión nacional, ni la desigualdad social.

Esto era lo que el gobierno del Kuomintang había demostrado a los obreros y campesinos de Cantón.

Por último, frente al plan económico de Sun Yat-sen y su carácter utópico bajo el régimen capitalista, Lenin había respondido de antemano que sólo una federación de repúblicas soviéticas podría «realizar un plan económico universal cuya aplicación regular sería controlada por el proletariado de todos los países».

Así pues, no fue en 1964 cuando se condenaron todas las «alternativas» de la burguesía «nacional» y del imperialismo mundial, sino ya en 1924, al comienzo mismo de la revolución china. La guerra imperialista había demostrado que toda la economía mundial estaba madura para la reorganización socialista. La victoria del proletariado en Rusia había presentado a todos los países la alternativa: revolución comunista o contrarrevolución burguesa.

Zinóviev dijo en el Congreso de Bakú:

Desde el momento en que un país (incluso un solo país) se ha arrancado de los grilletes del capitalismo, como lo ha hecho Rusia, desde el momento en que los trabajadores han puesto en el orden del día la cuestión de la revolución proletaria, podemos decir que China, India, Turquía, Persia y Armenia pueden y deben participar directamente en la lucha por el régimen de los *Soviets*.

Este era el sentido de todos los textos de la Internacional Comunista sobre la cuestión colonial: «Manifiesto» del I Congreso (1919); “Tesis” de Lenin en el II Congreso (1920) con los añadidos de Roy dedicados más especialmente a China y la India; “Tesis del Congreso de Bakú” (septiembre de 1920), unas sobre la “Cuestión agraria” (Radek), otras sobre “El poder de los soviets en Oriente” (Béla Kun); y, por último, las tesis del IV Congreso de Moscú sobre “La cuestión oriental”, presentadas por Safarov.

Así pues, debemos completar el cuadro de los diferentes periodos revolucionarios de la siguiente manera:

- 1789-1871, revoluciones burguesas en Europa Occidental (así como en Norteamérica y Japón);
- 1905-1950 (aproximadamente), movimientos revolucionarios nacionales en toda la zona afroasiática y en Europa del Este, con una sola victoria proletaria: en Rusia;
- 1917-1927, estrategia unitaria de «revolución permanente» en los países capitalistas avanzados y las colonias: derrotas sucesivas en Europa y China que sirven de marco a la contrarrevolución estalinista en Rusia.

La teoría «etapista» de la revolución anticolonialista

Al entrar en el Kuomintang por orden de Moscú, los comunistas chinos no sólo cometían un error táctico que nunca habían cometido los bolcheviques, que por el contrario se habían diferenciado en todo de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. Tampoco cometían un simple error de apreciación sobre la rapidez con que avanzaría la revolución china. Cometían, sobre todo,

un compromiso de principio y daban la espalda a las perspectivas de lucha para las que se había creado la Internacional, sometiéndose a la estrategia nacional de la burguesía china. Esto es lo que hizo que los debates sobre la revolución china y la derrota de las tropas de Chiang Kai-shek fueran tan importantes para el triunfo de la teoría estalinista del «socialismo en un solo país».

En las conferencias que pronunció en Cantón entre enero y agosto de 1924 sobre los «tres principios del pueblo», Sun Yat-sen fue el primero en desarrollar una teoría de las etapas por las que tendría que pasar la revolución china antes de llegar a su propia conclusión burguesa.

El principio del nacionalismo requeriría para su realización todo un período de acción puramente militar, destinada esencialmente a derrotar a los «señores de la guerra» y a expulsar del país a los imperialistas extranjeros.

Una vez alcanzado este objetivo, sería posible pasar a un segundo período, «educativo», en el que se materializaría el principio de democracia mediante la instauración de un régimen parlamentario.

Finalmente, el último periodo era el del «socialismo», que Sun Yat-sen denominaba, en su versión original de 1907, «el bienestar del pueblo». El objetivo era poner en práctica el «determinismo económico» organizando una distribución justa de la riqueza.

El PCCh se adhirió a esta teoría, típica del liberalismo burgués. Ni siquiera se preguntó si se podría expulsar a los imperialistas sin que el campesinado se sublevara, o si el campesinado cumpliría sus promesas revolucionarias sin la dirección política del proletariado. El ejercicio «estilístico» del estalinismo en la cuestión china consistió en determinar en qué «etapa» se encontraba. Cuando

la contrarrevolución burguesa empezó a hacer estragos, Stalin la «justificó» en nombre de la «primera etapa». Cuando el agravamiento de las luchas de clases, la presión de los comunistas chinos y las críticas de Trotsky plantearon a la Internacional la cuestión urgente de salir del Kuomintang y crear soviets, Stalin tomó la teoría de las «etapas» de Sun Yat-sen y le dio la forma completa y «clásica» que se impuso posteriormente a los comunistas de todos los países coloniales.

Merece la pena citar sus tesis sobre «[Los problemas de la revolución china](#)», publicadas en *Pravda* el 21 de abril de 1927:

Durante el primer período de la revolución china, el de la Campaña del Norte, cuando el ejército nacional que se acercaba al Yangtsé obtenía victoria tras victoria y el movimiento obrero y campesino aún no se había desarrollado, la burguesía nacional (excepto los compradores) marchaba con la revolución. Era la revolución del frente nacional unificado...

El golpe de Estado de Chiang Kai-shek significó que la revolución había entrado en su segunda etapa, que había comenzado el viraje de la revolución del frente nacional unificado a la revolución de las masas obreras y campesinas, a la revolución agraria...

Las «tesis» de Stalin no incluían una tercera «etapa», pero unos meses más tarde, en el Pleno del C.C. del PC(b) de la URSS de julio-agosto de 1927, denominó a esta etapa final «que aún no existe, pero que llegará»: la revolución soviética. En su discurso ante el mismo Pleno, Stalin intentó justificar su teoría falsificando toda la experiencia de la revolución rusa:

Lenin reconoció dos etapas en nuestra revolución: la primera fue la revolución democrático-burguesa con el movimiento agrario como eje principal; la segunda fue la revolución de Octubre con la toma del poder por el proletariado como eje principal.

Nadie podría haber distorsionado tanto el significado de las «Tesis» de abril de 1917 como lo hizo Stalin en sus tesis de abril de 1927. Si Lenin pudo hablar de dos etapas de la revolución rusa, no fue para oponerse al poder de los *soviets*, sino para lanzar la consigna en favor de éstos; no fue para esperar el «fin» constitucional de la «etapa» burguesa, sino para evitarlo; fue para hacer comprender a los cabezas de palo, entre los que se encontraba Stalin, que había que acabar con las últimas ilusiones menchevistas de los últimos «viejos bolcheviques». De hecho, para Lenin, la revolución de 1905 tenía tan poco que ver con una «etapa democrático-burguesa» que a menudo se refería a ella como un «ensayo general» de la revolución de 1917. ¿Por qué «ensayo general»? Porque la rusa de 1905 contenía en germen todas las características políticas y sociales de las revoluciones de 1917 y de toda Asia; porque incluía dialécticamente todas las fases y, si se quiere, todas las «etapas», habiendo demostrado suficientemente la necesidad del poder de los *soviets* y de la dictadura proletaria.

La revolución china no ha contradicho esta enseñanza. La ha demostrado por el absurdo. Un año después del primer golpe de fuerza de Chiang Kai-shek, Stalin se opuso obstinadamente a romper con el Kuomintang y a llamar a los

soviets. He aquí cómo evaluó en sus «Tesis» los acontecimientos más significativos de la revolución y la contrarrevolución en China:

El intento de Chiang Kai-shek en marzo de 1926 de expulsar a los comunistas del Kuomintang fue el primer intento serio de la burguesía nacional de amordazar la revolución. Es bien sabido que el CC del PCR (b) ya consideraba entonces que era necesario 'seguir una línea de mantenimiento del PC en el Kuomintang' y 'eliminar o excluir a la Derecha del Kuomintang' (abril de 1926)...

El golpe de Estado de Chiang Kai-shek (la masacre de los comunistas en Shanghai y Nankín y la formación de un gobierno 'derechista' del Kuomintang en esa ciudad) significó que en el sur de China habría en adelante dos campos, dos gobiernos, dos ejércitos, dos centros: el centro de la revolución en Wuhan y el centro de la contrarrevolución en Nankín. De ello se desprende que la política de mantener la unidad del Kuomintang, aislar a la derecha dentro del Kuomintang y utilizarla (*¡sic!*) ya no corresponde a las tareas de la revolución. Esta política debe ser sustituida por una política de exclusión de la derecha, de lucha contra la derecha hasta su completa liquidación política y de concentración de todo el poder en manos del Kuomintang como bloque de la izquierda y los comunistas.

Unos meses más tarde, el gobierno de «Izquierda» derrocó a su vez a los comunistas y los obreros de Cantón trataron de imponer su dictadura contra todas las tendencias del Kuomintang. Su consigna correcta y su inevitable derrota resumen todas las lecciones de la revolución china: lo que estaba en

juego y el final de la revolución no eran la victoria o la derrota del «bloque de las cuatro clases», sino la victoria o la derrota de la burguesía nacional o del proletariado. La historiografía estalinista presenta el movimiento revolucionario de 1924-1927 como una mera «etapa» de la revolución burguesa en China. Así, en una «Conversación con los estudiantes de la Universidad Sun Yat-sen» en mayo de 1927, Stalin dijo:

Es cierto que el golpe de Estado de Chiang Kai-shek no podía prescindir de una derrota parcial de los obreros en una serie de regiones. Pero se trata sólo de una derrota parcial y temporal. De hecho, con el golpe de Chiang Kai-shek, la revolución en su conjunto entró en una fase superior de su desarrollo, la fase del movimiento agrario.

¿Cómo puede haber una «derrota parcial» cuando hay una lucha armada por el poder? Moscú se negó a prepararse para esta lucha, pero sucedió de todos modos, y terminó con el aplastamiento del proletariado chino. Admitimos de buen grado que esta derrota era necesaria para que la revolución nacional «en su conjunto» entrara en su «fase agraria». Pero entonces tenemos que decir con Trotsky que en China la revolución burguesa sólo fue posible como contrarrevolución burguesa; y que a partir de 1927 terminó el período en que las revoluciones burguesas del Este pudieron seguir los pasos proletarios e internacionalistas del Octubre ruso.

El legado de Sun Yat-sen: la «nueva democracia»

Las lecciones que extraemos de la derrota de 1927 son, por tanto, radicalmente distintas de las que extrajo el estalinismo ruso o chino. El movimiento nacional no fue derrotado por el abandono de la burguesía china, sino que el proletariado internacionalista fue aplastado por el abandono de sus posiciones de clase. El reflujó del movimiento nacional fue «parcial» y «temporal», pero la derrota del proletariado fue completa y definitiva.

Así interpretó Mao Tse-tung este período histórico en su discurso de abril de 1945 «Sobre el gobierno de coalición»:

En 1924, a propuesta del Partido Comunista Chino, Sun Yat-sen había convocado el Primer Congreso de toda China del Kuomintang, en el que participaron también los comunistas; había elaborado las tres tesis políticas fundamentales (alianza con Rusia, alianza con el Partido Comunista y apoyo a los obreros y campesinos), organizado la Academia Militar de Ouampou, creado un frente nacional unido que agrupaba al Kuomintang, al Partido Comunista Chino y a todas las capas de la población. El resultado fue que en 1924-1925 las fuerzas reaccionarias fueron liquidadas en Kouantoung; en 1926-1927 la Campaña del Norte tuvo éxito...

Mao no dice que el «resultado», el «éxito» de esta política fuera la masacre del proletariado chino. La juzgó sólo desde el punto de vista nacional. Y desde este punto de vista se contenta con quejarse de la contrarrevolución porque «la unión dio paso a la guerra civil, la democracia a la dictadura, la luz a la oscuridad». Como resultado, «los tres principios del pueblo de Sun Yat-sen,

arrojados por la borda por los reaccionarios del Kuomintang, fueron retomados por el pueblo chino, el Partido Comunista Chino y otros demócratas» («Œuvres choisies », T. IV, pp. 299–300).

Una vez más, el axioma de Lenin demostró ser correcto: la revolución burguesa era imposible como revolución de la burguesía. La burguesía era incapaz de sacar provecho de su victoria sobre el proletariado. Pero al adoptar el programa de Sun Yat-sen, el partido de Mao no lo hizo más «revolucionario». Lo hemos visto en la cuestión agraria. Lo mismo puede decirse de las cuestiones de la democracia política y de la lucha contra el imperialismo extranjero. El partido de Mao hizo todo lo posible para que la realización de este programa no rebasara el marco de los intereses nacionales burgueses y no violara el buen entendimiento entre las clases.

Algunas personas expresan las siguientes dudas: una vez que hayan ganado, ¿no establecerán los comunistas la dictadura del proletariado, un sistema de partido único, como en Rusia? A esto respondemos que hay una diferencia de principio entre el Estado de la nueva democracia, fundado en la alianza de varias clases democráticas, y el Estado socialista fundado en la dictadura del proletariado. Por supuesto, el régimen de la nueva democracia que defendemos se crea bajo la dirección del proletariado, bajo la dirección del Partido Comunista [¿puede el proletariado comunista crear un poder que no sea el de su dictadura?]. Sin embargo, durante todo el período de la nueva democracia, no será posible y, en consecuencia, no será

necesario tener en China un régimen de dictadura ejercido por una sola clase... (ibid., pp. 329-330).

Estas declaraciones de «principios» resultan cuanto menos picantes si se piensa en las lecciones de «marxismo-leninismo» que Pekín pretende ahora dar a Moscú. Ayer, Moscú afirmaba encarnar la dictadura del proletariado. Ahora se nos dice que se ha transformado en un «Estado de todo el pueblo», es decir, en una democracia burguesa. Y podemos entender este «cambio», interpretarlo como el resultado legal de la contrarrevolución estalinista. Pero, ¿por qué milagro el Estado chino, fundado sobre los «tres principios del pueblo», se ha transformado en un Estado socialista, en una dictadura del proletariado?

Mao ya no tiene la «ingenuidad virginal» del populista Sun Yat-sen del que hablaba Lenin. Ya no puede imaginar que los «tres principios del pueblo» y el advenimiento de la democracia burguesa sean la clave de la emancipación humana. Y por eso el revolucionario pequeñoburgués lleva las cicatrices de la contrarrevolución burguesa Sun Yat-sen + Stalin = Mao Tse-tung. El mismo argumento que utilizó en 1945 para repeler la dictadura proletaria en China, lo utilizó veinte años después para rebautizar la «nueva democracia» como «Estado socialista»:

El sistema creado en Rusia estaba condicionado por el desarrollo histórico de Rusia. Se destruyó el sistema social basado en la explotación del hombre por el hombre y se creó un sistema político y económico y una cultura del tipo democrático más avanzado, es decir, socialista (ibíd., p. 330).

¿Se había destruido «la explotación del hombre por el hombre» en octubre de 1917? ¿Se había creado una economía socialista en Rusia, o la gente creía siquiera en la posibilidad de una futura «creación» de este tipo? No, éste no es el contenido del bolchevismo. Es la reivindicación de la dictadura proletaria como forma universal del poder de clase, incluso en los casos «especiales» de Rusia y China; la afirmación de que esta forma de gobierno no sólo era posible, sino necesaria en los países atrasados donde la economía «nacional» estaba subdesarrollada. Lo que Mao concedió a la URSS en 1945 como privilegio nacional gran ruso, lo reclama ahora exclusivamente para la patria *han*: no la dictadura proletaria, sino la «construcción del socialismo» mediante la acumulación de capital.

Muchas páginas del informe de Mao «Sobre el gobierno de coalición» están dedicadas también a analizar las consignas económicas de Sun Yat-sen: «La estructura económica de la nueva democracia que intentamos establecer corresponde también a los principios de Sun Yat-sen» (p. 325). En el ámbito agrario, Sun Yat-sen había lanzado la consigna retomada por el PCCh: «A cada labrador su propio campo»; en la industria y el comercio, el «Manifiesto» de 1924 exigía una «limitación del capital»... Mao Tse-tung formuló su programa de la siguiente manera:

Algunos piensan que los comunistas chinos están contra el desarrollo de la iniciativa individual, contra el desarrollo del capital privado, contra la defensa de la propiedad privada. No es así. La opresión de la nación por los extranjeros y el yugo feudal dentro del país obstaculizan gravemente el desarrollo de la iniciativa individual entre

los chinos, el desarrollo del capital privado y arruinan la riqueza de amplios sectores de la población. Ahora bien, la tarea del sistema de la nueva democracia que nos esforzamos por instaurar consiste precisamente en eliminar estos frenos, poner fin a esta ruina, asegurar a la masa del pueblo chino la posibilidad de manifestar libremente su iniciativa individual en la sociedad, desarrollar libremente la economía capitalista privada, que, sin embargo, 'no debe tener en sus manos la vida del pueblo', sino, por el contrario, serle útil, y, por último, asegurar la protección de toda propiedad privada adquirida por medios legales (pp. 325-326).

Aún no ha llegado el momento de juzgar a la China maoísta por la realización de su programa burgués. Eso será objeto de artículos posteriores. Aquí se trata simplemente de denunciar las frases «socialistas» con las que se reviste este programa. El axioma político del reformismo era que el socialismo sólo podía alcanzarse mediante la democracia. Su axioma económico se resume en estos términos: el desarrollo del capitalismo «nacional» es una condición absoluta para la «construcción socialista». Hemos visto cómo la estrategia revolucionaria de la Internacional Comunista contemplaba la relación entre los países atrasados y los países capitalistas avanzados en la perspectiva universal de un asalto proletario al poder burgués. La notoriedad de Trotsky en la cuestión china no consistió sólo en defender la táctica de los bolcheviques: hegemonía proletaria y dictadura de clase. Trotsky también luchó por la estrategia revolucionaria mundial sin la cual el bolchevismo no tendría sentido:

La conquista del poder por el proletariado no pone fin a la revolución, sólo la inaugura. La construcción socialista sólo es concebible sobre la base de la lucha de clases a escala nacional e internacional. Esta lucha, dado el dominio decisivo de las relaciones capitalistas en el escenario mundial, conducirá inevitablemente a estallidos violentos, es decir, a guerras civiles en el interior y a guerras revolucionarias en el exterior ([Tesis sobre la revolución permanente](#), 1929).

Al saludar el desarrollo del capitalismo chino y su rivalidad con Moscú como una victoria de la revolución permanente, los lamentables «trotskistas» de hoy muestran hasta qué punto el estalinismo y el progresismo burgués se han apoderado de sus mentes. Es un hecho que el capitalismo está cavando su propia tumba a medida que se desarrolla. En China puede crear todas las condiciones favorables que quiera para el crecimiento físico y el renacimiento político del proletariado. Pero es contra su voluntad. Todo lo que el proletariado puede esperar de ella es que dé al antagonismo entre el capital y el trabajo su forma más pura y violenta, la más desprovista de ilusiones reformistas y pequeñoburguesas. En este sentido, los méritos del «socialismo chino» eran nulos durante el período revolucionario. No son mayores ahora que el partido de Mao se ha convertido en un partido de gobierno. Sabemos que Pekín, en la estricta tradición estalinista abandonada por Moscú, no niega la existencia de antagonismos de clase en China. Pero he aquí lo que Mao tenía que decir al respecto, según su informe de 1945:

Huelga decir que seguirán existiendo contradicciones entre estas clases y que la que se manifestará más claramente será la contradicción entre el trabajo y el capital. Por eso cada una de estas clases tendrá sus propias reivindicaciones. Sería hipócrita y erróneo ocultar estas contradicciones y estas reivindicaciones. Pero, durante toda la fase de la nueva democracia, estas contradicciones, estas reivindicaciones particulares, no rebasarán el marco de las reivindicaciones generales, y no debe permitirse que lo rebasen (ibíd., p. 323).

El Estado de la «nueva democracia» defiende así la colaboración de clases; pretende regular desde arriba, por encima de las clases, el antagonismo fundamental entre capital y trabajo; reducir las «reivindicaciones particulares» del proletariado a los intereses «generales» del Estado burgués. Está claro que lo que el proletariado chino ganará con el régimen de la «nueva democracia», lo ganará luchando contra él, ¡preparándose para enterrarlo! Como decía Marx, sólo «en un orden de cosas en el que ya no habrá clases ni antagonismos de clase» las «evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas».

Así que no hay nada «nuevo» en la democracia china. Y el estudio del desarrollo del capitalismo en China será una configuración posterior. Del mismo modo, no hay nada «especial» u «original» en la revolución china, aparte de la derrota completa y duradera del internacionalismo proletario en Asia como en las antiguas metrópolis.

IV (nº 31 de abril-junio de 1965)

Hemos visto en el artículo anterior el lugar que ocupa la cuestión nacional y colonial en la teoría marxista. La constitución de un Estado nacional, el desarrollo de una economía nacional no pueden representar en modo alguno para el proletariado la meta de sus luchas políticas, ni la culminación de sus aspiraciones sociales. El estalinismo ha renegado de la Revolución de Octubre hasta tal punto que hoy la considera un mero prólogo de la acumulación del capitalismo en Rusia. En esto se unió a los socialistas de la II Internacional, que intentaron circunscribir la explosión revolucionaria de 1917 y reducirla a una revolución burguesa. Pero los bolcheviques no eran jacobinos equivocados. Al fundar la Internacional Comunista y llamar al proletariado mundial a la guerra de clases, fueron capaces de dar una resonancia diferente al colapso del Imperio zarista. Como habían predicho Marx y Engels, la revolución de San Petersburgo llevó a la Europa burguesa al borde del abismo.

Los fundadores del marxismo habían previsto la misma «reacción» de la revolución china. Hemos demostrado por qué esta expectativa se vio defraudada. El proletariado luchó sin dirección de clase; la Internacional de Moscú le impuso la estrategia nacional del Kuomintang como una camisa de fuerza. Mao Tse-tung no «enderezó» esta política, la heredó. Siguiendo el ejemplo de la Rusia estalinista, China predica su modelo de construcción económica como el mayor éxito y la única perspectiva del «socialismo». En las metrópolis capitalistas, lo único que ha hecho la «Internacional» de Pekín es crear «sociedades de amigos de China» formadas por burgueses liberales

amantes del té y de las bellas estampas. La nueva «patria del socialismo» ni siquiera ha refrescado la fórmula moscovita del «socialismo de las patrias».

A menudo se nos acusa de retroceder a las condenas generales del dogmatismo estrecho de miras. Estamos orgullosos de estas acusaciones. Se nos sigue diciendo que pedimos a la historia que haga posible lo imposible, y mil «realistas» afirman con Mao la necesidad de un desarrollo capitalista antes de cualquier «transición al socialismo» en un país aislado. Nuestra posición sobre la cuestión nacional y colonial es declarada «utópica», incluso «peligrosa»: ¿no se acusó a los bolcheviques de aislar la revolución rusa y favorecer el retorno del zarismo? ¿No se invocaron las amenazas británicas para persuadir a los trabajadores chinos de que entregaran sus armas a las tropas de Chiang Kai-shek en 1927? Estos «argumentos» están fuera de toda crítica. Pero si el socialismo salió alguna vez de la utopía para convertirse en la ciencia de la revolución social, fue rechazando las ilusiones pequeñoburguesas sobre el «desarrollo» del capitalismo.

En el siguiente artículo queremos mostrar cómo las posiciones estratégicas y tácticas del proletariado en la cuestión nacional y colonial se basan en el análisis y la predicción de los antagonismos económicos desencadenados por el Capital. Es en la creación del mercado mundial que las metrópolis capitalistas han constituido colonias; es en el mercado mundial que estas colonias han encontrado las condiciones de su emancipación; y es aún la prueba del mercado mundial la que decide su «desarrollo» capitalista. Ninguna forma de independencia, ningún telón de acero puede liberar a una economía «nacional» de la dura ley del mercado. Aunque el Estado nacional sea su mejor

instrumento de dominación, el sistema capitalista es mundial. Nació y se nutre de la perpetua agitación de las relaciones entre los hombres, los pueblos y los continentes. El estudio de estas relaciones anárquicas y de sus puntos de ruptura, junto con el reflejo de estos antagonismos en las relaciones de clase, constituyen la base de toda posición marxista sobre la cuestión nacional y colonial.

El marxismo está, por tanto, muy alejado de la historia apologética de los Estados o de la glorificación de su «desarrollo» económico. La China proletaria podría haber sido una de las claves de la revolución social en Occidente. Pero la China burguesa (no más que cualquier otro país, por «desarrollado» que esté) no puede determinar el destino del mundo capitalista, ni siquiera su propio destino.

5º El desarrollo del capitalismo chino y la dominación imperialista

Transcurrió un siglo entre la apertura de China al comercio mundial (o más bien a la piratería inglesa) y la fundación de la «democracia popular», que consagró en ese país el triunfo indiviso del modo de producción capitalista. No es nuestra intención hacer aquí una historia de este periodo, ni siquiera señalar todas las falsificaciones de la historiografía nacional. No nos sorprende en absoluto que los manuales más serios sobre la China maoísta ignoren las páginas más significativas de Marx, Engels y Lenin: se basan en preocupaciones que no son las de los mandarines de la nueva China. Ya hemos denunciado su «refutación» de la teoría marxista del modo de producción asiático. Ahora se trata de ilustrar el desarrollo del capitalismo en China rechazando la

interpretación que hace de la victoria del Capital el fin último de todo el movimiento social y la garantía de todo «progreso».

Esa cosa llamada “acumulación primitiva”

[El Primer Libro de «El Capital»](#) comienza con el estudio del dinero, el capital y la plusvalía, tal como aparecen en una sociedad capitalista desarrollada, la Inglaterra del siglo XIX, para rastrear su génesis hasta los secretos de la [«acumulación primitiva»](#).

Hemos visto cómo el dinero se convierte en capital, el capital en fuente de plusvalía y la plusvalía en fuente de capital adicional. Pero la acumulación capitalista presupone la presencia de plusvalía, y la producción capitalista presupone la presencia de plusvalía, que a su vez sólo entra en juego cuando ya se han acumulado masas bastante considerables de capital y fuerza de trabajo en manos de los productores de mercancías. Todo el movimiento parece así girar en un círculo vicioso, del que no podemos salir sin admitir una acumulación primitiva (acumulación previa, como dice Adam Smith) que es anterior a la acumulación capitalista y sirve de punto de partida a la producción capitalista, en lugar de proceder de ella.

Esta acumulación primitiva desempeña en economía política un papel muy parecido al que desempeña el pecado original en teología.

Una vez desentrañado el misterio de la forma dinero y descubierto el origen de la plusvalía, Marx vuelve sobre el «pecado original» de la economía «nacional». Pero no para absolverlo. Al contrario, denuncia la facilidad con la

que el capitalismo maduro olvida sus pecados de juventud, igual que Jruschov «olvida» a Stalin y Kosygin «olvida» a Jruschov en sus himnos a la sociedad del «Bienestar» y del beneficio. Marx expuso así la historia de la colonización para refrescar la memoria de la burguesía inglesa. ¿Podía imaginar que las colonias de la vieja Albión, un siglo más tarde, enarbolaban la bandera del socialismo, no para plantarla en la Torre de Londres, sino para camuflar las miserias de su propia acumulación primitiva? Hoy, el «pecado original» del capitalismo ruso o chino, yugoslavo o indio se llama «construcción del socialismo».

Y Marx desenmascara primero su carácter supuestamente «pacífico» y «armonioso»:

En los anales de la historia real, es la conquista, la esclavitud, el robo a mano armada, el reino de la fuerza bruta, lo que siempre ha prevalecido. En los dichosos manuales de economía política, en cambio, siempre ha prevalecido el idilio. Según ellos, a excepción del año en curso, nunca ha existido otro medio de enriquecimiento que el trabajo y la ley. De hecho, los métodos de acumulación primitivos son cualquier cosa menos idílicos.

Marx dedica muchas páginas de «El Capital» a describir la expropiación de los campesinos y la legislación contra la «vagancia», prelude indispensable de la esclavitud asalariada. Pero no es sólo un historiador. Muestra la sangrienta realidad en sus colonias de lo que podría haber parecido un pasado lejano para la Inglaterra del siglo XIX. Marx no se obsesiona por la «patria del capitalismo», por los espejismos de la «economía nacional» y su «desarrollo». Presenta la

revolución forjada por El Capital como un fenómeno global y contradictorio. Y es el saqueo universal por la Inglaterra burguesa, que se levanta sobre las ruinas de la India, que se enriquece con la trata de esclavos, la explotación de América y el hundimiento de los imperios rivales:

Inmediatamente después estalló la guerra mercantil, que tuvo como teatro todo el globo. Comenzando con la revuelta holandesa contra España, adquirió proporciones gigantescas en la cruzada de Inglaterra contra la Revolución Francesa, y ha continuado hasta nuestros días en expediciones piratas como las famosas guerras del opio contra China.

Los diversos métodos de acumulación primitiva a que dio lugar la era capitalista fueron compartidos inicialmente, en orden más o menos cronológico, por Portugal, España, Holanda, Francia e Inglaterra, hasta que Inglaterra los combinó todos, en el último tercio del siglo XVII, en un todo sistemático, que abarcaba el dominio colonial, el crédito público, las finanzas modernas y el sistema proteccionista. Algunos de estos métodos se basaban en el uso de la fuerza bruta, pero todos ellos, sin excepción, explotaban el poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para precipitar violentamente el paso del orden económico feudal al capitalista y acortar las fases de transición. Y, en efecto, la fuerza es la comadrona de toda vieja sociedad del trabajo.. La fuerza es un agente económico.

Incluso hoy, no hay antigua colonia en África o Asia cuya burguesía no predique el enriquecimiento a través del «trabajo» y la «ley», respetando e

idolatrando al todopoderoso Estado nacional. Este es el ABC del estalinismo. Detrás de las fórmulas del «derecho al trabajo» o de «la tierra para quien la trabaja» se esconden expropiaciones masivas, la transformación de cientos de millones de personas en proletarios: de África a Asia, de Rusia a China. Y aunque no todos estos métodos de «desarrollo» se basan en el uso directo de la fuerza, como dice Marx, «todos sin excepción explotan el poder del Estado» para «precipitar violentamente» la transición a la dominación del capital. Al igual que Inglaterra logró combinar los diferentes métodos de sus predecesores, los nuevos competidores del siglo XX se esforzaron por combinar todos los métodos del capitalismo en su declive: la cooperación con la propiedad campesina, el mercado mundial con el sistema proteccionista, el «socialismo» con... la explotación del trabajo asalariado.

En su esfuerzo por desmitificar la economía política, Marx abordó las teorías de la colonización, y en particular la teoría de la «colonización sistemática» de Wakefield (véase «El Capital», Libro 1, cap. XXXIII), para mostrar lo poco que se corresponde la realidad de la acumulación capitalista con la bandera apologética que la sociedad burguesa se ha dado a sí misma inscribiendo en sus banderas los «derechos del hombre y del ciudadano». Pero si lo examinamos más de cerca, no nos sorprenderá descubrir en las ideas de «colonización sistemática», destinadas a la «fabricación de asalariados en las colonias», el embrión de todos los «sistemas socialistas» de nuestros descolonizadores modernos.

A la sociedad capitalista ya establecida, la economía aplica las nociones de derecho y de propiedad legadas por una sociedad precapitalista,

con tanto más celo y unción cuanto que los hechos protestan más enérgicamente contra su ideología. En las colonias, la situación es muy diferente.

Allí, el modo capitalista de producción y apropiación choca por doquier con la propiedad, corolario del trabajo personal, con el productor que, disponiendo de las condiciones externas del trabajo, se enriquece a sí mismo en lugar de enriquecer al capitalista. La antítesis de estos dos modos de apropiación diametralmente opuestos se afirma aquí de manera concreta, a través de la lucha.

Aquí Marx pone de manifiesto un factor muy importante en la cuestión nacional y colonial: la posibilidad de que las masas de explotados en las colonias tomen conciencia de las contradicciones de la ideología burguesa y la rechacen, como sólo puede hacerlo la vanguardia del proletariado en las metrópolis capitalistas. Es precisamente la lucha abierta y sin tapujos de la burguesía «nacional» y del imperialismo mundial por la expropiación de estas masas campesinas lo que puede promover su toma de conciencia y situarlas momentáneamente en el terreno del proletariado. Así, ¡qué diferencia entre el fin del *yeoman* inglés del siglo XVII y el del *muzhik* ruso, soldado de la Revolución de Octubre!

El mismo interés que impulsa al adulator del capital, al economista, a sostener la identidad teórica de la propiedad capitalista y su contrario, le determina en las colonias a entrar en la vía de la confesión, a proclamar a voz en cuello la incompatibilidad de estos dos órdenes sociales. Así pues, se dedica a demostrar que es necesario o bien

renunciar al desarrollo de las fuerzas colectivas del trabajo, a la cooperación, a la división de la manufactura, a la utilización masiva de máquinas, etc., o bien encontrar la manera de expropiar a los trabajadores y de transformar sus medios de producción en capital. En interés de lo que le gusta llamar la riqueza de la nación, busca artificios para asegurar la pobreza del pueblo. Como resultado, su coraza de sofismas apologéticos se desprende fragmento a fragmento, como madera podrida.

Esto está muy lejos de los elogios chino-rusos del «desarrollo industrial», las declamaciones de «libertad», «independencia económica» y «propiedad basada en el trabajo». Marx muestra en el saqueo colonial la verdad de la acumulación capitalista, y en la teoría de la colonización de Wakefield el *nec plus ultra* de nuestras modernas teorías del «desarrollo económico» y otras «construcciones del socialismo». En primer lugar, hay que señalar que las ideas de Wakefield debían aplicarse a los Estados Unidos de América, donde debían resolver una contradicción aparentemente insoluble que frenaba todo desarrollo: la necesidad de que la tierra siguiera siendo propiedad del pueblo para atraer a nuevos colonos, y la no menos grande necesidad de que el Capital arrebatara la propiedad de la tierra al pequeño productor libre. Volveremos sobre estas «dificultades» cuando hayamos estudiado las recetas burguesas de Mao Tse-tung. Señalemos simplemente que no fueron las «ideas» de Wakefield las que resolvieron el problema del desarrollo capitalista en Estados Unidos, sino las convulsiones a una escala completamente distinta.

Lo que interesa aquí son las premisas, el punto de partida, de la «colonización sistemática». Wakefield nos ofrece una versión original del «contrato social»:

La humanidad adoptó un método muy simple para activar la acumulación de capital: se dividió en propietarios del capital y propietarios del trabajo... Esta división fue el resultado de un acuerdo y una combinación hechos voluntariamente y de común acuerdo.

¿Por qué, en los países en desarrollo, no renovar ese «contrato» mejorando sus cláusulas? Respecto a eso, Marx comenta:

Después de eso, ¿no estaríamos justificados en creer que a este instinto de abnegación fanática se le debería dar rienda suelta precisamente en las colonias, el único lugar donde se encuentran hombres y circunstancias que harían posible llevar el contrato social del país de los sueños al de la realidad?.

Y ésta no es sólo la «idea» del honorable Wakefield. También es de Stalin, Mao Tse-tung, Ben Bella, y todo el «socialismo nacional» de moda que nos quiere hacer creer, como dijo Marx, que «¡la masa de la humanidad se ha expropiado a sí misma en honor de la acumulación de capital!».

Desde las Guerras del Opio hasta los «grandes saltos adelante» de la China maoísta, nunca fue así.

La «apertura» de China: opio y comercio

Para subrayar la diferencia entre la historiografía nacional y nuestra concepción del desarrollo histórico, abramos por un momento el libro de texto

«Historia General de China» publicado en 1958 por la editorial Pekín «bajo el patrocinio de la Sociedad China de Estudios Históricos».

Los autores han elegido la fecha «republicana» de 1911 para dividir la historia moderna de China. Antes del derrocamiento de la dinastía manchú, describen «la era de la revolución democrática a la antigua». Después de 1911, es «la era de la nueva revolución democrática y la transición de la nueva democracia al socialismo». Pero si, todavía deslumbrados por esta prestidigitación, intentamos distinguir entre democracia «de viejo tipo» y democracia «de nuevo tipo», descubrimos que los demócratas burgueses de Sun Yat-sen tienen una paternidad inesperada: la del «socialismo» de Mao. La propia división de la historia en «Antiguo» y «Nuevo» Testamento no deja de sorprendernos. Vemos crecer y multiplicarse la democracia hasta la revelación del «socialismo». Vemos la curva paradójica de una burguesía «nacional» que se hace cada vez más «revolucionaria» a medida que se afirma la dominación del Capital. Y toda la diferencia entre la democracia de «viejo estilo» y la democracia de «nuevo estilo» puede resumirse en esto: mientras que los burgueses compradores traicionaron los intereses de la patria por sus compromisos con el imperialismo extranjero, los burgueses de la «nueva democracia» se convirtieron finalmente en burgueses «nacionales».

Pero dejemos a un lado la cronología dinástica y republicana. La historia del desarrollo capitalista en China nos presenta un cuadro muy diferente. En primer lugar, la «apertura» de China por las cañoneras anglo-francesas, los traficantes de opio y los misioneros de todo tipo. Esta edad de oro del capitalismo europeo pronto dio paso al imperialismo y a la aparición de nuevos

competidores en China: Japón y EE.UU. El Tratado de Shimonoseki, tras la guerra chino-japonesa de 1895, marcó el inicio de esta nueva fase en la división de China en esferas de influencia para la exportación de capital. Y esta fecha, junto con la de la rebelión de los bóxers, constituye un hito mucho más importante en la relación entre el imperialismo mundial y el movimiento nacional en China. Pero a los ojos de nuestros mandarines, esta relación está demasiado alineada con el «Imperialismo» de Lenin: expone demasiado las grandes corrientes de la historia mundial y no lo suficiente de la de... ¡los emperadores de China!

En la página 107 de la «Historia General», leemos lo siguiente:

A través de las dos Guerras del Opio, las fuerzas feudales reaccionarias se habían unido gradualmente a los capitalistas extranjeros que habían venido a despojar a China, combinando con ellos sus esfuerzos para sofocar el movimiento revolucionario del pueblo chino. Obstaculizaron el camino del desarrollo independiente de China desde la sociedad feudal hacia el capitalismo, condenándola al trágico destino de un país semicolonial y semifeudal.

Así pues, tras las «vías nacionales al socialismo», Pekín está descubriendo las «vías nacionales al capitalismo». Estas últimas pueden parecer menos «originales», ya que el Estado nacional es típico del capitalismo. Pero tal representación no es menos falsa. En primer lugar, la historiografía nacional de Mao se contradice a sí misma y a sus sacrosantos principios. ¿Cuál fue el «camino del desarrollo independiente de la sociedad feudal al capitalismo» en la China de la «democracia de viejo cuño»? Sólo vemos uno: el de la burguesía

compradora vinculada a los intereses del imperialismo mundial. Los historiadores de la «nueva democracia» siempre la han denunciado como «capitalismo burocrático». Por otra parte, existe otra vía, abierta por la victoria de Mao Tse-tung, que pretende ser «independiente»: es la vía conocida como «construcción socialista». ¿Debería verse esto como una confesión?

Pero la ideología nacional burguesa, que rehace la historia de los Estados a su manera, del mismo modo que imagina el idilio de un «contrato social» para legitimar el poder de clase, también contradice la realidad del desarrollo capitalista. Marx ya nos ha mostrado que Inglaterra, la «patria del Capital», sólo pudo establecer su dominación mediante la agitación y la explotación de todo el universo. Esta dependencia del mercado mundial y de la política mundial es tanto más fuerte para los países coloniales, víctimas del imperialismo y que aspiran a su vez a un «desarrollo independiente». La historia apologética falsifica completamente el papel desempeñado por el capitalismo europeo en el despertar de Asia en el siglo pasado. Lejos de «obstaculizar» su desarrollo, en realidad lo inició, asestando un golpe decisivo al viejo modo de producción asiático.

Convertida en el «taller del mundo», la Inglaterra burguesa ya no podía seguir importando algodones y sedas fabricados por artesanos chinos a pequeña escala. Tampoco podía prescindir de un mercado tan vasto para su producción industrial, en un momento en que surgían nuevos competidores en Europa. Por su parte, la dinastía manchú guardaba celosamente su poder, desconfiando con razón de los comerciantes occidentales. En 1757, un decreto prohibió a los extranjeros entrar en China y los confinó a las «fábricas», una especie de zona

restringida. Durante mucho tiempo, el puerto de Guangzhou fue el único abierto al comercio exterior, monopolio de un gremio de comerciantes.

En 1833, cuando finalizó el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales sobre el comercio con China, los resultados de la revolución industrial inglesa aún no se habían dejado sentir en el comercio sino-británico. Para empeorar las cosas, el déficit comercial de Inglaterra iba en aumento. Las importaciones de té chino, producto que había sustituido a la leche en el escaso desayuno del trabajador, aumentaron considerablemente. Y había que compensar este déficit con lingotes de oro o plata.

Sabemos lo que inventó Inglaterra para detener esta hemorragia de metales preciosos. Hasta el siglo XVIII, el opio sólo se utilizaba como medicamento. Pero en 1773, los directores de la Compañía de las Indias Orientales tuvieron la idea de desarrollar el cultivo de la adormidera en la India y llevar el comercio de la droga a China. Vendido a un precio elevado, el opio compensaba la compra de té, y la supresión del monopolio comercial de la Compañía facilitaba aún más el contrabando. La resistencia de las autoridades chinas y la incautación y destrucción de miles de cajas de narcóticos en Cantón desencadenaron la primera Guerra del Opio (1839-1842). El Tratado de Nankín (1842), confirmado por el Tratado de Tien-tsin (1858) durante la Segunda Guerra del Opio, inauguró la larga serie de «tratados desiguales» impuestos a China por las potencias imperialistas. China debía abrir nuevos puertos al comercio exterior, abandonar Hong Kong a Inglaterra y, sobre todo, renunciar a cualquier política aduanera independiente: los derechos de importación sobre las mercancías no debían superar el 5% de su valor, tasa que se reduciría al 3% a finales de siglo. Los

comerciantes ingleses estaban exultantes, seducidos por la perspectiva de salidas ilimitadas. Pronto se sintieron decepcionados.

En uno de sus primeros artículos sobre los acontecimientos en China, Marx muestra el vínculo entre la Guerra del Opio y la revuelta Taiping. El deterioro de la autoridad imperial, la ruina de la artesanía nacional frente a la competencia de los productos de la industria inglesa, el agravamiento de los impuestos sobre el campesinado: todos estos factores habían puesto fin a los milenios de estabilidad de China:

La superpoblación, en lento pero constante aumento, hacía tiempo que había hecho insoportables las relaciones sociales existentes para la inmensa mayoría de la nación. Entonces llegaron los ingleses, que obtuvieron por la fuerza el libre comercio en cinco puertos chinos. Miles de barcos zarparon de Inglaterra y América hacia China, que se vio rápidamente inundada de productos industriales baratos. La industria china, basada en el trabajo manual, sucumbió a la competencia de las máquinas. El inquebrantable Reino Medio sufrió una grave crisis social. Los impuestos dejaron de ingresar, el Estado se encontró al borde de la bancarrota, la población cayó en masa en el pauperismo, comenzó a rebelarse, abusando y matando a mandarines y monjes. El país en decadencia está ahora amenazado por una revolución violenta... (Marx, «Primera reseña internacional», *Neue Rheinische Zeitung*, [febrero de 1850](#)).

Esto está muy lejos de la forma maoísta de escribir la historia. Marx veía la entrada de China en el mercado mundial, no desde el punto de vista de su

«desarrollo independiente», sino como un resultado de la expansión del Capital y una garantía de nuevas crisis y revoluciones. Sin hacerse ilusiones sobre el «socialismo» chino de los Taipings, se preguntaba sobre las posibilidades de una revolución burguesa en China que se interpusiera en las ansias del imperialismo blanco y diera otra sacudida revolucionaria a la vieja Europa:

El socialismo chino quizá no tenga más relación con el socialismo europeo que la filosofía china con la filosofía hegeliana. Pero debemos alegrarnos de que en ocho años los fardos de algodón de la burguesía inglesa hayan conducido al imperio más antiguo y sólido del mundo a la víspera de una conmoción social cuyas consecuencias serán en todo caso importantísimas para la civilización. Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su inminente huida hacia Asia, lleguen por fin a la Muralla China, a las puertas de la ciudadela archirreaccionaria y archiconservadora, quién sabe si no leerán en ella la inscripción

República China

Liberté, Egalité, Fraternité.

Marx escribió estas líneas en febrero de 1850, justo cuando estallaba la revuelta Taiping. Pasó exactamente un siglo antes de que China pudiera exhibir una inscripción semejante. Y, a pesar de un barniz de «socialismo», no asustó a nuestros reaccionarios de Europa y América; no los llevó a la bancarrota. Todo lo contrario. El 6 de enero de 1950, el gobierno de la archiconservadora Inglaterra «reconoció» a la República Popular China y asumió la custodia de

Hong Kong. El 14 de febrero, el archirreaccionario Vyshinsky firmó en Moscú un «tratado de alianza, amistad y ayuda mutua» con China.

Aunque Marx no esperaba una revolución proletaria en China a mediados del siglo pasado, sí esperaba que una revolución burguesa tuviera consecuencias igualmente desastrosas para el Occidente capitalista: una contracción del mercado, una crisis comercial y una revolución social en Europa. Pero no vinculó esta perspectiva a la de un «desarrollo independiente» del capitalismo chino y de intercambios «fructíferos» con el extranjero.

Marx y China

En una serie de artículos publicados en el New York Daily Tribune entre 1853 y 1860, Marx estudió la situación en China después de la Primera Guerra del Opio y durante la Segunda. El artículo «[La revolución en China y en Europa](#)» (14 de junio de 1873) presenta la expansión británica en Asia, la revuelta Taiping y los riesgos de una nueva crisis en Europa como eslabones de una misma cadena:

Cualesquiera que sean las causas de las revueltas crónicas que se suceden desde hace cerca de diez años y que ahora se han fundido en una formidable revolución, cualquiera que sea su forma -religiosa, dinástica o nacional-, lo cierto es que esta explosión fue provocada por las armas inglesas que impusieron en China la droga soporífera llamada opio. Enfrentada a las armas británicas, la autoridad de la dinastía manchú se desmoronó; la fe supersticiosa en la eternidad del Imperio Celeste recibió un golpe mortal; se rompió el aislamiento

bárbaro del mundo civilizado; y se inauguraron relaciones de intercambio que desde entonces se han desarrollado rápidamente bajo la atractiva influencia de las minas de oro de California y Australia...

El aislamiento completo fue la primera condición de todo conservadurismo en China. Ahora que Inglaterra ha puesto fin por la fuerza a este aislamiento, la disolución debe sobrevenir tan fatalmente como la de una momia cuidadosamente conservada en un ataúd hermético y puesta en contacto con el aire. Pero ahora que Inglaterra ha desencadenado la revolución en China, se plantea la cuestión: ¿qué influencia tendrá esta revolución sobre Inglaterra y, a través de ella, sobre el continente europeo?

Para responder a esta pregunta, Marx realiza un minucioso estudio del comercio sino-inglés a partir de 1842. Y llega a la conclusión de que las desmesuradas esperanzas de los industriales británicos en la «apertura» del mercado chino fracasarán inevitablemente. La conquista de China y el descubrimiento de oro en California, dice Marx, abrieron una nueva fase de prosperidad burguesa en Europa, pero su fin puede preverse dentro de los propios límites de la economía de mercado:

A la caída de Napoleón, tras la apertura del continente europeo, las exportaciones británicas eran tan desproporcionadas con respecto a las capacidades de absorción del nuevo mercado que el 'paso de la guerra a la paz' representó una catástrofe aún mayor que el bloqueo continental. Del mismo modo, el reconocimiento por Canning de la independencia de las colonias españolas contribuyó a desencadenar la

crisis de 1825. Las mercancías destinadas al meridiano de Moscú habían sido enviadas a México o Colombia. Por último, Australia tampoco ha evitado hoy el destino común a todos los nuevos mercados y se ha encontrado con productos para los que carecía de consumidores y de medios de pago disponibles. En China, el rasgo característico del mercado es que desde su apertura, a raíz del tratado de 1842, la exportación de productos chinos como el té o la seda a Gran Bretaña no ha dejado de aumentar, mientras que la exportación de productos industriales británicos se ha mantenido estacionaria en su conjunto... (Marx, «[El tratado anglo-chino](#)», *New York Daily Tribune*, 5 de octubre de 1858).

Marx mostró esta evolución hasta 1857. Pero podemos completar este cuadro con cifras más recientes para examinar las tendencias del comercio exterior chino en vísperas de la división del país en esferas de influencia y del paso del capitalismo a su «etapa suprema»: el imperialismo. La «Historia moderna de China» de Fan Wen-lang (T. I, cap. 5) nos proporciona cifras que tienen la ventaja de excluir las importaciones de opio:

Comercio exterior chino (en miles de <i>liangs</i>)			
Años	Importaciones	Exportaciones	Balance comercial
1864	51293	54006	2713
1870	69290	61682	-7508
1876	70269	80850	10581

1887	102263	85860	-16403
1890	127093	87144	-39949
1894	162110	128997	-33223

El déficit comercial chino era insignificante antes de 1880, pero empeoró rápidamente después de esa fecha. Pero hasta entonces, podemos estar de acuerdo con Marx en que la «apertura» del mercado chino no justificaba las esperanzas de la Inglaterra victoriana. En un nuevo artículo publicado en diciembre de 1859, hacia el final de la Segunda Guerra del Opio, Marx sacó las siguientes conclusiones de su estudio:

En una época en que eran corrientes las opiniones más absurdas sobre el impulso que el comercio americano e inglés debía recibir de la apertura, como se decía entonces, de las puertas del Imperio Celeste, hemos demostrado, mediante un análisis minucioso del comercio exterior de China desde principios de siglo, que estas previsiones optimistas no tenían ninguna base sólida.

Aparte del comercio del opio, que aumenta, como hemos demostrado, en proporción inversa a las ventas de productos manufacturados procedentes de Occidente, hemos descubierto que el principal obstáculo para un rápido aumento de las importaciones en China reside en la estructura económica de esta sociedad basada en la combinación de agricultura a pequeña escala e industria doméstica....

Esta misma combinación de agricultura e industria doméstica ha sido durante mucho tiempo y sigue siendo un obstáculo para la exportación de mercancías británicas a las Indias Orientales: pero allí esta combinación se basaba en un sistema de propiedad que los ingleses, como dueños supremos del suelo, supieron socavar y destruir, transformando por la fuerza parte de las comunidades indias en granjas puras y simples productoras de opio, algodón, índigo, cáñamo y otras materias primas a cambio de mercancías británicas. En China, los ingleses no tienen todavía tal poder y es poco probable que lo tengan algún día. (Marx, «[El comercio con China](#)», *New-York Daily Tribune*, 3 de diciembre de 1859)

La última predicción de Marx se ha cumplido plenamente: China no entró en la historia como colonia de Inglaterra, sino como «colonia del mundo entero», por utilizar la expresión de Sun Yat-sen. Las dificultades de Inglaterra para conquistar el mercado chino no se superaron con el comercio del opio, la «política de las cañoneras» o la proliferación de «tratados desiguales». No fue hasta que la primera fase de la expansión colonial en Asia desembocó en el imperialismo, y a la exportación de mercancías le siguió la exportación de capital, cuando la resistencia del viejo modo de producción asiático se desmoronó y dio paso a lo que los historiadores maoístas llaman la «vía del desarrollo independiente» de China.

Volveremos sobre esta comparación entre India y China, y sobre el lugar especial que ocupa China en la frontera de dos periodos de la historia colonial. Señalemos simplemente hasta qué punto las preocupaciones de Marx y su

análisis del desarrollo económico chino dan la espalda a los de la escuela maoísta. Si bien el comercio del opio, necesario para forzar la apertura de las puertas del Imperio Celeste, se había convertido en un obstáculo para la expansión del mercado chino, Marx no lo veía como el freno esencial para el crecimiento de una economía de mercado. Al igual que nuestros historiadores maoístas, no se propuso encontrar una vía nacional hacia el capitalismo. Al contrario, muestra las dificultades: la resistencia de las viejas estructuras económicas y la ausencia de una potencia nacional o colonial (la India) capaz de estimular por la fuerza la acumulación de capital. La revuelta de los Taiping fue incapaz de crear tal potencia. La burguesía compradora se limitó a sentar las bases. Sólo la democracia popular podría establecerlo firmemente en China. Es comprensible que los nuevos mandarines reescriban la historia de China a su manera.

También merece la pena subrayar que Marx no veía los límites objetivos del mercado chino desde un punto de vista nacional, sino internacionalista. No alimentó la esperanza «ultraimperialista» de ayuda al desarrollo industrial de China; tampoco predicó la versión pequeñoburguesa de este programa: comercio «igualitario» y «recíprocamente ventajoso». Marx sólo esperaba que la contracción del mercado chino condujera a una crisis revolucionaria en Europa, y temía que la expansión de este mercado retrasara la revolución proletaria en Occidente. Juzguemos por esta carta a Engels del [8 de octubre de 1858](#):

No se puede negar que la sociedad burguesa ha vivido su siglo XVII por segunda vez, un siglo XVII que, espero, hará sonar su campana de

muerte al igual que el primero la llamó a la vida. La verdadera tarea de la sociedad burguesa es crear el mercado mundial, al menos en términos generales, y la producción basada en ese mercado. Como la Tierra es redonda, parece que con la colonización de California y Australia, y la apertura de China y Japón, esta tarea se ha completado. La cuestión difícil para nosotros es la siguiente: en el continente (europeo), la revolución es inminente y adoptará inmediatamente un carácter socialista. Pero, ¿no se romperá inevitablemente en este pequeño rincón del mundo, si en una zona mucho más amplia la sociedad burguesa sigue persiguiendo un movimiento ascendente?

Marx respondió negativamente a esta pregunta. Igual que Lenin respondería a Kautsky. Igual que respondemos hoy a los diversos Jruschov, Mao Tse-tung y otros propagandistas del «movimiento ascendente» de la sociedad burguesa. En su carta a Engels, Marx utilizó su estudio del mercado chino para mostrar las contradicciones de este «movimiento ascendente».

En su respuesta a Kautsky, Lenin subraya las contradicciones aún más graves desencadenadas por el imperialismo triunfante en los países atrasados, y cita en particular el ejemplo de la China dividida en esferas de influencia para la mayor eficacia de las exportaciones de capital. En nuestra respuesta de hoy a los «progresistas» burgueses, podemos retomar la historia de las crisis económicas y de los antagonismos sociales en Asia; podemos echar en cara a los renegados las gloriosas batallas de los proletariados ruso y chino. Pero debemos afirmar que si los obreros de Oriente han sido derrotados, si la sociedad burguesa ha proseguido su «movimiento ascendente» en esta zona geográfica, es porque los

proletarios de Occidente no han cumplido con su deber de clase apoderándose de los bastiones tradicionales del capital. La victoria del proletariado europeo en las guerras y crisis imperialistas del siglo XX no era «inevitable». En cambio, a falta de tal victoria, la acumulación de capital en Rusia o China se convirtió en una necesidad para el desarrollo del mercado mundial.

Debido a su situación política y económica, China fue el primer país colonial en el que se manifestaron las tendencias del imperialismo moderno. La inversión de la balanza comercial hacia 1880 refleja en parte este cambio. Se empezó a cultivar opio en China y té en la India, con lo que estos productos perdieron gran parte de su importancia en el comercio exterior chino. Además, el creciente déficit comercial se debió a las compras de bienes de capital o materias primas para la industria nacional o para las empresas construidas en las concesiones por capitalistas extranjeros.

La escuela de Mao se esfuerza por restar importancia al papel de la burguesía compradora como pionera del capitalismo nacional. También desea presentar a China a principios de este siglo como un mero depósito de materias primas para el imperialismo mundial y un mercado para los productos manufacturados occidentales. La historia de la relación entre el imperialismo y la burguesía compradora no encaja en absoluto con esta concepción del patriotismo pequeñoburgués. Y a los apologistas del «capitalismo nacional» a menudo les resulta difícil disfrazar la realidad. Tal es el caso del compendio estadístico publicado en Pekín en 1955 bajo el título «Historia del desarrollo económico de China» (1810-1948).

En la tercera sección de este estudio, encontramos varias tablas que ilustran esta tendencia, a pesar de los burdos trucos que nos impiden captar los cambios que se han producido en la estructura del comercio exterior chino.

Reproducimos en la página siguiente el cuadro 55 sobre compras y ventas de algodón en bruto e hilados de algodón:

Algodón y tejidos de algodón en el comercio exterior chino (1873-1947)									
	1873	1883	1893	1903	1910	1920	1930	1936	1947
Algodón en bruto (miles de quintales)									
Exportaciones	15	13	348	459	754	227	499	368	-
Importaciones	122	127	32	35	124	1017	2090	406	1212
Balance comercial	-107	-114	316	424	630	-790	-1591	-38	-1212
Hilos de algodón (miles de quintales)									
Exportaciones	-	-	-	-	-	42	199	89	34
Importaciones	41	137	593	1656	1380	801	98	6	-
Balance comercial	-41	-137	-593	-1656	-1380	-759	101	83	34
Tejidos de algodón (miles de dólares)									
Exportaciones	58	153	1005	1497	3006	7711	15258	8969	-
Importaciones	24716	25256	39720	92783	99497	251624	202165	12089	-

Balance comercial	-24658	-25103	-38715	-91286	-96491	-243913	-186907	-3120	-
--------------------------	--------	--------	--------	--------	--------	---------	---------	-------	---

Con la excepción del periodo comprendido entre 1893 y la Primera Guerra Mundial, hubo un excedente constante de importaciones de algodón crudo para la industria textil china. Al mismo tiempo, las importaciones de hilados de algodón, que aumentaron hasta 1903, disminuyeron constantemente hasta el punto de que China se convirtió en exportadora a partir de 1930. La tendencia fue idéntica, aunque menos clara, en el caso de los tejidos de algodón.

Los cuadros 48 y 49 del mismo volumen serían aún más significativos si, al presentar la participación de diversos productos en el comercio exterior chino de 1871 a 1947, no incluyeran una misteriosa rúbrica titulada «Otras mercancías», cuyo porcentaje pasó del 21,9% en 1871-1873 al 63% en 1936. ¿No incluye esta rúbrica los bienes de capital importados por la burguesía compradora y por las empresas de capitalistas extranjeros? Estamos tentados de pensar que sí. El hecho es que en el capítulo de las importaciones, la parte correspondiente al opio bajó del 37,7% en 1871-1873 al 0,05% en 1919-1921; la de los tejidos de algodón bajó del 30,2% al 18,4% durante el mismo período, y luego volvió a bajar hasta 1947.

¿Cómo interpretar estas cifras? Los obstáculos al desarrollo del mercado chino que Marx había identificado a mediados del siglo XIX se superaron unas décadas más tarde. ¿De qué manera? Sustituyendo la venta de productos manufacturados por la exportación de capitales o, mejor aún, por la exportación pura y simple del modo de producción capitalista a los países atrasados.

El imperialismo y la burguesía compradora

Cuando aún era marxista, K. Kautsky fue capaz de hacer un análisis riguroso del imperialismo que contrasta notablemente con sus afirmaciones posteriores y con las conclusiones políticas que sacó de ellas en la época de la III Internacional, conclusiones que se han convertido en las del estalinismo ruso y chino.

En su folleto «[El camino hacia el poder](#)», publicado en Berlín en 1910, Kautsky escribió:

Durante mucho tiempo la expansión del capitalismo no había traído casi ningún cambio al estado de cosas existente. En las regiones fuera de la civilización europea (a las que ahora hay que añadir América y Australia), los capitalistas exportaban sólo los productos del modo de producción capitalista y no la producción capitalista en sí. Es más, se limitaron a las regiones próximas a las vías fluviales y a las costas. Pero en las últimas décadas, y en particular en los últimos veinte años, se ha producido un giro repentino. Se ha iniciado una nueva era en la política de conquistas ultramarinas, y la exportación de productos por parte de los Estados industriales de los países atrasados se ha transformado en una exportación de los medios de producción y los medios de transporte de la industria moderna.

Hemos visto con qué rapidez se desarrolló la construcción de ferrocarriles durante este periodo, especialmente en el Este (incluida Rusia). En la primera mitad de la década de 1880, la industria

capitalista parecía incapaz de avanzar, como podía verse en la exportación de productos industriales. Pero la exportación de los medios de producción, premisa de un nuevo y brillante auge, sólo fue posible porque garantizó el desarrollo del modo de producción capitalista en países situados fuera del ámbito de la civilización europea, y porque allí destruyó rápidamente las relaciones económicas heredadas del pasado.

Estas tendencias fueron especialmente pronunciadas en los países que el capitalismo europeo aún no había logrado transformar en colonias que constituyeran un coto vedado para la metrópoli. Tales eran Sudamérica y, sobre todo, la Rusia zarista y China. Hubo que esperar al final de la Segunda Guerra Mundial y a las «grandes victorias del socialismo» de Moscú para que las antiguas colonias europeas de África y Asia pudieran acceder plenamente a la bendita política del imperialismo ruso-estadounidense: la exportación de capital y del modo de producción capitalista. Pero el carácter explosivo de las contradicciones acumuladas en estas regiones por lo que se conoce como «neocolonialismo» puede juzgarse estudiándolas a la luz de las experiencias rusa y china que las precedieron. No fue casualidad que Rusia y China se encontraran en el centro de las más poderosas erupciones revolucionarias de principios de siglo. Eran entonces la tierra elegida por el capital occidental, el Edén de los «planes de desarrollo». Mostrar cómo se derrumbaron todos estos «planes» es ya ilustrar las futuras crisis de los países recientemente anexionados al imperialismo mundial.

Tras la Segunda Guerra del Opio y la Revuelta Taiping, una parte de la clase dominante china se dio cuenta de la necesidad de una reforma. La misma revelación había golpeado al zarismo cuando fue derrotado en la guerra de Crimea de 1855. En China, los caudillos Tseng Kouo-fan y Li Hong-tchang fueron los responsables de iniciar el movimiento conocido como «Occidentalismo», que se inspiraba en el lema «China fuerte por sí misma».

Su primer objetivo era dotar a China de un ejército moderno imitando a los de Occidente. Li Hong-chang hizo construir arsenales y astilleros con material extranjero y capital estatal. Pero esta política se extendió pronto a toda una serie de actividades: servicios públicos, industria mecánica y textil, etc.

Estos señores de la guerra, también metieron mano en el transporte marítimo y la industria minera; la empresa más famosa de este tipo fue la *China Merchant Steam Navigation Co.*, fundada por Li Hong-tchang en 1872. Esta empresa, aunque también absorbió acciones privadas junto con el capital aportado por el gobierno, estaba completamente controlada por los señores de la guerra y los compradores, mientras que los accionistas ordinarios se veían privados de hecho de voz en la administración de la empresa...

(«Historia General de China», p. 117)

En todas estas empresas se observó estrictamente el control estatal. Pero, ¡con qué compasión se detienen los historiadores maoístas en el destino de los «accionistas ordinarios», a los que el Hijo del Cielo ni siquiera dio un voto en las primeras empresas capitalistas de China! Está claro que nuestros autores sólo

respiran tranquilos cuando ven el nacimiento y la prosperidad del capitalista individual:

Durante la década de 1870 a 1880, los capitalistas privados comenzaron a fundar individualmente pequeñas fábricas metalúrgicas, papeleras, fábricas de cerillas e hilanderías de seda en Shanghái, Hankou, Wuchang, etc., que representaban la nueva industria capitalista. Esto representa la nueva industria capitalista nacional, la primera de este tipo en China. (ibid., pp. 117-118)

Este es el sello distintivo del «socialismo» chino: la fábrica de fósforos del capitalista individual, el pequeño arado del campesino, ¡eso es «progreso», «capitalismo nacional» y «nueva democracia»! Pero los arsenales de Li Hong-chang, construidos con equipamiento estadounidense, capital estatal y trabajadores asalariados, son «reacción», «capitalismo burocrático», ¡la negación misma de cualquier «vía nacional» al capitalismo!

La «Historia del desarrollo económico de China», que ya hemos citado, nos da una serie de indicaciones sobre la correlación entre capital privado, estatal y extranjero en la fase inicial de la acumulación capitalista. Del cuadro 62 derivamos las siguientes cifras³:

<p>Empresas creadas en China entre 1872 y 1911 con un capital igual o superior a 10000 yuanes</p>
--

³ Nota del traductor: En la tabla que reproducen los camaradas, aparece la categoría “Capital 1000 yuans”, por lo que entendemos que se refieren a que está expresado en miles de yuanes.

Periodos	Empresas privadas		Empresas estatales o mixtas		Empresas con participaciones extranjeras	
	Número	Capital (en miles de yuanes)	Número	Capital (en miles de yuanes)	Número	Capital (en miles de yuanes)
1872-1894	54	4805	19	16003	1	629
1895-1911	345	76840	47	27574	30	25432

Por limitadas que sean estas indicaciones (sólo se refieren a las industrias mineras y de transformación), podemos ver claramente que el capitalismo industrial chino nació estatal y creció, a partir de 1895, con la ayuda del capital privado y del imperialismo mundial. Como ya hemos dicho, la entrada del capital extranjero en China puede fecharse con bastante precisión. Hasta 1895, la mayoría de las empresas occidentales o japonesas instaladas en los principales puertos chinos limitaban sus actividades a los servicios que requería el comercio exterior: construcción y reparación de buques e industrias de lujo en las concesiones. Con el Tratado de Shimonoseki, Japón obtuvo un privilegio que pronto se extendería a las demás grandes potencias. Concedía a los extranjeros el derecho a establecer fábricas en China y a importar libremente maquinaria de todo tipo. Esta cláusula del tratado chino-japonés de 1895 marcó una nueva fase en la «apertura» de China: la transición de la exportación de productos manufacturados a la exportación de capital.

Una nueva serie de «tratados desiguales» añadió los beneficios de la dominación imperialista a los obtenidos durante las Guerras del Opio. Así es

como J. Chesneaux pudo escribir en «Le mouvement ouvrier chinois de 1919 à 1927» que:

Algunos de estos privilegios, los más antiguos, corresponden a las necesidades de la época comercial y sólo buscan garantizar la circulación de mercancías y comerciantes (concesiones, exterritorialidad, limitación de los aranceles aduaneros), mientras que una segunda serie de privilegios (control de las finanzas, territorios arrendados) reflejan, desde la ruptura, la preocupación de las potencias por garantizar sus inversiones en suelo chino y protegerlas.

Para comprender mejor la relación entre el capitalismo nacional chino y el imperialismo extranjero, y el papel de la burguesía compradora, veamos algunas de las realizaciones pioneras del periodo que comenzó para China con el Tratado de Shimonoseki. En primer lugar, la construcción de ferrocarriles.

Como sabemos, los ferrocarriles desempeñaron un papel importante en la sumisión de China al capital extranjero, en el agravamiento de las rivalidades imperialistas y en la división del país en esferas de influencia y concesiones y territorios arrendados. No obstante, representaron un hito esencial en la creación del mercado nacional. En su «Plan Industrial», Sun Yat-sen fijó la apertura de 100.000 millas de ferrocarril como tarea urgente para el desarrollo económico chino. La democracia maoísta está aún muy lejos de alcanzar tal programa. Es cierto que Sun Yat-sen no creía que pudiera lograrse sólo con los medios nacionales chinos. No sorprenderá, por tanto, que las estadísticas publicadas a continuación muestren que la China «socialista» no batió los

récords establecidos por el capital burocrático durante las dos fases principales de expansión ferroviaria: 1895-1911 y, especialmente, 1932-1937.

Longitud de las líneas férreas construidas entre 1876 y 1958 (en km)			
Años	Longitud total	Longitud por periodo	Longitud media anual
1876	15	-	-
1877-1894	864	364	20
1895-1911	9618	9253	544
1912-1927	13040	3422	214
1928-1931	14239	1198	299
1932-1937	21036	6797	1133
1938-1948	24945	3909	355
1949-1958	31193	7157	715

La historia de la red ferroviaria china ilustra bien la debilidad de la burguesía nacional. Para el «capitalismo nacional», los periodos de crecimiento (1895-1911 y 1932-1937) fueron periodos de derrota o estancamiento (el aplastamiento de los bóxers y la ocupación japonesa). Por el contrario, entre 1912 y 1927, en el apogeo del desarrollo de la empresa privada de la burguesía nacional, China sólo construyó 214 km de ferrocarril al año.

Pero la debilidad de esta burguesía se hace aún más patente si tenemos en cuenta la masa de préstamos contraídos por el Estado para construir la red ferroviaria y el control ejercido por el imperialismo sobre ella. La construcción

de ferrocarriles fue un importante vehículo para la exportación de capital. En 1914, el Estado chino sólo había construido con sus propios recursos el 3,8% de la red existente, y las vías sólo fueron compradas por el Estado para reforzar las garantías exigidas a los prestamistas de capital. La «Historia del desarrollo económico de China» nos ofrece el siguiente cuadro del funcionamiento de la red ferroviaria:

Control del imperialismo sobre la red ferroviaria (en porcentajes de su longitud total)			
Años	Bajo control chino	Explotada directamente por el imperialismo	Bajo control extranjero
1894	21,1	-	78,9
1911	6,9	39,1	54,0
1927	8,0	33,2	58,8
1931	15,7	30,4	53,9
1937	9,3	46,6	41,1
1948	65,6	8,8	25,6

Para 1948, esta cifra comprende las líneas ferroviarias construidas bajo la ocupación japonesa, así como las de la isla de Formosa.

Otro signo de la debilidad de la burguesía nacional puede verse en la orientación de sus inversiones. Las empresas que requieren grandes cantidades de capital (ferrocarriles, minería) están controladas casi en su totalidad por el imperialismo extranjero. La burguesía compradora limitó sus ambiciones a la industria ligera: textil y alimentaria. De las 521 empresas fundadas por la

burguesía nacional entre 1872 y 1911 con un capital de 160 millones de yuanes, la citada recopilación de estadísticas ofrece el siguiente desglose:

Industrias	Número de empresas	Capital empresario
Mineras y siderúrgicas	72	41,4
Construcciones mecánicas	3	0,8
Textiles	193	40,8
Alimentarias	100	17,7
Otras	153	59,3

La mayor parte de la industria pesada, en cambio, está en manos extranjeras. Las minas de carbón de Foutchéou pertenecen a Japón, las de Kailan a Inglaterra. Casi todo el mineral de hierro producido en China está controlado por empresas japonesas. Las tablas 75, 80 y 88 del manual de estadísticas chinas ofrecen las siguientes cifras:

Años	Carbón		Hierro	
	Producción total (en millones de toneladas)	Bajo control extranjero (%)	Producción total (en millones de toneladas)	Bajo control extranjero (%)
1912	9,1	52,4	0,2	100
1913	12,9	55,4	0,4	100
1914	14,2	50,4	0,5	100
1915	13,5	56,5	0,6	100

1916	16,0	47,6	0,6	100
1917	17,0	49,0	0,6	100
1918	18,4	46,6	1,0	100
1919	20,1	48,1	1,3	100
1920	20,1	50,9	1,3	100
1921	20,5	49,4	1,0	100
1922	21,1	52,2	0,9	100
1923	25,5	54,8	1,2	100
1924	25,8	54,8	1,3	100
1925	24,2	54,2	1,0	100
1926	23,0	56,0	1,0	99,0
1927	24,2	56,0	1,2	99,3
1928	28,0	56,1	1,5	99,3
1929	25,4	57,7	2,0	99,7
1930	26,0	57,8	1,8	99,7
1931	27,2	53,5	1,8	99,4
1932	26,4	59,0	1,8	99,3
1933	28,4	64,9	1,9	99,1
1934	32,7	62,8	2,1	99,2
1935	36,0	36,0	2,9	99,4
1936	39,9	55,7	2,9	99,2
1937	37,2	61,1	3,4	99,7

1938	27,4	-	-	-
1939	36,6	-	4,5	-
1940	44,5	-	5,3	-
1941	56,3	-	7,5	-
1942	59,2	-	9,9	-
1943	50,1	-	10,6	-
1944	48,3	-	7,9	-
1945	23,9	-	0,4	-

Para el hierro, las estadísticas sólo cubren la producción mecanizada. Para el carbón, también incluye la producción a pequeña escala, lo que reduce el porcentaje bajo control extranjero. A partir de 1938, las cifras citadas sólo incluyen las de las cuatro provincias del noreste ocupadas por Japón.

Este cuadro de las debilidades de la burguesía china, relegada a las industrias de transformación y dependiente de los capitales y materias primas en manos del imperialismo, no estaría completo sin la mención de las diversas medidas de control directo en las esferas financiera y política. En 1854, la gestión de las aduanas chinas fue entregada a un inspector general inglés; con el aumento de los préstamos extranjeros, China prácticamente hipotecó sus aduanas a los extranjeros, que adquirieron la costumbre de verlas como una garantía para sus préstamos. Ni que decir tiene que las condiciones en que se encontraba la industria nacional frente a la competencia extranjera eran espantosas. Para empeorar las cosas, un impuesto aduanero interno, creado en la época de la revuelta Taiping, se impuso también a las mercancías chinas que circulaban de

una provincia a otra. Este impuesto (el *likin*), que originalmente ascendía al 1%, aumentó en algunas provincias hasta el 5% e incluso el 20%. En sus «Tres principios del pueblo» de 1924, Sun Yat-sen definió la situación de las aduanas chinas en estos términos:

Últimamente se ha empezado a utilizar el algodón chino y las máquinas de hilar y tejer europeas. En Shanghái, por ejemplo, hay hilanderías y tejedurías muy grandes. De hecho, estas hilanderías y tejedurías podrían mantener a raya a las mercancías europeas. Pero como las aduanas siguen estando en manos de extranjeros, éstos siguen aplicando fuertes aranceles a nuestras telas autóctonas. Y no sólo las aduanas marítimas cobran fuertes aranceles, sino que cuando las mercancías entran en el interior siguen estando sujetas al *likin*. De modo que China no sólo no tiene un arancel protector, sino que los derechos aplicados a las mercancías autóctonas protegen a las mercancías europeas».

En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, estas contradicciones entre la burguesía «nacional» y el imperialismo estallaron con fuerza. En ausencia de una poderosa competencia extranjera durante las hostilidades, las empresas chinas experimentaron un cierto auge: entre 1914 y 1921 el número de hilanderías de algodón de propiedad china pasó de 7 a 23, con un número total de husos que pasó de 160.900 a 508.746. Pero este progreso, aún limitado a la industria ligera, pronto chocó con un retorno del capital europeo y un considerable fortalecimiento de las posiciones japonesas, expresado en 1915 en las «Veintiuna Demandas» de Japón al gobierno chino.

Hemos visto así cómo se desarrolló el imperialismo, tendiendo a sustituir la exportación de productos manufacturados de las metrópolis por la exportación de capitales y del propio modo de producción capitalista. Al mismo tiempo, hemos mostrado las contradicciones de este desarrollo y sus límites: la debilidad de la burguesía nacional a pesar del crecimiento de la industria a gran escala y de la extensión de una moderna red de vías de comunicación; las dificultades para constituir un mercado nacional debido tanto a la presión exterior como al estancamiento de la agricultura a pequeña escala; y, por último, el rápido crecimiento de un proletariado autóctono muy concentrado que muy pronto tomó conciencia de sus objetivos específicos de clase. Volveremos sobre este último punto más adelante.

Antes de examinar los puntos fuertes del proletariado chino, es necesario denunciar dos concepciones hoy triunfantes cuyo único objetivo es embellecer el papel del imperialismo y de la burguesía nacional, negando las contradicciones del desarrollo capitalista en los países atrasados. Aparentemente opuestas, estas concepciones confluyen en la misma negación de las tareas revolucionarias del proletariado y de su independencia de clase. La primera de estas concepciones lleva el nombre de Kautsky y difunde la ilusión de un desarrollo armonioso y sin crisis del imperialismo en los países atrasados; la segunda, formulada por Sun Yat-sen a principios de siglo, es la versión «subdesarrollada» y busca en el Estado, en las nacionalizaciones, en la creación de un mercado nacional único, no sólo la garantía de un desarrollo capitalista rápido, sino también la mejor garantía que un pueblo atrasado puede ofrecer a la exportación de capitales por las potencias imperialistas.

Ambas teorías pretenden falsamente inspirarse en el socialismo; ambas han sido refutadas hace tiempo por la historia y sólo deben a la contrarrevolución mundial el arrastrar una existencia miserable en las escasas filas del proletariado.

V (nº 33 de octubre-diciembre de 1965)

Ya vimos en el artículo anterior cómo el imperialismo europeo sacó a China de su aislamiento y la arrojó a las contradicciones y crisis de la historia moderna. Un proceso que no fue ni «pacífico» ni «armonioso», ni siquiera puramente «nacional». Veamos las principales fases:

- 1840-1860, la «apertura» del mercado chino por los industriales británicos en busca de nuevas salidas; la política de las cañoneras y el comercio del opio fueron contrarrestados por la revuelta de los Taiping, que no logró convertirse en una revolución burguesa;

- 1860-1880, apogeo de la libre competencia en Europa y nacimiento de los primeros cárteles (sobre todo tras la crisis de 1873); al mismo tiempo, se desarrolla en China una burguesía compradora que sueña con instaurar un capitalismo de Estado a la sombra de la dinastía manchú;

- 1880-1914, los monopolios dominan el conjunto de la vida económica, las grandes potencias completan el reparto colonial, el capitalismo alcanza su fase imperialista; en China, su desarrollo está marcado por la guerra chino-japonesa, que inaugura la política de exportación de capitales y de reparto de las zonas de influencia.

- La Primera Guerra Mundial supuso el declive de la dominación europea en Asia, contrarrestado por un cierto desarrollo del capitalismo nacional y, sobre

todo, por la entrada en vigor de imperialismos más jóvenes: Japón y Estados Unidos.

Pequeña historia del reformismo anti-imperialista

A través del análisis económico, hemos mostrado cómo China se convirtió en «la colonia del mundo» cuando el capitalismo mundial entró en su fase imperialista, sustituyendo la exportación de bienes industriales por la exportación de capital. Con la Primera Guerra Mundial y el hundimiento del viejo sistema colonial europeo, nació la idea de una «internacionalización de las colonias» que les permitiera ser explotadas conjuntamente por el capital financiero de las grandes potencias. Esta idea, defendida por K. Kautsky y contenida en las propuestas de paz del presidente Wilson, fue de hecho utilizada como bandera por el imperialismo norteamericano para conquistar los viejos mercados coloniales. A menudo compartida por la burguesía nacional de los países atrasados que luchan por su independencia o que buscan capitales para su industrialización, esta concepción está en el corazón del oportunismo actual, tanto chino como ruso. Ya se llame «ultra» o «antiimperialista», este «kautskismo» debe ser denunciado en bloque, como un mismo sistema que niega los objetivos y métodos específicos de la lucha de clases proletaria y glorifica un desarrollo «armonioso» y sin crisis de la sociedad burguesa.

En lugar de hacer una historia de los conflictos interimperialistas en China desde la «paz» de Versalles hasta la victoria de Mao Tse-tung, preferimos subrayar la profunda unidad ideológica del «ultraimperialismo» burgués. Los lectores recordarán que, si bien China fue la primera en poner en marcha los

proyectos de inversión «concertada» y otros bancos internacionales tan en boga hoy entre las grandes potencias, también dio ejemplo del fracaso de todos estos «planes de desarrollo». En gran medida, las rivalidades imperialistas están en el origen de la anarquía política y las luchas intestinas que desgarraron el país entre las dos guerras. La situación es similar a la del África negra actual.

Los fundamentos del «ultra-imperialismo»: J.A. Hobson y China

Mucho antes que Kautsky y nuestros modernos jruschovianos, un economista liberal inglés, J. A. Hobson, había formulado la «teoría» de que el capital financiero de las principales potencias imperialistas debería poder unirse a escala internacional para la explotación «pacífica» de las colonias. Esta idea se ha desarrollado desde entonces innumerables veces, tanto teórica como prácticamente, pero nunca ha producido la paz entre las naciones ni el progreso social con el que sueñan día y noche los demócratas pequeñoburgueses.

La idea de Hobson tenía un alcance más limitado. En su libro de 1902 sobre el «Imperialismo», declaró:

Mientras la clase obrera discutía la colaboración de los trabajadores, el capital ya estaba logrando la colaboración internacional. Por eso, en lo que concierne a los grandes intereses financieros y comerciales, es muy probable que la próxima generación sea testigo de una unificación tan poderosa del capital internacional que las guerras entre los países occidentales se vuelvan casi imposibles.

Esta «teoría» podía estar equivocada, pero no por ello dejaba de ser superior a sus versiones más recientes, mil veces desmentidas por los hechos: se basaba en

los intereses materiales comunes del capitalismo mundial y en la inextricable imbricación de las relaciones económicas entre los Estados. Aunque refleja los mismos intereses y los mismos vínculos forjados por el mercado mundial, la fábula de Jruschov de que las guerras pueden evitarse en el sistema actual ha caído a un nivel mucho más bajo, el de la ideología. El único argumento es el «equilibrio de poder» y el lloriqueo de los pequeñoburgueses pacifistas.

Aunque aspiraba a una paz europea (que, por cierto, no excluía las guerras coloniales «civilizadoras»), J. A. Hobson supo reducir esta perspectiva a proporciones más adecuadas. Respecto a esta cuestión, escribió en los siguientes términos:

la situación es demasiado compleja, la interacción de las fuerzas mundiales demasiado difícil de prever, para hacer “muy probable” cualquier interpretación unilateral del futuro. Pero las influencias que gobiernan actualmente el imperialismo en Europa Occidental se mueven en esa dirección; y, si no encuentran resistencia, si no son desviadas en otra dirección, trabajarán hacia la culminación de este proceso.

Como vemos, Hobson sólo define una tendencia del capital financiero y admite la acción de fuerzas contrarias que, para nosotros, residen en la explosión de los antagonismos económicos y sociales inherentes al modo de producción capitalista. Por eso Lenin (ver «[El imperialismo, fase superior del capitalismo](#)» y los «[Cuadernos sobre el imperialismo](#)» de donde hemos tomado los extractos del libro de Hobson) añadió este comentario: no era necesario decir «teoría» sino «perspectivas». Una «teoría del ultraimperialismo», continuaba, no

tendría más sentido que una «teoría de la ultra-agricultura» deducida de la alimentación con pastillas o del cultivo en laboratorio. Como «teoría», el ultraimperialismo es un disparate y sólo puede ser una apología del progreso indefinido y pacífico del capitalismo. Hobson no pretende hacer esta apología. Como buen liberal burgués, se limita a observar los últimos desarrollos del capitalismo tal como son a principios del siglo XX. Y al hacerlo, a pesar de su espíritu filisteo, asustado por las consecuencias que puede prever, se muestra muy superior a Kautsky y a sus seguidores modernos.

Pero Hobson tiene otros méritos. Al concebir los «Estados Unidos de Europa» para una explotación común de Asia, se da cuenta de que es ahí donde comenzará el «verdadero drama»:

A pesar del egoísmo y la codicia de la política actual [nótese esta característica de todo “antiimperialismo” pequeñoburgués: ¡los “lados malos” de la dominación del capital financiero le parecen obra puramente ocasional de “camarillas” interesadas y “codiciosas”!], el verdadero drama comenzará cuando las fuerzas del capitalismo internacional que representan la cultura de un mundo cristiano unificado se utilicen para la asimilación pacífica de China. Será entonces cuando surja el ‘peligro amarillo’...

Y el economista inglés no se molesta en consideraciones raciales o demográficas. No presenta este peligro como la guerra de las barrigas vacías contra las barrigas llenas a la manera de nuestros pequeños burgueses que se creen «revolucionarios» señalando el hambre como la amenaza más grave para la «paz» mundial, la «justicia social» y la... tranquilidad de su conciencia.

Tampoco le preocupa un «socialismo» aldeano que vendría de las profundidades de Asia para inspirar al proletariado europeo. Para J. A. Hobson veía el «peligro amarillo» en la competencia de una China burguesa que «invirtiera el viejo movimiento del capital» y sometiera a Europa a su control económico:

No hay nada imposible en que China haga correr a los países industriales de Occidente y, utilizando su organización y sus capitales o, más probablemente, sustituyéndolos por los suyos propios, inunde sus mercados con los productos de su industria...

Y el demócrata inglés, asustado ante tal perspectiva, exclama:

Sólo entonces comprenderemos todos los riesgos y todas las locuras de esta empresa, la más grandiosa y la más revolucionaria de toda la historia de la humanidad.

¿Debería concederse a J.A. Hobson la patente del marxismo al estilo de Pekín? Haber considerado el desarrollo de una China moderna y poderosa como el límite del «ultraimperialismo» blanco, haber juzgado como «más probable» la solución que consiste, para el «antiimperialismo» amarillo, en sustituir su propio capital por el de Occidente, basta hoy para merecer el nombre de «marxista». Pero Hobson se asombraría al ver calificar de «socialista» el programa de «guerra económica» que China acaba de lanzar contra los viejos imperialismos. Para «pagar» a los occidentales, para «utilizar su organización y su capital», o mejor aún para «sustituir los nuestros», es seguir el camino de su desarrollo capitalista que, a pesar de «todos los riesgos y toda la locura de esta empresa», se presenta al viejo liberal Hobson, así como al

arriesgado «socialismo» de los maoístas, como «el más grandioso» y «el más revolucionario de toda la historia de la humanidad». Así, el imperialismo engendra el capitalismo amarillo, el capitalismo amarillo amenaza al imperialismo blanco, y esta cadena de crisis y revoluciones burguesas aparece naturalmente a los ideólogos de la burguesía, de J. A. Hobson a Mao Tse-tung, como la obra «más grandiosa», «más revolucionaria» y sobre todo más definitiva de la historia.

Démosle a Hobson su merecido. Frente a las amenazas (todavía todas verbales y potenciales) del competidor chino, el imperialismo ruso-americano de hoy tiene los mismos temores que el viejo liberal inglés. Y la «asimilación pacífica» se ha transformado en boicot económico y político a China para retrasar su entrada en liza. Pero no se puede culpar a Hobson de subestimar el papel reaccionario del imperialismo. Su perspicacia le llevó a creer que si los imperialistas conseguían «llegar a un acuerdo» no sería para el «desarrollo» de China, sino para su saqueo y desmembramiento:

Si es inútil esperar que China se impregne de un patriotismo que le dé la fuerza necesaria para expulsar a los explotadores occidentales, esto significa que está condenada a una descomposición que será más exacto definir como el «desmembramiento» de China, en lugar de su «desarrollo»...

Estas son, pues, las conclusiones a las que llega J. A. Hobson:

1) La asociación del capital financiero y las formas políticas derivadas de ella («Estados Unidos de Europa», «Sociedad de Naciones», etc.) representan «el

desarrollo más legítimo de las tendencias actuales y darían las mayores esperanzas de una paz duradera sobre la base del inter-imperialismo».

2) Esta tendencia está destinada a desarrollar nuevos focos de capitalismo en Asia, porque «la historia del imperialismo, a diferencia del colonialismo, ilustra la tendencia a obligar a los nativos a explotar su tierra en nuestro beneficio» y quizás entonces, dice el filisteo inglés, «los pueblos occidentales comprenderán que han permitido que un pequeño grupo de especuladores les arrastre a un imperialismo en el que todos los costes y todos los peligros de esta política aventurera serán cien veces mayores».

3) Pero frente al «egoísmo» y la «codicia» de estos «especuladores» que amenazan con trocear China, sólo el «patriotismo», es decir, el surgimiento de un movimiento nacional-revolucionario, podría salvar al país del desmembramiento y abrir el camino a un auténtico desarrollo capitalista.

Sun Yat-sen «refuta» a Marx...

La razón por la que hemos citado tan extensamente el estudio de Hobson es para mostrar lo mucho que un buen liberal inglés puede decir y entender sobre el imperialismo y el antiimperialismo sin adentrarse en el terreno del marxismo revolucionario. El resultado es una mezcla, en absoluto paradójica, de maoísmo y jruschovismo. Dado que la línea de demarcación ideológica entre China y Rusia no es una línea política de clase sino una simple frontera nacional para defender la causa del «patriotismo» chino, no hay necesidad de ir a buscar a Lenin ni de lanzar invectivas contra el «kautskismo» ruso. Basta con recurrir (como hace a veces la diplomacia china) a los análisis y sabias reflexiones del

viejo liberalismo inglés. La cuestión de la paz o de la guerra, de las alianzas más o menos duraderas constituidas por el capital financiero, no es la cuestión fundamental en la crítica marxista del imperialismo, en la lucha de clases del proletariado. La paz o la guerra, la constitución de tal o cual bloque de Estados burgueses basado en una ideología «ultra-imperialista» o «anti-imperialista», belicosa o pacifista, «fascista» o «democrática», es una cuestión de las tendencias profundas que dominan el mercado mundial en un momento u otro.

El «kautskismo» (que es tan chino como ruso y une en un mismo pensamiento a Hobson, Stalin, Jruschov y Mao) no es sólo el cálculo estéril de las probabilidades de una paz imperialista o de una guerra imperialista, ni las esperanzas desmesuradas depositadas en un Banco Mundial o en una «Sociedad de Naciones» encargada de garantizar el desarrollo «armonioso» y «pacífico» de todos los pueblos. En sus «Cuadernos sobre el imperialismo» Lenin escribe que el libro de Hobson es muy útil porque «ayuda a descubrir la mentira fundamental del kautskismo», y Lenin explica:

Eternamente, el imperialismo engendra de nuevo el capitalismo (de la economía natural de las colonias y de los países atrasados, engendra de nuevo el paso del pequeño capital al gran capital, del débil intercambio de mercancías al intercambio desarrollado, etc., etc., etc.).

Los kautskistas (K. Kautsky, Spectator y cía.) citan estos hechos de un capitalismo «sano», «pacífico», basado en «relaciones pacíficas», y los contraponen al saqueo financiero, a los monopolios bancarios, a

la colusión de los bancos y el poder del Estado, a la opresión colonial; los contraponen como lo normal a lo anormal, lo deseable a lo indeseable, lo progresista a lo reaccionario, lo esencial a lo accidental.

Es un nuevo proudhonismo. El viejo proudhonismo en un nuevo terreno y bajo una nueva forma.

El reformismo pequeñoburgués está en favor de un capitalismo limpio, pulido, moderado y correcto.

Esta es la esencia del reformismo que explica tanto el «ultraimperialismo» ruso como el «antiimperialismo» chino, el deseo de las grandes potencias de ponerse de acuerdo sobre la explotación sistemática del universo y el deseo de los países atrasados de lograr su propio desarrollo capitalista. Su denominador común es tratar de atenuar los inevitables antagonismos del sistema capitalista, hacer creer que una explotación racional y concertada del universo se ha hecho posible bajo el dominio del capital financiero, difundir la idea de que los países atrasados pueden lograr un desarrollo rápido y armonioso utilizando el capital y la tecnología occidentales o «confiando en sus propias fuerzas», en su propio capital.

Más que ninguna otra, la historia de la China moderna refuta formalmente estas concepciones. ¿Qué quedó del consorcio de grandes potencias que Sun Yat-sen esperaba que aportaran las inversiones necesarias para industrializar China? ¿Qué fue de la política de «puertas abiertas» que Washington defendió en las conferencias internacionales que siguieron a la primera guerra imperialista?

¿Qué ha sido de la «gran colaboración» entre Moscú y Pekín en la que Mao Tse-tung creía poder basar sus planes quinquenales? Todos estos «planes», todos estos proyectos «ultra» o «anti»imperialistas entregaron a China a la anarquía sangrienta y al desmembramiento que fueron obra “conjunta” de Inglaterra, Estados Unidos y Japón; luego, cuando el patriotismo chino pudo más que sus enemigos, fue el boicot y el “cordón sanitario” organizados primero por el imperialismo norteamericano, luego por la propia Rusia.

Pero vayamos más lejos en la identificación de las «teorías» del ultra y antiimperialismo pequeñoburgués. Sun Yat-sen, cuyos principios siempre han reivindicado los «comunistas» chinos, nos proporciona el mejor medio para hacerlo.

En la segunda parte de su obra sobre los «Tres principios del pueblo», que fue la biblia del Kuomintang reunido con el PCCh, Sun Yat-sen se detiene largamente en el «socialismo de Estado» bismarckiano y le da un espaldarazo digno de Proudhon o Lassalle. Sobre ello escribió lo siguiente:

Los socialistas, exigían la reforma social y la puesta en práctica de la revolución económica. Bismarck, sabiendo que no podía aniquilarlos por la fuerza política, se dedicó a practicar una especie de socialismo de Estado para contener el socialismo de los marxistas... Nacionalizó todos los ferrocarriles. Las grandes industrias pasaron a manos del Estado. En cuanto a los trabajadores, reguló la jornada laboral e introdujo pensiones y seguros de vejez. Todo esto era parte del programa que los socialistas querían implementar. Pero Bismarck era

corto de miras. Utilizó el poder del Estado para hacerlo él mismo»

(« Le Triple Démisme », Shanghai, 1930, p. 258–9).

Sun Yat-sen quería aplicar el ejemplo de Bismarck a China. Pero primero tenía que encontrar una «refutación del marxismo». Este es el tema de la tercera parte de su libro, titulada «Demismo vital o económico».

Ya sabemos cómo Sun Yat-sen consiguió en 1923 que Joffe, el representante soviético, reconociera que «China no estaba madura para el bolchevismo». En cualquier caso, el fundador del Kuomintang no esperó a «refutarle», ya que su libro, concebido en 1922, fue escrito y presentado en 1924 en una serie de 16 conferencias pronunciadas por el Dr. Sun en Cantón. ¡Qué curiosa «refutación» del bolchevismo, utilizando a Lassalle y Bernstein! Sun Yat-sen empezó por hacer la guerra al materialismo de Marx, que resumió en esta fórmula enjundiosa: «La materia es el centro gravitatorio de la historia» (p. 362). Bernstein no hizo otra cosa en su vida más allá de tergiversar el materialismo histórico. Pero Sun abandonó a Bernstein por el camino. No le siguió en su «retorno a Kant» y otras divagaciones filosóficas del viejo reformismo occidental. Sun Yat-sen siguió siendo un revolucionario burgués. Y como era ante todo un revolucionario chino, dio el descubrimiento de que «la subsistencia del pueblo es el centro de gravedad de la evolución social» (p. 363).

Una vez definida así su filosofía de la historia y fundado su «socialismo» sobre una teoría de la abundancia y de la distribución equitativa de los bienes, Sun Yat-sen se propuso «refutar» el marxismo en su propio terreno: el análisis del modo de producción capitalista y la interpretación de la lucha de clases. El padre del nacionalismo chino estaba dispuesto a admitir que el modo de

producción capitalista y sus íntimas contradicciones eran la fuerza motriz de la lucha de clases del proletariado. Pero, según él, la «evolución social» llevaría a la extinción de estos antagonismos. Típico razonamiento reformista. En apoyo de su argumento, Sun Yat-sen invocaba, como algunos Bernstein :

- 1) «La mejora de la sociedad y de la industria» (aumento de la productividad del trabajo, etc.);
- 2) «la nacionalización de los medios de transporte y de comunicación»;
- 3) «la fiscalización directa sobre la renta»;
- 4) «la socialización de la distribución de la propiedad» (p. 365).

Un poco más adelante, Sun cita estos cuatro medios como la receta del «socialismo» chino, que debería permitir salir de la «pobreza» y evitar la «desigualdad» (p. 387). «Estos hechos», concluye Sun Yat-sen, «demuestran que la lucha de clases no es la causa sino la enfermedad de la evolución social. Marx es, pues, un patólogo, no un fisiólogo de la sociedad» (p. 368). Se trata de una formulación clásica del reformismo, que se impone la tarea de curar los males de la sociedad burguesa, ¡no de enterrarla!

Sun Yat-sen no se contentó con tomar prestados de los reformistas de la II Internacional sus «análisis» de la sociedad occidental y sus «críticas» al marxismo. Los condensa en fórmulas mordaces que deben su fuerza a la resolución con la que pretende rechazar el marxismo del que tan hipócritamente se revisten hoy sus herederos espirituales, los «comunistas» de Mao. El planteamiento de Sun Yat-sen no sólo es paralelo al movimiento reformista occidental porque hace hincapié en la mejora del sistema de distribución en lugar de en los antagonismos del modo de producción

capitalista. En el corazón mismo del «populismo» chino se encuentran las concepciones fundamentales del «nuevo proudhonismo»:

- la negación de los objetivos específicos de la clase proletaria y de la oposición radical entre el Capital y el Trabajo, disfrazada de lucha de las masas «populares» contra un puñado de codiciosos «usurpadores»;

- la esperanza de atenuar las inevitables contradicciones del sistema capitalista por todo tipo de medios (cooperativas, nacionalizaciones, organizaciones internacionales, etc.).

Citemos un último pasaje de Sun Yat-sen:

Incluso en un país donde la industria está desarrollada, si los intereses económicos de todo el país no están armonizados, si surgen oposiciones que conducen a la lucha, no se trata de una lucha entre la clase obrera y la clase capitalista, sino de una lucha entre los elementos útiles e influyentes de toda la sociedad, que constituyen la mayoría, y la clase capitalista. Como estos elementos útiles e influyentes buscan todos subsistir y evitar el conflicto económico [!?!], es necesario recurrir a la distribución de la propiedad por el Estado, al aumento de los impuestos directos sobre las rentas de los capitalistas y sobre las herencias, para desarrollar las empresas de transporte y los medios de comunicación de todo el país, para mejorar la vida del obrero y el trabajo de las fábricas, y para armonizar los intereses económicos (p. 372).

¿Mao Tse-tung contra Togliatti?

Se nos dirá que las ideas de Sun Yat-sen ya no tienen nada que ver con las del «comunismo» chino y que, en cualquier caso, la lucha librada estos últimos años contra el «revisionismo moderno» basta para exculpar a Mao Tse-tung de cualquier acusación de reformismo. Veamos exactamente cuál es el caso según las críticas contenidas en el libro «D'où proviennent les divergences?» (Ed. La Cité, Lausana, 1963) que reproduce *in extenso* el artículo titulado: «Una vez más sobre las diferencias entre el camarada Togliatti y nosotros» (nº 3 y 4 de la revista «Hongqi», 1963).

La revista teórica del PC chino permite en primer lugar a Togliatti definir su concepción de la «vía italiana» al socialismo. Dice Togliatti:

- «Hoy, la cuestión de hacer lo que se hizo en Rusia no se plantea para los trabajadores italianos» que pueden »organizarse, en el marco del régimen constitucional, como clase dominante»;

- Mediante «la ampliación efectiva de los poderes del Parlamento en la esfera económica», es posible «romper y abolir la propiedad monopolista de las grandes fuerzas productivas, para transformarla en propiedad colectiva»;

- Por último, «participando en la elaboración y aplicación de la política de planificación, realizando plenamente sus propios ideales y su autonomía», la clase obrera puede hacer de esta política «un instrumento para satisfacer las necesidades de los hombres y de la colectividad nacional» (op. cit., pp. 135-7).

Contra estas teorías de la «transición pacífica al socialismo» y de las «reformas estructurales», Pekín hizo valer la formidable artillería del marxismo, desde el «Manifiesto comunista» hasta «El Estado y la revolución», pasando por «Del socialismo utópico al socialismo científico», en el que Engels demostró que «ni la transformación en sociedades anónimas y trusts, ni la transformación en propiedad estatal, eliminan la cualidad de capital de las fuerzas productivas». Después de basarse en estas «autoridades» para criticar el «cretinismo parlamentario» de Togliatti, llegamos a estas conclusiones:

Los marxista-leninistas deben denunciar la hipocresía de las constituciones burguesas, pero deben, al mismo tiempo, utilizar ciertos artículos [?] de estas constituciones como arma contra la burguesía (p. 154).

Leemos a continuación:

El camarada Togliatti afirma que lo que defiende no es sólo “un parlamento que funcione”, sino también “un gran movimiento popular”. Pedir ‘un gran movimiento popular’ está muy bien. Y los marxistas-leninistas no pueden sino alegrarse (p. 162).

Sobre este punto, Mao Tse-tung sólo tiene que dar un último tirón de orejas a Togliatti:

Hay que reconocer que existe actualmente en Italia un movimiento de masas muy vasto, y que el Partido Comunista Italiano ha realizado una gran labor en este terreno. Pero es lamentable que el camarada Togliatti limite el movimiento de masas al marco establecido por el Parlamento (p. 162).

Ya no debemos preguntarnos «¿de dónde vienen las diferencias?», sino «¿dónde están las diferencias?». Togliatti y Mao también cifraron sus esperanzas en un gran movimiento popular, es decir, en un movimiento no proletario, «democrático» y pequeñoburgués. ¿Y qué «lamentaba» Mao? Que tal «movimiento» caería en el «cretinismo parlamentario» y no saldría de la legalidad burguesa. ¡Pero no podía ser de otra manera! Como predecía el «Manifiesto», el proletariado se ha convertido hoy en la única clase revolucionaria, en la única fuerza capaz de destruir el orden burgués: y ya no hay en las constituciones burguesas el menor artículo que pueda «servir de arma contra la burguesía», ya no hay en las relaciones de dominación del Capital la menor hipocresía democrática que «denunciar».

Contra las concepciones pacifistas de Tito, Togliatti y Jruschov, los chinos invocan a veces la necesidad de la dictadura proletaria. Pero esto no deja de ser una palabra vacía, una bonita frase «socialista», porque no dicen nada de lo que debe ser la lucha del proletariado para alcanzar este objetivo, que empujan hacia un mundo ideal y lejano. En todo movimiento de masas, como en la lucha parlamentaria», dice la revista “Hongqi”,

(es necesario) preservar la independencia política del proletariado, hacer una clara distinción entre éste y la burguesía, fundir los intereses inmediatos y los intereses a largo plazo del movimiento, y vincular el movimiento del momento al conjunto de la lucha de la clase obrera y a su objetivo final. (p. 162)

Bajo su superficie perfectamente inocente, esta fórmula es en realidad la expresión más insidiosa del reformismo. ¿Qué significa «fusionar», «vincular»

los intereses inmediatos y finales del proletariado? ¿Qué significa «unir la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución en cada país», otra fórmula querida por nuestros maoístas? ¿Cuál es la relación entre los intereses inmediatos del proletariado y sus intereses finales, entre la lucha de clases y la lucha por la conquista del poder?

En sus «Cuadernos sobre el imperialismo», Lenin cita una fórmula similar de Anton Pannekoek y hace la siguiente observación:

Pannekoek ha tocado aquí una cuestión de la mayor importancia, pero la ha respondido mal o de manera imprecisa. ¿«La unidad de la lucha por el socialismo y por las reformas» o «por los intereses inmediatos de los trabajadores»? Pero, ¿qué es la lucha por el socialismo? La fórmula de Pannekoek difumina, borra y anula la diferencia entre la izquierda y el «centro». Incluso K. Kautsky podría suscribir la fórmula de Pannekoek... La lucha por el socialismo se compone de la unidad de la lucha por los intereses inmediatos de los trabajadores (en consecuencia, por las reformas) y la lucha REVOLUCIONARIA por el poder, por la expropiación de la burguesía, por el derrocamiento del gobierno burgués. Es necesario unir no la lucha por las reformas + frases sobre el socialismo, la lucha 'por el socialismo', sino dos aspectos de la lucha.

Como siempre dijeron Marx, Engels y Lenin, no hay lucha por reformas que no sea una lucha revolucionaria, capaz de transformarse inmediatamente en un asalto al poder. Así ocurrió en todas las luchas libradas por los proletarios de Europa en el siglo pasado: por sus derechos políticos, por una jornada laboral

más corta, por su derecho a organizarse. Lo mismo puede decirse de los movimientos de reforma burguesa, de los movimientos de emancipación de los pueblos coloniales: el marxismo siempre ha previsto la conquista inmediata del poder por el proletariado revolucionario. Pero, ¿cuál es la situación hoy en las viejas metrópolis capitalistas? Si las luchas por las «reformas» ya no son revolucionarias, ya no se manifiestan como luchas de clases, sino que se pierden en el pantano de los «movimientos populares», es porque el sistema capitalista ya no necesita ser reformado ni perfeccionado. Ya tiene un pie en la tumba. Si los *bonzos* sindicales sabotean lo mejor que pueden las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores ahogándolas en «movimientos populares», es porque cualquier lucha de clases sería una amenaza directa a la dominación del Capital. Por eso Lenin rechaza cualquier idea de «ligar», «fusionar», «unir» dos tipos de lucha que, más que nunca en la época imperialista, son inseparables como dos aspectos de una misma lucha revolucionaria.

Lo que Pannekoek llama una desafortunada «fórmula» adquiere la importancia de un «principio» o «tesis» en los textos chinos: Pekín reafirma «la tesis de la unión de la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica de la revolución en cada país» (op. cit., p. 223). Y, en efecto, es un «principio» del «socialismo» de Mao separar por toda una «etapa» histórica la «lucha» por las reformas burguesas en los países atrasados y la lucha del proletariado por sus objetivos específicos. Hemos mostrado lo que la teoría de la «revolución por etapas» representaba en el movimiento revolucionario en China: un refrito del menchevismo ruso. Hemos visto que el partido chino fue

el primero de la Internacional de Moscú en teorizar las «vías» de la «nueva» o «popular» democracia. Togliatti tiene la bondad de señalarlo:

Hablando de la experiencia de la revolución china, el camarada Togliatti dijo que en el período de la conquista del poder por el pueblo chino, la línea política del Partido Comunista Chino 'no correspondía en absoluto a la línea estratégica y táctica seguida, por ejemplo, por los bolcheviques durante la revolución de marzo a octubre de 1917'. Esto es una distorsión de la historia de la revolución china. La revolución china tiene sus propias peculiaridades, en las condiciones concretas de China. Sin embargo, como ha subrayado repetidamente el camarada Mao Tse-tung, la línea política de nuestro Partido ha sido elaborada sobre la base [¡ahí vamos!] del principio de la unión de la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución china (op. cit., p. 181-2).

Este es el «principio» que permite a los chinos descartar la teoría marxista de la revolución permanente y sustituir los intereses «nacionales» de la revolución burguesa en China por los intereses de la lucha de clases del proletariado. Esta apelación a las condiciones «concretas» existentes en cada país, esta forma de «fusionar» las luchas del proletariado y los «movimientos populares», bastó para «unir» el reformismo de Togliatti y el de Mao.

Un capitalismo «deseable»...

Como dijo Lenin, la característica del «nuevo proudhonismo» es oponer el capitalismo «sano» al capitalismo podrido de la fase imperialista, el capitalismo

«pacífico» y «nacional» al saqueo internacional de los grandes monopolios.

Citando de nuevo a J. A. Hobson:

Llamar imperialismo a una política nacional es una mentira vergonzosa: los intereses de la nación van en contra de cada paso de esa política...

El poder de las fuerzas imperialistas dentro del país les permite utilizar los recursos nacionales para sus ventajas particulares; sólo puede ser derrocado mediante el establecimiento de una auténtica democracia, mediante una política dirigida por el pueblo, en interés del pueblo, y llevada a cabo por sus representantes sobre los que se mantendrá un control real.

¿No suena eso a nuestros estalinistas? Junto a estas citas Lenin simplemente escribió estas palabras «¡demócrata pequeñoburgués!».

En la medida en que sean posibles auténticos gobiernos nacionales que representen los intereses del pueblo y no de un puñado de oligarcas, se eliminarán los enfrentamientos entre naciones y se desarrollará cada vez más un internacionalismo pacífico basado en la comunidad de intereses entre los pueblos...

La esperanza de un futuro internacionalismo requiere ante todo el mantenimiento y el libre desarrollo de los pueblos independientes; porque sin esto no puede haber un desarrollo progresivo del internacionalismo, sino sólo una serie de intentos malogrados de cosmopolitismo caótico e inestable. Así como el individualismo es

necesario para cualquier forma sana de socialismo nacional, el nacionalismo es necesario para el internacionalismo.

Hablaba bien, el liberal J. A. Hobson, sabio consejero de Su Majestad Británica y profeta del internacionalismo de las naciones ¡contra el internacionalismo proletario! Pero, ¿qué es ese «capitalismo deseable» que predicán en común los liberales y estalinistas rusos y chinos? Pekín denuncia las «reformas estructurales» al estilo de Togliatti y cita a Engels para demostrar que las nacionalizaciones no superan el marco del capitalismo y sólo sirven para reforzar la dominación del capital financiero. El capitalismo «deseable» y «sano» de la pequeña burguesía occidental es «nacional», «democrático» y de libre comercio; admite francamente su naturaleza reaccionaria al querer devolver el capitalismo a la etapa de la libre competencia, el pequeño comercio y el proteccionismo. Pero, ¿y el capitalismo chino? Hay más de un punto en común entre lo que Pekín llama su «programa de transición» y las «reformas estructurales» de Togliatti.

En su artículo de 1949 sobre [«Sobre la dictadura democrática popular»](#), donde Mao Tse-tung define un «período de transición» durante el cual la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional estarán «unidos para formar su propio Estado y elegir su propio gobierno, a fin de ejercer una dictadura sobre los lacayos del imperialismo, la clase terrateniente y los capitalistas burocráticos», encontramos esta pequeña frase, muy digna de Togliatti: «Cuando llegue el momento de realizar el socialismo, es decir, de nacionalizar las empresas privadas, impulsaremos la educación y la formación. impulsaremos la educación y la reforma de la burguesía». Pero había más. Todo

el movimiento de colectivización se presentó como una «transformación socialista» de la agricultura china. Volveremos sobre esto en un artículo posterior. De hecho, ¿cómo se presentó el famoso «programa de transición»?

El 30 de julio de 1955, la Asamblea Popular China adoptó una resolución sobre el «Primer Plan Quinquenal para el Desarrollo de la Economía Nacional» (lanzado el 1 de enero de 1953), que recuerda el preámbulo de la Constitución en estos términos:

El período que va desde la fundación de la República Popular China hasta el advenimiento de la sociedad socialista es un período de transición. La tarea fundamental del Estado en el período de transición es lograr gradualmente la industrialización socialista [?] de la agricultura, la artesanía [!] y la industria y el comercio capitalistas [?!].

Puesto que aún no hemos logrado una «sociedad socialista», ¿cómo puede ser «socialista» la industrialización? Parece que serán necesarios tres planes quinquenales para el «advenimiento del socialismo», que para Mao, como para Stalin, es un asunto puramente «nacional» y «popular».

Habiendo tomado de la Constitución el término equívoco y contradictorio de «industrialización socialista», la resolución de 1955 parece volver a la fórmula no contradictoria, pero no por ello equívoca, de Stalin durante el famoso periodo de transición: no es el «socialismo» lo que se construirá, sino simplemente sus «cimientos», es decir, el capitalismo más desarrollado y concentrado posible. Mao dice: «llevar la industria y el comercio capitalistas a diversas formas de capitalismo de Estado, a fin de sentar las bases para la

transformación socialista de la industria y el comercio privados». Y esta fórmula es correcta. El capitalismo de Estado no tiene nada que ver con el socialismo. Pero el mismo texto nos da otra fórmula muy significativa: el propósito del período de transición sería «sentar las bases preliminares para la industrialización socialista de China». ¿Se trata de sentar las bases (capitalistas) del socialismo o simplemente de sentar las bases de la industrialización capitalista, es decir, de una economía burguesa que aún no ha alcanzado el estadio de capitalismo desarrollado, que está emergiendo lentamente de las formas precapitalistas de la economía campesina? Esta es la cuestión. Los «comunistas» chinos han predicado a menudo no «llevar la industria y el comercio capitalistas a diversas formas de capitalismo de Estado», sino fomentar la iniciativa privada, los mercados de pequeños países, etc. Recordemos las palabras de Lenin: el imperialismo genera constantemente el paso del pequeño capital al gran capital, del débil intercambio de mercancías a un intercambio desarrollado. El «socialismo» chino ha llegado a este punto. Para él, el capitalismo de Estado sigue siendo un ideal muy lejano, lo que le permite denunciar las fórmulas utilizadas por los falsos «comunistas» occidentales. Pero, en el fondo, Pekín también concibe el «socialismo» como una forma de propiedad colectiva o estatal que en nada se diferencia de las formas rusas, italianas o francesas de «socialismo nacional».

Hemos limitado este estudio a la ideología del reformismo antiimperialista, contentándonos aquí y allá con algunas indicaciones históricas de la bancarrota de los sueños «ultraimperialistas» de un desarrollo concertado de la China burguesa. Conviene hacer aquí una última observación histórica. El fracaso del

Kuomintang entre las dos guerras se debió a que descuidó dos o tres factores que el partido de Mao supo aprovechar al máximo. Por miedo a la revolución agraria, el partido nacionalista se negó a armar a la única fuerza social capaz de luchar contra el imperialismo extranjero y asegurar la unificación del país. Por otra parte, todo el sistema de monopolios estatales y todas las inversiones norteamericanas en China fueron ineficaces para su desarrollo capitalista. Lo único que hicieron fue reforzar la dominación parasitaria que la burguesía compradora mantenía tanto sobre la industria de las regiones costeras como sobre el campesinado del interior. Contra estos «capitalistas burocráticos», que fueron, a finales del siglo pasado, los iniciadores del capitalismo de Estado, el reparto de la tierra (o incluso la simple liquidación de las explotaciones agrícolas), la defensa de la libre empresa, de la industria privada y del comercio deberían haber abierto el camino a un capitalismo «sano», «normal», «deseable», «progresista» y «nacional»: éste era el deseo de todo el «pueblo», y sobre todo del presidente Truman, que declaró, el 15 de diciembre de 1945, que los EEUU estaría dispuesto a «ayudar» a China si ésta lograba instituir «un gobierno ampliamente representativo» que diera «a todos los principales elementos políticos del país una representación justa y efectiva en el gobierno nacional chino»; una vez que China hubiera mostrado así su deseo de paz y unidad, Estados Unidos podría contribuir con préstamos y créditos al «desarrollo de una economía sana en toda China y mantener relaciones comerciales amistosas con ese país» (citado por Ph. Jaffé: «Le destin de la Chine», p. 292).

¿«Ultraimperialismo»? ¿«Antiimperialismo»? ¡Los proletarios de la Comuna de Cantón murieron por otra causa!

VI (nº35 de abril-junio de 1966)

Profundamente marcado desde 1924 por la degeneración de Moscú, el Partido «Comunista» chino se convirtió, tras las derrotas proletarias de 1927, en el paladín de una revolución burguesa en China. Su ambición era, como decía Mao Tse-tung, desempeñar el papel del «verdadero Kuomintang» y llevar a cabo el programa de Sun Yat-sen, tan mal iniciado por Chiang Kai-shek: independencia nacional, reforma agraria, industrialización. No queda más que comparar los méritos respectivos de estos dos partidos nacionales y examinar la forma en que se produjo esta revolución burguesa, abandonada a sus propias contradicciones, atrapada en los grilletes del imperialismo mundial, privada del apoyo activo y de la dirección clarividente de un proletariado internacionalista. Pero por una curiosa metamorfosis, la realización de estas tareas burguesas pronto tomó el nombre de «construcción del socialismo» y el partido que siempre había apoyado la plataforma más abiertamente burguesa de la Internacional de Moscú ahora se erige como el salvador de una ortodoxia leninista negada durante mucho tiempo.

Para la mayoría de los «comunistas» de agua de rosas que identifican el socialismo con el interés nacional, esta metamorfosis ni siquiera es un problema. Sólo lamentan, con gran hipocresía, que haya adoptado una forma «extremista». Y en la mente del filisteo ruso, el extremismo chino resucita el fantasma del «peligro amarillo» que se creía relegado al subconsciente de un Occidente podrido. Pero ¡hasta los fantasmas han degenerado! A principios de siglo, el «peligro amarillo» reflejaba el temor burgués a que la especulación imperialista occidental en el mercado chino se viniera abajo. Como ya había

demostrado Marx, en su huida hacia Asia, el capitalismo europeo temía el estallido de una revolución al pie de las murallas chinas que amenazara su poder político en la propia Europa. Desde que la propia China ha empezado a especular sobre su propio desarrollo, el «peligro amarillo» ya no es el miedo a la revolución, sino una vaga ansiedad ante la perspectiva aún lejana de la competencia china.

Mientras Moscú tenía su propia lógica, la confusión alcanzó su punto álgido en los restos del trotskismo. La «Vérité» (octubre-diciembre de 1964) presentaba el conflicto chino-soviético como la lucha de Pekín contra el estalinismo ruso y veía en la historia de la China de posguerra una “revolución ininterrumpida”, “un proceso que acabará por devolver al proletariado chino al primer plano” (p. 23). Dado que el PCCh fundó la República Popular en 1949 en contra de los deseos de Stalin, «ya no puede ser descrito como un partido estalinista» (p. 22). Es cierto que allí también se había formado una «capa burocrática», pero «las tareas democrático-burguesas en China sólo fueron resueltas por la revolución proletaria, por la destrucción del Estado burgués, por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción» (p. 34). En consecuencia, «las conquistas logradas por la revolución china deben ser defendidas, no sólo contra cualquier intento del imperialismo, sino también contra la política abiertamente contrarrevolucionaria de la burocracia rusa» (p. 49).

Esta «defensa de China» es una verdadera caricatura de la antigua «defensa de la URSS». Sus propias premisas son totalmente fantasiosas. ¿Quién puede decir que en China ha habido «revolución proletaria», «destrucción del Estado

burgués», «abolición de la propiedad privada de los medios de producción»? ¿Qué podemos esperar de la influencia de Pekín en los movimientos nacionales burgueses del Tercer Mundo? Por supuesto, la constitución de un poderoso Estado nacional le permite desempeñar un papel de aguafiestas en Asia. Pero al hacerlo, la diplomacia china no hace más que anticiparse a los resultados del desarrollo capitalista, que hará de China un verdadero polo de atracción económica. Por lo tanto, se parece cada vez más a la diplomacia burguesa, y su especulación sobre los movimientos antiimperialistas ya está tomando la forma de un regateo con el imperialismo.

Una vez estudiadas las tradiciones políticas del maoísmo, nos queda mostrar las características económicas y sociales de las reformas agrarias y del desarrollo industrial de China desde 1949.

Hacia la conquista del poder

En el corazón de la revolución de 1924-1927, la Internacional de Moscú hizo una apuesta por la burguesía china que en realidad enmascaraba su traición a los intereses de clase del proletariado. La apuesta consistía en que la burguesía anticolonialista sería más «radical» que la burguesía antizarista rusa y sería capaz de dirigir su propia revolución «hasta el final». Se suponía que el propio yugo del imperialismo la acercaría al proletariado, al que se invitaba a reconocer la hegemonía de su burguesía durante toda la «etapa» de la revolución democrática. El resultado de esta táctica, que daba la espalda a las lecciones de todas las revoluciones pasadas, fue entregar al Partido Comunista Chino a la represión de Chiang Kai-shek.

Cuando el PCCh tomó la bandera del Kuomintang, pretendió llevar a cabo su programa con toda la energía y el radicalismo con los que se creía armado. ¿Acaso la burguesía nacional se ha vuelto «más revolucionaria» desde que sus representantes tradicionales (los Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek) han sido sustituidos por un personal anónimo extraído de las masas populares: el partido de Mao Tse-tung? Veremos que no fue así. Los numerosos altibajos de la alianza PCCh-Kuomintang, las evasivas en la reforma agraria, los compromisos con el imperialismo ruso-americano, las ilusiones de la «coexistencia pacífica» bastan para desmentir las pretensiones maoístas de un radicalismo burgués consecuente.

La burguesía china ha demostrado ser tan feroz verdugo del proletariado como sus predecesores. Al igual que la burguesía alemana en tiempos de Bismarck, confió su destino a generales reaccionarios como Chiang Kai-shek antes que correr el riesgo de una revolución agraria. Al igual que la burguesía rusa bajo Miliukov y Kerensky, la burguesía china se arrojó en brazos del imperialismo mundial: japonés, estadounidense y luego ruso.

En cuanto la primera revolución burguesa derrocó a la dinastía manchú, Sun Yat-sen, que había sido nombrado Presidente de la República, renunció al poder en favor de Yuan Che-Kai, a quien consideraba más capaz de «unificar el país y garantizar la estabilidad de la República gracias a la confianza de que gozaba entre las potencias extranjeras». Sun Yat-sen admitió más tarde, en una carta a Chicherin: «Mi retirada fue un gran error político, cuyas consecuencias fueron comparables a sustituir a Lenin por Koltchak, Yudenitch o Wrangel».

Sin embargo, esta lección no fue suficiente para Stalin, que confiaba más en Chiang Kai-shek y Chiang Tso-lin que en los proletarios de Shanghái.

En las condiciones de la Primera Guerra Mundial, la burguesía china intentó de nuevo obtener la independencia a bajo precio. Sun Yat-sen animó a Wilson a intervenir en Europa con la esperanza de recuperar las posesiones alemanas en China. Esta esperanza se vio pronto frustrada por el Tratado de Versalles, que consagró un reparto imperialista al transferir las propiedades alemanas a Japón. Tras el fracaso de la política de apoyarse en una potencia imperialista para liberarse de las garras de las demás, la burguesía «nacional» se aferró a las ilusiones creadas por la Conferencia de Washington sobre la política de «puertas abiertas». ¿Acaso el plan de Sun Yat-sen de abrir el inmenso país de China al comercio y al capital de todas las naciones no iba a ver el comienzo de una realización pacífica? Pero esta perspectiva sólo sirvió para multiplicar las rivalidades imperialistas, la división del país en esferas de influencia y el reclutamiento de mercenarios locales a sueldo del capital extranjero.

En medio de la anarquía interna y el desmembramiento territorial, se abrió un nuevo período para el antiimperialismo chino: el de la alianza con la URSS, que había denunciado los «tratados desiguales» firmados con el zarismo, pero que se deslizaba cada vez más por la pendiente de la contrarrevolución. Mediante su acuerdo con Moscú, Sun Yat-sen no sólo estaba reclutando los servicios del amenazador proletariado chino y de los instructores militares rusos que con tanto éxito entrenaron a las bandas de Chiang Kai-shek. También quería proteger a China de las apetencias imperialistas, de las grandes crisis políticas y de las catástrofes sociales cuyo desenlace revolucionario resultaría

fatal para la burguesía china. Sin embargo, ni la derrota del proletariado chino, ni el apoyo de Moscú, ni las sucesivas alianzas con el partido de Mao Tse-tung pudieron salvar a la burguesía china. Fue su función social la que determinó su destino histórico. Incapaz de armar al campesinado, porque vivía de su explotación usuraria, fue incapaz de lograr la unificación del país bajo su égida. Incapaz de oponerse al imperialismo, cuyo capital se limitó a colocar en China, no pudo ser el instrumento político de la poderosa acumulación capitalista. Y así, la Segunda Guerra Mundial hizo lo que Moscú siempre había temido, y lo que Mao Tse-tung nunca había preconizado: barrió del continente a los representantes clásicos de la burguesía china, junto con un buen número de mandarines.

Como, desde 1927, el partido de Mao Tse-tung había comprendido la necesidad de despertar al campesinado chino para lograr la unidad nacional, se había convertido ya en el «verdadero Kuomintang», el único abanderado de una revolución burguesa. Esto no le impidió expresar las mismas preocupaciones que el Kuomintang sobre los «excesos» del campesinado. El lector puede remitirse a las oscilaciones de la política agraria del PCCh hasta 1947 (*Programme communiste*, nº 28). Del mismo modo, veremos que las reformas agrarias emprendidas tras la conquista del poder estuvieron lejos de constituir una «revolución agraria» en el sentido radical y burgués en que se pretendía.

Durante años, el PCCh vivió en la esperanza de la «unidad» con Chiang Kai-shek, apelando a su «patriotismo» frente a la invasión japonesa. Estas ilusiones, a la altura de las de Sun Yat-sen en 1911, retrasaron una década el

advenimiento de la República Popular y muestran hasta qué punto el PCCh era capaz de negarse a sí mismo en función de las oportunidades. El 22 de septiembre de 1937, ofreciendo a Chiang Kai-shek una nueva alianza de tipo «frente popular», el PCCh publicó el siguiente comunicado:

Para privar al enemigo (japonés) de todo pretexto de agresión y aclarar cualquier malentendido, el C.E.C. del PCCh declara solemnemente lo siguiente:

1° Los tres principios del pueblo enunciados por el Dr. Sun Yat-sen representan la base suprema de la China de hoy. Nuestro Partido está dispuesto a hacer todo lo posible para fortalecerlos.

2° Nuestro Partido abandona la política encaminada al derrocamiento del Kuomintang, así como el movimiento de soviétización, y suspende la confiscación de tierras.

3° Nuestro partido suprime el actual gobierno soviético y se compromete, para unificar el aparato gubernamental del Estado, a fortalecer la democracia basada en los derechos del pueblo.

4° Nuestro partido disuelve el Ejército Rojo, lo reorganiza en Ejército Nacional Revolucionario, lo pone bajo el control directo de la Comisión de Asuntos Militares del Gobierno Nacional y espera órdenes de movilización para poder compartir la responsabilidad de la resistencia a la invasión extranjera...

Esta nueva alianza con el «reaccionario» Chiang Kai-shek no fue la última. El 28 de agosto de 1945, Mao Tse-tung y Chiang Kai-shek volvieron a sentarse a la

misma mesa, esta vez bajo la presidencia del general Marshall, para concluir un acuerdo de doce puntos sobre el futuro gobierno de China:

En cuanto a la política fundamental de reconstrucción nacional, se acordó mantener una estrecha colaboración bajo la dirección del presidente Chiang Kai-shek y se tomaron medidas para evitar los conflictos internos, de modo que pudiera construirse una China nueva, independiente, libre y próspera y que los tres principios del pueblo pudieran hacerse realidad. Las dos partes acordaron también que la democratización política y la nacionalización de las tropas, propugnadas por el presidente Chiang Kai-shek, eran absolutamente esenciales para lograr la reconstrucción nacional en paz...

En enero de 1946, el PCCh y el Kuomintang volvieron a celebrar una «Conferencia Consultiva Política». Pero nada pudo salvar al decrepito régimen de Chiang Kai-shek, ni el general Marshall ni el mariscal Stalin, que «aconsejaron» al PCCh que se atuviera a la guerra de guerrillas en el campo y no a conquistar las ciudades. Es cierto que estos últimos intentos de arreglar las cosas fueron impuestos al Partido chino por el imperialismo ruso-estadounidense: los acuerdos de Yalta (11 de febrero de 1945), el tratado de «amistad y alianza» sino-soviético (14 de agosto de 1945) en el que la URSS reconocía al gobierno de Chiang Kai-shek como único gobierno nacional de China. Sin embargo, las vacilaciones de Mao Tse-tung y la propia política del PCCh, formulada en el informe «Sobre el gobierno de coalición» al VII Congreso en abril de 1945, proporcionaron un terreno fértil a las maniobras imperialistas del dúo Marshall-Stalin.

En Yalta, Stalin había creído haber resuelto el destino de China⁴. Pero no bastó con que Roosevelt y Churchill reconocieran los «derechos» imperialistas que el zar había perdido en 1904. Tampoco bastó para persuadir al PCCh de que renovara los lazos con Chiang Kai-shek. El régimen del Kuomintang se había descompuesto hasta tal punto que el único «gobierno de coalición» posible era el del PCCh. Sólo el PCCh era capaz de unir el movimiento campesino y la agitación proletaria en las ciudades de forma ordenada y respetuosa con la propiedad. El imperialismo mundial no tardó en darse cuenta de ello. La URSS y Gran Bretaña reconocieron inmediatamente la República Popular; Francia habría hecho lo mismo de no ser por los temores sobre Indochina. Incluso en Estados Unidos, a pesar de los compromisos contraídos con Chiang Kai-shek y de la guerra de Corea, existía un fuerte movimiento a favor de «hacer negocios» con China.

⁴ Recordemos los términos del acuerdo de Yalta:

Dos o tres meses después de que Alemania se rinda y terminen las hostilidades en Europa, la URSS entrará en guerra contra Japón, del lado de los aliados, siempre que:

1° Que se mantenga el *status quo* en Mongolia Exterior;

2° Que se restablezcan los derechos anteriores de Rusia, violados por el traicionero ataque japonés de 1904, es decir:

a) que la parte sur de Sakhalin y las islas adyacentes regresen a la URSS;

b) que se internacionalice el puerto comercial de Dairen, los intereses predominantes de la URSS en este puerto se salvaguarden, y que el arrendamiento de Port Arthur como base naval de la URSS reanuda el efecto;

c) que el Ferrocarril del Este de China y el Ferrocarril del Sur de Manchuria, que sirve de salida a Dairen, sean explotados mediante la creación de una compañía chino-soviética, en el entendido de que se salvaguardarán los intereses predominantes de la Unión Soviética y que China conservará soberanía total sobre Manchuria.

3° Que las Kuriles serán entregadas a la URSS.

Cuando en 1960, para reconectarse con Tokio, Mao Tse-tung declaró que las Islas Kuriles debían regresar a Japón, no había necesidad de gritar "nacionalismo" o "racismo amarillo", como hizo Jruschov. El conflicto chino-soviético descendió de las nebulosas alturas de la "ideología" al terreno de las relaciones interestatales y los amargos recuerdos de Yalta.

El periodo de «reconstrucción»: 1948-1952

Una semana antes de la rendición japonesa, la URSS invadió Manchuria y estableció un «gobierno popular» presidido por Kao Kang. Esto, y el empeoramiento de la situación económica en todo el país, hicieron inevitable la ofensiva de Mao Tse-tung.

En Manchuria, las tropas soviéticas saquearon el enorme potencial económico creado por los japoneses. La producción de carbón cayó de 21,5 millones de toneladas en 1943 a menos de 5 millones en 1945. El 80% de las locomotoras de China del Norte fueron destruidas o transportadas a la Unión Soviética. Li Li-san dijo en nombre del PCCh: «No creo que esta retirada de maquinaria sea un gran problema en absoluto. Por supuesto, la Unión Soviética se lleva algunas máquinas, pero no una gran cantidad en relación con sus pérdidas de guerra». Sin embargo, esto fue suficiente para comprometer seriamente cualquier trabajo de «reconstrucción» de China, ya fuera llevado a cabo por el Kuomintang o por el PCCh. Al mismo tiempo, en el sur de China, muchas empresas se vieron obligadas a cerrar como consecuencia de la retirada de los pedidos militares. Así, el partido de Mao Tse-tung aparecía cada vez más como el único capaz de salvar Manchuria de las garras de Stalin y obtener de los trabajadores chinos los sacrificios necesarios para la «reconstrucción». Fue, pues, la desesperada situación en que se encontraba China entre 1945 y 1949 la que llevó al PCCh a asumir todas sus responsabilidades, a pasar de la guerra de guerrillas en el campo a la conquista de las ciudades y a romper definitivamente con cualquier esperanza de un «gobierno de coalición» presidido por Chiang Kai-shek.

En marzo de 1949, un pleno del CEC del PCCh se reunió para examinar no sólo la situación militar sino también las tareas políticas del partido en vísperas de la victoria. Tras señalar que «desde el fracaso de la gran revolución china de 1927, el centro de gravedad de la lucha revolucionaria había sido el sector rural» y que se abría un nuevo período durante el cual «el centro de gravedad del trabajo del partido debe situarse en las ciudades», la resolución indicaba los medios para tomar en sus manos a la formidable masa del proletariado urbano:

El Pleno opina que el punto clave de la administración y la reconstrucción de las ciudades es el restablecimiento y el desarrollo de la producción industrial: 1° la producción de las empresas públicas; 2° la producción de las empresas privadas; 3° la producción de los artesanos. Las demás tareas urbanas, como el trabajo de organización del partido, el trabajo de construcción del gobierno, el trabajo sindical, el trabajo de las diversas organizaciones populares, etc., deben servir a este trabajo central de restauración y desarrollo de la producción industrial.

Era la primera vez, desde las derrotas de Shanghái y Cantón, que el PCCh reconocía la primacía del proletariado urbano en la lucha revolucionaria. Pero no fue para mostrarles el camino hacia su dictadura, ni para vengar la Comuna de Cantón. El PCCh simplemente le pidió que se pusiera a producir para reconstruir una China «próspera» y cimentar el «bloque de cuatro clases». Del mismo modo, Mao Tse-tung hizo un llamamiento a todos los camaradas del partido «a mantener la humildad, la prudencia, la modestia, la calma y el trabajo duro en la lucha, para hacer mayores esfuerzos en la construcción de una

nueva zona después de derrotar a las fuerzas contrarrevolucionarias». No vamos a repetir aquí los textos ya citados que definen el régimen de la «nueva democracia»⁵, simplemente queremos mostrar que este régimen se estableció a expensas del proletariado y de sus intereses de clase.

Al mismo tiempo que se rompía la «unidad» política entre el PC y el Kuomintang, Mao Tse-tung, en el Congreso de Kharbin (agosto de 1949), logró la reunificación sindical indispensable para salvaguardar la esencia de la colaboración de clases entre el Capital y el Trabajo. Esto condujo a la fusión de la «Confederación de Sindicatos de las Regiones Liberadas», patrocinada por el PC, y la «Asociación Obrera China», dirigida por elementos disidentes del Kuomintang. Tras reconstituir la «Federación Panchina de Sindicatos», el Congreso de Kharbin recomendó, en las regiones bajo dominación del Kuomintang, «distinguir entre los “*trusts* capitalistas” y los “capitalistas nacionales”». Por último, en las regiones liberadas, el Congreso declaró:

La contradicción entre los obreros y los patronos sigue existiendo en las empresas privadas, pero, al ocupar los puestos de dirección como amos, desde el punto de vista político, los obreros están garantizados contra la opresión y la explotación excesiva. Además, la existencia y el desarrollo de la empresa privada productiva también benefician a la clase obrera. Debido a estas nuevas condiciones, el movimiento

⁵ Se trata esencialmente del artículo «[Sobre la nueva democracia](#)» de enero de 1940 («Œuvres », T. 3), del discurso «Sobre el gobierno de coalición» (ibid., T. 4) y el «Programa común» aprobado en septiembre de 1949 por la Conferencia Consultiva del Pueblo Chino, en el que se afirma simplemente (artículo 29) que «el Estado coordinará y dirigirá la economía pública, la economía cooperativa, la economía individual de campesinos y artesanos, la economía capitalista privada y la economía capitalista pública...».

sindical, en las zonas liberadas, tendrá que guiarse por una política y unos principios completamente nuevos... Como miembros de la clase política dominante, los obreros deben asumir la responsabilidad de desarrollar la industria y de realizar y superar sus tareas de producción. En la industria privada, los obreros también tienen la tarea de llevar a cabo el programa de producción elaborado por los empresarios, de cumplir los acuerdos alcanzados entre ellos y los empresarios, y de llevar a cabo la política gubernamental, cuyo objetivo es proteger la industria y el comercio privados.

Ante la difícil situación económica (inflación, desorganización del mercado, cierres de fábricas), el gobierno adoptó una serie de medidas destinadas a restablecer la confianza de los «capitalistas nacionales» y a acallar las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores. Se crearon empresas comerciales estatales para abastecer a las fábricas de materias primas y combatir la inflación en las ciudades. Pero, al mismo tiempo, el gobierno les pidió que subieran los precios de venta al público para no arruinar a las pequeñas empresas. Según un informe de Pan Han-nien, teniente de alcalde de Shanghái, ya en 1950.

Las empresas comerciales del Estado redujeron el número de oficinas de venta al por menor, limitaron las categorías de productos destinados a la venta al por menor y aumentaron la diferencia entre los precios al por mayor y al por menor (esta diferencia pasó del 2% al 5% en el caso del arroz, del 2,5% al 6,5% en el del aceite de cacahuete, del 2% al 6% en el de la sal y del 12% al 15% en el del azúcar), para que los minoristas pudieran obtener suficientes beneficios. “Esto

demuestra”, añadió el adjunto de Tchen Yi, “que, al tiempo que combaten la especulación y el acaparamiento, las empresas estatales desean garantizar a las empresas privadas unos beneficios suficientes, para que puedan trabajar en paz y honradez” (III Congreso Popular de Shanghái).

Del mismo informe podemos extraer algunas indicaciones preciosas sobre la «política obrera» del nuevo gobierno. En Shanghái, una Oficina de Trabajo consiguió imponer a los trabajadores recortes salariales, despidos sin indemnización y trabajo a tiempo parcial cuando una empresa podía demostrar la necesidad de estas medidas:

Desde la liberación de Shanghai hasta finales de mayo de 1950, se remitieron a la Oficina de Trabajo 9.027 casos de conflictos entre el trabajo y el capital. 4.436 de estos casos se registraron durante los siete últimos meses de 1949, y el resto durante los cinco primeros meses de este año. El problema era bastante grave. Pero tras la publicación de las decisiones de la Conferencia de Directores de Oficinas de Trabajo, convocada por el Gobierno Popular Central, las relaciones entre el trabajo y el capital mejoraron sensiblemente.

He aquí cómo:

Los trabajadores redujeron las cargas patronales mediante la adopción de los siguientes métodos: reducción de sus salarios y alimentos, aplicación de un plan de austeridad, despido temporal o parcial del personal, aplicación de un sistema de trabajo por turnos. Al mismo tiempo, se esforzaban por aumentar la producción y reducir el precio

de coste, ampliando la jornada laboral, intensificando la actividad y ahorrando materias primas (Ibid.).

Este cuadro de la forma en que Mao Tse-tung y su partido enfocaron el «trabajo en las ciudades» estaría incompleto si no añadiéramos unas palabras sobre el engaño del «control obrero». En el informe presentado al I Congreso del PCCh Regional del Nordeste sobre la Reconstrucción Económica (13 de marzo de 1950), Kao Kang abordó esta cuestión «debido a las diferencias de opinión existentes entre nuestro Comité del Partido y los sindicatos sobre el tema del control de las empresas». Este texto desarrollaba dos puntos polémicos: la «democratización de la gestión» y la «auditoría de cuentas» en la empresa. La «democratización», dijo Kao Kang, no debe poner en entredicho el principio de responsabilidad de los directivos de la empresa:

Algunos de nuestros camaradas creen que, en una empresa, el secretario del Comité o de una rama del Partido Comunista puede asumir las responsabilidades atribuidas al jefe de taller. Tal idea es falsa. De hecho, el Comité o una rama del Partido no es un órgano administrativo de una fábrica, sino una oficina encargada de guiar a los trabajadores progresistas de la empresa a la que está asignado...⁶ La responsabilidad que asume un capataz de taller le es asignada por una administración superior. Cada fábrica debe tener un capataz

⁶ En el mismo texto, Kao Kang admite francamente que «la misión de los comités de fábrica es agrupar a la masa de obreros, especialistas y empleados, consultarlos sobre los problemas importantes que atañen a las fábricas, aumentar la conciencia política y el celo por el trabajo de todos y, por último, luchar contra el sabotaje y cualquier movimiento huelguístico».

responsable, sistema necesario para la unificación del programa económico del Estado.

Esta «responsabilidad» que el Estado «popular» reconoce a los capitalistas, y que pide a los trabajadores que respeten, encuentra su explicación en los fundamentos mismos de la economía burguesa. No en vano Kao Kang, lejano precursor de Jruschov y Kosygin, hacía hincapié en el sistema de rendimiento y beneficio. A continuación, escribía lo siguiente:

Como todo el mundo sabe, durante muchos años el régimen fue el de Koung Kie Tche (comida, vivienda y ropa proporcionadas por el Estado, salarios muy bajos)... Ahora la situación ha cambiado considerablemente. Si en el funcionamiento de nuestra economía nacional, y en particular de nuestras empresas modernas, no calculamos nuestros ingresos y gastos y si no adoptamos un sistema de escala salarial acorde con el rendimiento de cada individuo -en otras palabras, si no aplicamos un estricto sistema de contabilidad y si no calculamos nuestros costes de producción-, no podremos conocer el presente de nuestras empresas, ni prever su futuro.

En su momento, más de un «teórico» comparó esta transición de Koung Kie Tche a un «sistema de auditoría» con el punto de inflexión ruso de 1921: del «comunismo de guerra» a la NEP. Pero el engaño es tan grande como cuando nuestros Liberman y otros economistas moscovitas equiparan sus tonterías sobre la «construcción del socialismo» mediante el sistema de la libre empresa y el mecanismo de beneficios con la política de la NEP. Lenin no fue el precursor ni de Kao Kang ni de Kosygin. Si el compromiso de LA NEP reflejaba en

términos marxistas la debilidad del capitalismo ruso en 1921, la victoria de la libre empresa simplemente expresa el poder de las relaciones burguesas en la Rusia de 1966. En cuanto a China, la desgracia de Kao Kang, chivo expiatorio de una falsa NEP, no bastaría para que unos años más tarde se alabara la «transición al socialismo». La vuelta, en la época de las comunas populares, al sistema Koug Kie Tche -nombre chino del antiguo *truck system*- demostró claramente que China no había ido más allá del capitalismo y de la libre empresa, sino que seguía por debajo de ellos.

Sea como fuere, lo esencial en la NEP de Lenin es la cuestión del poder político. Lo esencial en todas las medidas de «control obrero» tomadas por los demócratas pequeñoburgueses y los falsos socialistas consiste en eludir esta cuestión del poder y desviar al proletariado de la lucha inmediata por la instauración de la dictadura. En una situación económica comparable a la de Rusia en 1917, el PCCh desempeñó, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, el mismo papel que los mencheviques y los populistas con respecto al «control obrero». Este papel fue desenmascarado por Lenin entre febrero y octubre, en particular en [«La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla»](#). En un artículo de junio de 1917, dedicado a la conferencia de comités de fábrica, Lenin subrayó esta diferencia de actitud ante la cuestión del «control obrero»:

La idea fundamental de esta resolución (la resolución de los comités de fábrica inspirada por los bolcheviques), es oponer a las frases de los funcionarios burgueses y pequeñoburgueses sobre el control obrero, las condiciones de un control real ejercido sobre los capitalistas y

sobre la producción. Los burgueses mienten cuando hacen pasar por «control obrero» medidas de planificación estatal que triplican, cuando no decuplican, los beneficios asegurados a los capitalistas. Los pequeñoburgueses, medio ingenuos, medio interesados, depositan su confianza en los capitalistas y en el Estado capitalista, contentándose con los más fútiles proyectos burocráticos de control. La resolución tomada por los trabajadores pone en primer plano lo esencial:

- 1) cómo «no preservar» los beneficios de los capitalistas;
- 2) rasgar el velo del secreto comercial;
- 3) dar a los trabajadores la mayoría en los órganos de control;
- 4) para que la organización del control y de la dirección, siendo «a escala de todo el Estado», sea dirigida por los Soviets y no por los capitalistas». ([«La lucha del proletariado contra la desorganización»](#), *Pravda*, 17 de junio de 1917).

En el mismo artículo, Lenin rechazó la interpretación «sindicalista» del control bolchevique y desarrolló su significado político:

No hay ni rastro, con nosotros, del humorístico paso de los ferrocarriles a manos de los ferroviarios, de las fábricas de cuero a manos de los obreros del cuero; pero hay un control obrero que se transforma en una regulación completa por parte de los obreros de la producción y la distribución, en una 'organización estatal' del intercambio de trigo por productos industriales (con 'una amplia

participación de las cooperativas urbanas y rurales'); hay la exigencia del 'paso de todo el poder estatal a manos de los soviets'⁷.

Al confinar al proletariado chino a un democratismo gerencial respetuoso de la autoridad del jefe de empresa confirmada por una «administración gubernamental superior» que ayudaba abiertamente a los capitalistas y les aseguraba «beneficios decentes», el partido de Mao Tse-tung convirtió la mentira de la «autogestión» en un instrumento de «control» del proletariado por el Capital. Mucho antes que Tito y Ben Bella, pero en la línea tradicional de los «talleres nacionales» de 1818 y de la política menchevista de 1917. En China, por ejemplo, la guerrilla campesina se combinó con el movimiento social en las ciudades. La experiencia histórica del Kuomintang ya había demostrado que sin un levantamiento masivo del campesinado todos los esfuerzos por unificar China serían vanos. La lucha armada en el campo entre 1927 y 1947 demostró a su vez que las únicas posibilidades de la revolución residían en la «conquista de las ciudades», en la dirección política que Shanghai y Cantón dieran al movimiento en su conjunto. El destino de la revolución china debía

⁷ Lenin escribió lo siguiente a los Struves rusos y a los Mao chinos que rechazaban el control obrero en nombre de la imposibilidad de alcanzar el «socialismo» en un país atrasado:

Este razonamiento es estúpido hasta el ridículo, pues la imposibilidad objetiva del socialismo está ligada a la pequeña explotación, que no pretendemos expropiar, ni siquiera regular, ni siquiera controlar. La «regulación estatal» de la que hablan los mencheviques, los populistas y todos los funcionarios para deshacerse de ella, que construyen para preservar los beneficios de los capitalistas, de la que alardean para dejar intacto el secreto comercial, es precisamente de eso de lo que nos esforzamos por hacer algo que no sea un engaño. De eso se trata, simpáticos cuasi-marxistas, ¡de no «introducir» el socialismo! Regulación y control no de la clase capitalista sobre los trabajadores, sino viceversa. No la confianza en 'el Estado' digna de los Lois Blanc, sino la exigencia de un Estado dirigido por proletarios y semiproletarios: ésta debe ser la lucha contra la desorganización económica.

decidirse en estos bastiones proletarios, que el Kuomintang ya no podía mantener. Pero ni una sola medida, ni una sola frase de los fundadores de la «nueva democracia» pretendía allanar el camino a una dictadura proletaria.

La reforma agraria: 1947-1952

Acabamos de ver cómo la crisis económica y social de la posguerra, y la amenaza de una nueva división imperialista, convirtieron al PCCh en el campeón declarado de la China burguesa. Cuando Mao Tse-tung decidió tomar el poder, no fue para dar a los conflictos de clase su expresión más revolucionaria, particularmente en las ciudades, ni para asestar un golpe serio al imperialismo ruso-americano, como pretende hoy. Se trataba únicamente de limitar los efectos de la crisis obteniendo acuerdos internacionales aceptables (como el acuerdo Mao-Stalin que puso fin al dominio ruso sobre Manchuria), y tratando de fundar un Estado nacional, no sobre la base tradicional de las finanzas extranjeras, sino sobre el trabajo y el ahorro del campesino chino. El artículo 1 de la Ley Agraria de 28 de junio de 1950 no deja lugar a dudas:

El sistema de propiedad de la tierra por el campesinado se introducirá con el objetivo de liberar las fuerzas productivas del campo, aumentar la producción agrícola y allanar el camino para la industrialización de la nueva China.

Se trataba de un programa burgués, aplicado con métodos burgueses, y ninguna «etapa» posterior lo ha acercado a ningún tipo de «socialismo». Sus propias características desmienten la leyenda de que fue la revolución agraria más «radical» de todos los tiempos. Por poderoso que fuera el movimiento

campesino en el campo, veremos qué influencia decisiva ejercieron sobre él las ciudades: privada de una sólida dirección proletaria, la inmensa revolución agraria se resolvió en exiguas reformas.

Se recordará que, desde el comienzo de la guerra chino-japonesa, el PC había pasado de la política de confiscación de tierras a la de reducción de los alquileres, que era de hecho la del Kuomintang. Al final de la guerra, el PCCh volvió a la confiscación de tierras. La presión de las masas le obligó a ello. Esta política se aplicó por primera vez en la «Región Fronteriza» a partir de mayo de 1946. Luego se extendió rápidamente de norte a sur. El 10 de octubre de 1947, en su conferencia de Yenán, el partido publicó una ley agraria de 16 artículos que repetía más o menos los términos de la ley de 1931. Mao Tse-tung se contentó con depurar los viejos textos de todo lo que había calificado de extremista en el periodo anterior. En particular, se criticó el principio de la distribución equitativa. En el verano de 1948, en un informe a los dirigentes de Shansi Mao Tse-tung dijo lo siguiente:

Los que predicán la igualación absoluta e inmediata cometen un error.

Esta concepción, hoy generalizada en el campo, compromete la industria y el comercio; es reaccionaria y retrógrada...

La distribución de la tierra debe tener en cuenta los medios de producción en manos de cada uno. Así, se favorecía al campesino medio capaz de producir para el mercado frente al campesino pobre.

Liu Shao-chi, al presentar la Ley de Reforma Agraria de junio de 1950, afirmó sin rodeos:

El problema de la pobreza campesina sólo se resolverá en última instancia si se mejora enormemente la producción, si se completa la industrialización de la nueva China, si se eleva el nivel de vida en toda China y si China emprende finalmente el camino del desarrollo socialista. La aplicación de la reforma agraria por sí sola sólo puede resolver una parte del problema de la pobreza campesina. La reforma agraria debe dirigirse ante todo a aumentar la producción.

¡Nuestros «comunistas» están soltando aquí sólidas «verdades» burguesas! Pero siempre a la manera de los reformistas que apelan a los «imperativos económicos» para desviar a las masas de la lucha social. En el campo como en la ciudad, todo se coloca bajo el ángulo de la producción o, mejor aún, de la «reconstrucción». El objetivo de la «ley agraria» no era liberar la energía revolucionaria de los campesinos pobres, ni facilitar su educación política acercándolos al proletariado moderno. Basta con que comprendan que enriquecer a los kulaks es más rentable para el Estado.

Había diferencias entre el programa del 10 de octubre de 1947 y la ley agraria del 28 de junio de 1950, todos ellos destinados a reprimir los «excesos» campesinos. El primero proclamaba la abolición de los derechos de los terratenientes (art. 2). En la segunda, sólo se mencionaba la confiscación de sus tierras «excedentarias» (art. 2). También se afirmaba que sus propiedades comerciales o industriales no se verían afectadas (art. 4). Por último, también debían recibir una parcela de tierra igual a la de los demás campesinos (art. 10). El programa de 1947, aunque distinguía entre campesinos ricos y terratenientes, no excluía la confiscación de los excedentes de tierras de los campesinos ricos. La

ley de 1950 lo prohibió. Los tres textos de mayo de 1946, octubre de 1947 y junio de 1950 fueron los hitos de la lucha del PCCh para frenar el movimiento agrario. En junio de 1930, el propio Liu Shao-chi resumió esta «lucha»:

Entre julio de 1946 y octubre de 1947, las masas campesinas y nuestros cuadros rurales de muchas regiones del Norte, Noreste y Shantung fueron incapaces, al llevar a cabo la reforma agraria, de seguir las directivas publicadas el 5 de mayo de 1946 por el CC del Partido Comunista Chino que prescribían, en lo esencial, que no se tocaran las tierras ni las propiedades de los campesinos ricos. Hicieron lo que quisieron y confiscaron las tierras y propiedades de los campesinos ricos, como si fueran terratenientes. Esto es comprensible, ya que era un período de lucha encarnizada entre el pueblo chino y los reaccionarios del Kuomintang. Fue entonces cuando se produjeron más desviaciones en la aplicación de la reforma agraria: los intereses de algunos campesinos medios se vieron frustrados, la industria y el comercio se desorganizaron en parte en las zonas rurales y en algunos lugares se produjeron escenas de palizas y asesinatos. Esto se debió principalmente a la tensa situación política y militar del momento y a la falta de experiencia en la reforma agraria de la mayoría de nuestros cuadros rurales. No habían sabido determinar claramente la situación de clase en el campo y habían cometido el error de clasificar al campesino medio con los campesinos ricos. Por eso, el 10 de octubre de 1947, el CC publicó el programa de la ley de reforma agraria, que trazaba una línea de demarcación... y en el invierno de

1947 un documento sobre la distinción de la situación de clase en el medio rural (Citado por R. Dumont, «Esprit», enero de 1956).

Éstas fueron las características de la «Gran División» china de posguerra: represión de los «excesos» de la revolución agraria, defensa del campesino medio en nombre de la reconstrucción económica. Al igual que en la década de 1930, la política agraria del PCCh contribuyó a aliviar la atmósfera explosiva del campo al dar a los campesinos sin tierra la ilusión de propiedad y bienestar. Como resultado, las estadísticas oficiales de China pueden presumir de una disminución del número de campesinos pobres y de un prodigioso aumento del número de campesinos medios. Por imprecisos que sean estos epígrafes, revelan claramente el espíritu de la reforma de 1947-1952.

Distribución de la tierra antes y después del reparto	
En 1947	En 1955
Campesinos pobres y jornaleros: 70%	Campesinos pobres: 20%
Campesinos medios: 20%	Antiguos campesinos medios: 20%
Campesinos ricos: 5-6%	Nuevos campesinos medios: 50%
Terratenientes: 4-5%	Antiguos campesinos ricos: 4,5%
	Nuevos campesinos ricos: 2%
	Terratenientes: 3,5%

Además de estos límites sociales de la reforma agraria, existían otras limitaciones. Limitaciones en el espacio, ya que la reforma se llevó a cabo

progresivamente desde el Noreste (1947-1949), extendiéndose en 1950 a Hopei y Chensi, en 1951 al Sur y finalmente al Oeste, donde ciertas regiones, como el Tíbet, ni siquiera se vieron afectadas. También hubo plazos, ya que el Estado tardó seis años, de 1947 a 1953, en organizar «metódicamente» las operaciones de confiscación y reparto «desde arriba». De este modo, «la redistribución de tierras más grandiosa de nuestra historia» adquirió rápidamente el aspecto de una medida administrativa y social.

¿Cuáles fueron los resultados económicos del reparto? Cerca de la mitad de la superficie cultivada (47 millones de hectáreas) se distribuyó entre 300 millones de campesinos, lo que representa algo más de 15 áreas por cabeza. R. Dumont señala que sólo se distribuyeron 3 millones de animales de tiro de los cerca de 50 millones que había en la China de posguerra. Al carecer de medios de producción, así como de tierras, los campesinos pobres no pudieron mejorar su suerte. Y Liu Shao-chi tuvo que hacer esta admisión en el 8º Congreso del PCCh:

Dado que en el campo hay poca tierra y mucha gente, que para el conjunto del país cada campesino posee por término medio sólo 3 mous ($\frac{1}{5}$ de hectárea) y que en muchos lugares del Sur sólo tiene un mous o incluso menos, los campesinos pobres y los estratos inferiores de los campesinos medios siguen constituyendo entre el 60 y el 70% de la población.

Fueron estas dificultades las que condujeron a la segunda oleada de medidas agrarias: la colectivización. Pero incluso cuando se trataba de desarrollar la producción, objetivo declarado de los dirigentes chinos, el reparto condujo a un

callejón sin salida. Es cierto que se habían alcanzado las cifras absolutas de antes de la guerra. Frente a una producción de cereales de unos 140 millones de toneladas antes de 1949, en 1949 había 103,1 millones de toneladas, en 1950 125,7 millones de toneladas, en 1951 135 millones de toneladas, en 1952 154,4 millones de toneladas y en 1953 156,9 millones de toneladas. Esto permitió al país «reconstruirse». Pero es poco probable que se hubiera podido superar la producción per cápita de antes de la guerra. Sobre todo, el proletariado urbano tuvo que soportar el peso de esta reforma. Como gran parte de la producción agrícola procedía de pequeñas explotaciones familiares, las ciudades seguían estando tan mal abastecidas como siempre. En vísperas del movimiento de colectivización, el *Diario del Pueblo* declaraba:

Como consecuencia de la reforma agraria, del reparto de las explotaciones y del consiguiente desarrollo de una economía de pequeños campesinos autosuficientes, la cantidad de productos alimenticios puestos en el mercado puede disminuir, lo que afectaría al abastecimiento de las ciudades (11/4/1953).

Todas estas contradicciones pasarían a primer plano al pasar del período de reconstrucción al primer plan quinquenal. Entonces quedaría claro no sólo que la partición no había resuelto en absoluto la cuestión social en el campo, sino incluso que era incapaz de estimular el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo chino.

La «colectivización»: 1953-1958

En su discurso «[Sobre el problema de la cooperativización agrícola](#)» del 31 de julio de 1955, Mao Tse-tung dijo:

Como todo el mundo ha observado en los últimos años, la tendencia espontánea al capitalismo en el campo crece día a día, y por todas partes aparecen nuevos campesinos ricos. Muchos campesinos pobres que carecen de medios de producción suficientes aún no han escapado a las garras de la pobreza; algunos tienen deudas; otros se ven obligados a vender o alquilar sus tierras. Si se deja que esta tendencia se desarrolle, la división del campo en dos polos extremos se agravará inevitablemente de día en día.

Evitar este agravamiento de la lucha de clases en el campo, tratando al mismo tiempo de aumentar la producción agrícola mediante una mayor concentración de los recursos humanos y materiales: éste era el objetivo de la colectivización china y lo que tenía en común con la colectivización rusa de los años treinta. Pero también tienen algo más en común: no fueron «planificadas» como dice la leyenda, sino que se impusieron a los planificadores con toda la fuerza del antagonismo económico.

Al principio, los proyectos de colectivización eran bastante moderados y el ritmo planificado muy lento. La resolución de octubre de 1953 del Comité Central del partido preveía que el número de cooperativas agrícolas pasaría de las 15.000 de entonces a 35.800 en otoño de 1954. El primer plan quinquenal fijaba el objetivo de 800.000 cooperativas para 1957, lo que representaba sólo el 20% de los hogares campesinos. Es más, mientras que se preveía que las

cooperativas se generalizarían en el norte de China y Manchuria, el progreso sería mucho más modesto al sur del Yangtsé. Estos objetivos fueron rápidamente «superados»: en marzo de 1954, ya había más de 90.000 cooperativas. En octubre de 1954, el Consejo se reunió y fijó un nuevo objetivo de 600.000 para la primavera de 1955, que también fue superado. Las autoridades se asustaron incluso por este éxito y un informe de Li Fou-tchoun a la Asamblea Popular Nacional en julio de 1955 revisó el objetivo del 50% de los hogares campesinos que debían colectivizarse a finales de 1957 al 33%. Pero en julio de 1955, en su informe «Sobre el problema de la cooperativización agrícola», Mao Tse-tung anunció una nueva aceleración del proceso de colectivización: en la primavera de 1958, la mitad de la población rural debería haberse incorporado a las cooperativas y la colectivización habría concluido en 1960. En su prefacio de enero de 1956 a «[El empuje del socialismo en la China rural](#)», Mao Tse-tung escribió:

En los próximos tres o cuatro años aproximadamente... se operará la transición fundamental de las cooperativas de la etapa semisocialista a la etapa plenamente socialista.

Las cosas fueron aún más rápido, con el anuncio a finales de 1956 de que el 96,1% de los hogares campesinos y el 90% de las tierras cultivadas se habían unido a cooperativas «semisocialistas», y que a partir de 1958 el movimiento comunal pretendía pasar a la «etapa socialista plena».

Al lado de esta historia oficial del avance triunfal de la colectivización, de la leyenda dorada de los boletines de victoria del gobierno, de la exaltación de la «línea de las masas», verdadero «Sturm und Drang» del socialismo chino, la

historia económica y social de la colectivización está aún por escribir. Los estudios más «eruditos» se contentan con señalar los asombrosos «saltos» -hacia delante o hacia atrás- de la ideología oficial y de la reforma agraria. La partición de 1950 fue sólo un paso para los dirigentes de Pekín, pero éstos previeron que ese paso llevaría mucho más tiempo. Ya en 1953, Mao Tse-tung declaró:

Tras la liberación, el entusiasmo de los campesinos por la producción en el marco de la economía individual era inevitable. El Partido comprende plenamente esta característica de los campesinos como pequeños propietarios y subraya que no debemos despreciar ni rechazar el entusiasmo de los campesinos por tal forma de producción...

A continuación, Mao añadió: «durante un período considerable... debe protegerse la propiedad privada de la tierra».

G. Etienne, que cita este pasaje en «La Voie Chinoise» (p. 83), se asombra del brusco giro dado por la colectivización:

En varias ocasiones y en diferentes zonas, los dirigentes utilizaron el mismo método: impulsos bruscos y repentinos precipitaron un ritmo de evolución relativamente lento. Uno se pregunta si las autoridades no fueron las primeras sorprendidas por la rapidez con que se extendieron las cooperativas. Este sistema, en el que las marejadas se alternan con los maremotos, es uno de los elementos más desconcertantes del análisis de China.

Las profundas convulsiones económicas y sociales que marcan el nacimiento del capitalismo chino, al igual que las que caracterizan la senilidad del capitalismo mundial, son las que «desconciertan» a los filisteos burgueses. Y la única explicación tranquilizadora que encuentran para estos fenómenos es la que dan los «grandes hombres» de la historia, los Stalin, los Mao o incluso los Hitler, ¡que afirman haber querido y preparado estos cataclismos! ¿Acaso Hitler no «quería» la guerra? ¿No «quiso» Stalin la famosa «dekulakización» de 1929-1932? ¿No «lanzó» Mao el movimiento cooperativo, luego las comunas populares, como se lanza un barco o una nueva marca de detergente? Pues bien, para entender algo de la colectivización en China, incluso más que en Rusia, hay que prescindir de la interpretación voluntarista de la historia y de la publicidad del «socialismo» con que se ha intentado hilarla. Mao Tse-tung no previó la marcha de la colectivización, como tampoco lo hizo Stalin.

Como hemos visto, el objetivo esencial de la reforma de 1950 era liberar las fuerzas productivas burguesas. Por diversas razones, este proceso iba a ser lento y contradictorio. La estrechez de las parcelas individuales y la mediocridad de los medios de producción constituían ya un serio obstáculo. Pero se contaba con el «entusiasmo» del campesino propietario, liberado de las enormes rentas en especie o en dinero que solía pagar al usurero del pueblo. La abolición del arrendamiento es sin duda el mayor beneficio que el campesinado chino ha obtenido de la reforma agraria. Sin embargo, este beneficio se perdió rápidamente, tanto para el campesino como para el Estado, en el océano del minifundismo. Desde el principio, la liberación de las fuerzas productivas burguesas en el campo se vio obstaculizada por la naturaleza pequeñoburguesa

de las relaciones de producción. Se ha calculado, por ejemplo, que el campesino chino podría obtener un beneficio en especie de 30 millones de toneladas de grano cada año como resultado de la abolición de la agricultura arrendataria. ¿Llevaría este excedente al mercado, creando así los vínculos del desarrollo burgués entre la ciudad y el campo? Esta perspectiva era la de un ritmo «normal» y lento del capitalismo agrario, que se habría encargado, por simple expropiación, de «colectivizar» la agricultura china. Ni Mao Tse-tung ni Stalin habrían atacado a los «kulak» si los graneros del Estado hubieran estado llenos.

Lo lamentable era que el campesino chino se había comido los 30 millones de toneladas de cereales y mucho más; que había permanecido replegado en una economía natural; que se había mostrado incapaz de satisfacer sus necesidades cultivando su exigua parcela de tierra; y que finalmente había encontrado el camino de vuelta a su antiguo explotador, el usurero de la aldea. Esto es lo que Mao tuvo que admitir sobre sí mismo en 1955. La prensa china se limitó entonces a denunciar tal o cual hecho particularmente repugnante: aquí se trataba de un kulak que prestaba a tipos anuales del 50 e incluso del 100%; allí había campesinos obligados a vender las tierras que habían recibido unos años antes. El *Diario del pueblo*, informando sobre la Tercera Sesión de la Asamblea Popular China (1956), señalaba que la colectivización casi había puesto fin a las ventas de tierras y daba las siguientes cifras: en 11 distritos de la provincia de Hopei, los campesinos pobres habían vendido 7.199 hectáreas en 1951, 5.714 hectáreas en 1952, 4.903 en 1953, 2.265 hectáreas en 1954 y 518 hectáreas en 1955. Para luchar contra la usura y ayudar a los campesinos que se habían unido a las cooperativas, el Estado organizó el crédito agrícola, que adquirió

proporciones enormes en pocos años: el importe anual de los préstamos del Estado pasó de 302 millones de yuanes en 1951 a 3.200 millones en 1956.

Este hecho es particularmente característico. En el momento de la partición, los dirigentes chinos no pretendían resolver la cuestión social en el campo. Sin embargo, sí creían que esta reforma aumentaría significativamente la producción agrícola y sentaría las bases de la industrialización.

Ahora -dijo Mao al final de la guerra civil- el gobierno puede ayudar a los campesinos pobres a resolver sus dificultades, concediéndoles anticipos para compensar las desventajas derivadas del hecho de que poseen menos tierras que los campesinos ricos. Debemos cambiar nuestra política hacia los campesinos ricos transformando la política de requisición de tierras en una política de preservación de la economía de los campesinos ricos, a fin de asegurar la pronta reanudación de la producción agrícola, facilitar el aislamiento de los terratenientes y proteger a los campesinos medios y a los pequeños agricultores (Discurso ante el Tercer Pleno del VII CC del PCCh).

Así, la política que se apoyaba en el campesinado medio, en la comercialización de sus excedentes, en una fiscalidad más fuerte (los campesinos ricos pagaban al Estado el 30% de su cosecha en concepto de impuestos), no sólo fracasó, sino que condujo a resultados diametralmente opuestos a los esperados: los excedentes agrícolas fueron absorbidos por los campesinos y el movimiento de capitales, en lugar de ir del campo a la ciudad, fue en sentido contrario en forma de préstamos concedidos por el Estado al crearse las cooperativas. ¿Al

menos cabía esperar que bajo la forma cooperativa estos esfuerzos no se perdieran?

Si el reparto y el reconocimiento de los derechos de propiedad marcan los albores del capitalismo, la cooperación y el trabajo asociado en la agricultura y la industria son los signos de un capitalismo maduro en el que el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones de producción burguesas. El doble engaño del estalinismo consiste en presentar la colectivización como una receta infalible para acelerar la cooperación en la agricultura y como la forma acabada del «socialismo» en el campo. Para nosotros, marxistas, la colectivización en Rusia o en China no acercó las fuerzas productivas del campo un paso más al trabajo combinado del gran capitalismo. Como tal, no tiene nada que ver con el «socialismo».

En la época del «gobierno de coalición», Mao Tse-tung no preveía más transformaciones de las relaciones agrarias que las que resultarían del desarrollo de las fuerzas productivas burguesas:

Tan pronto como se hayan llevado a cabo ciertas transformaciones del sistema agrario, aunque sólo sean transformaciones menores, como la reducción de las rentas y del tipo de interés (y a esto se reduce el reparto de 1950), aumentará el interés de los campesinos por aumentar la producción. Si entonces ayudamos a los campesinos a organizarse, poco a poco, por su propia voluntad, en cooperativas de producción u otras formas, esto conducirá a un aumento de las fuerzas de producción. Por el momento, estas cooperativas de producción agrícola sólo pueden adoptar la forma de organizaciones

de trabajo colectivo y de ayuda mutua basadas en explotaciones campesinas individuales... («Œuvres », T. IV, p. 351)

Entonces, ¿cómo debía lograrse la cooperación? Cuando el «interés» de los campesinos lo impusiera, «progresivamente», tras un aumento de la producción. En todo esto, el Estado no ordenó, planificó ni construyó ningún tipo de «socialismo» agrario: «ayudó a los campesinos a organizarse», en una palabra, «ayudó» al capitalismo a salir de su limbo. Desempeñó abiertamente su papel de Estado de clase, autodenominándose francamente «democracia popular», aceptando gobiernos de coalición en el interior y soñando en el exterior con alianzas diplomáticas que consolidaran sus vínculos con el capitalismo mundial.

Con la colectivización, todo cambió. La cooperación se lograría independientemente del nivel de las fuerzas productivas. El «socialismo» se construiría a pesar de todo el universo, en «un solo país».

El objetivo del movimiento cooperativo -escribía Mao en el citado texto de julio de 1955- es llevar a 110 millones de familias campesinas de la agricultura individual a la colectiva, y luego proceder a la transformación técnica de la agricultura.

Nótese esto: por un simple decreto, el Estado «transformará» 110 millones de granjas familiares; sólo «entonces» tendrá lugar la «transformación técnica de la agricultura». Aquí el Estado se convierte en demiurgo; ya no se contenta con «ayudar», pretende «construir» con sus propias manos y según su voluntad los cimientos sobre los que se asienta. Contra la mentira de la

colectivización rusa, Trotsky ya escribió en la «[Plataforma de la Oposición Conjunta](#)»:

Sólo el proceso de industrialización gradualmente creciente de la agricultura puede crear una base cada vez más amplia para la cooperación socialista en la producción, para el colectivismo. Sin la revolución técnica, incluso en el campo de los medios de producción, sin maquinaria agrícola, sin cambios en todo el sistema de cultivo, sin fertilizantes químicos, etc., es imposible cualquier trabajo profundo con posibilidades de éxito para la colectivización de la agricultura.

Esto es lo que escribió Trotsky en 1927, cuando Stalin aún apostaba por el kulak, cuando aún no había concebido el demencial proyecto de la «colectivización» forzosa para resolver el problema de la relación entre la agricultura y la industria, cuando aún no soñaba con «construir el socialismo» en Rusia sólo ahorcando a los campesinos ricos. Lejos de superar la explotación campesina a pequeña escala, la colectivización estalinista la consolidó durante mucho tiempo en el marco de los koljoses; hizo del koljosiano la figura principal de la acumulación capitalista rusa y de la contrarrevolución.

En China, no hablaremos de «contrarrevolución»: desde el principio, el movimiento maoísta se presentó bajo su verdadera bandera burguesa. Pero demostraremos que la colectivización no es una «vía hacia el socialismo», porque el socialismo no tiene nada que ver con la construcción de una economía nacional, por avanzada que sea. Por último, veremos que la colectivización no resuelve en absoluto los antagonismos entre agricultura e industria, entre fuerzas productivas y relaciones burguesas de producción.

De las cooperativas a las comunas populares

En un artículo posterior, examinaremos la relación entre la colectivización china, los planes quinquenales y la cuestión del mercado mundial. De momento, haremos balance de las reformas agrarias de Mao desde el punto de vista de las formas de organización de la agricultura china y de su glorificación oficial como formas típicamente «socialistas».

En el citado texto de 1955, Mao Tse-tung definió las etapas de la colectivización china desde la guerra. No expuso un programa; se limitó a resumir un proceso ya concluido y a poner etiquetas rojas a cada una de las fases cumplidas.

El primer paso- dice Mao- es llamar a los campesinos, sobre la base del libre consentimiento y el beneficio mutuo, a organizar equipos de ayuda mutua que lleven en sí sólo unas pocas semillas de socialismo [¡!] y cada uno de los cuales abarque desde unas pocas familias hasta más de una docena de familias.

Esta primera etapa, que se desarrolló entre 1947 y 1953, supuso el intercambio estacional, luego permanente, de mano de obra entre los agricultores, que seguían siendo propietarios de sus parcelas y de la totalidad de los productos. Las familias se ayudaban mutuamente en época de cosecha, prestándose las pocas herramientas que necesitaban. «El pobre ayuda al pobre». Así se expresaba en la antigua China la esencia de este tipo de cooperación, una forma precapitalista (y no «socialista») de garantía solidaria.

La segunda etapa -prosiguió Mao- consiste en llamar a los campesinos, sobre la base de estos equipos de ayuda mutua y respetando siempre el

principio del libre consentimiento y del beneficio mutuo, a organizar pequeñas cooperativas de producción agrícola de tipo semisocialista [¡!], cuyos rasgos distintivos sean la aportación de tierras en forma de participación y la gestión única.

En esta segunda etapa (1954-1955), se concedió al agricultor el derecho a conservar su parcela, pero también a vender o alquilar a la cooperativa la parte de tierra y medios de producción que aceptara ceder. Pronto se vio que estas cooperativas «inferiores», que pretendían acabar con la especulación de los agricultores ricos, iban cayendo poco a poco en sus manos. Se opusieron a aumentar las explotaciones indivisas, se negaron incluso a permitir que los campesinos pobres se unieran a las cooperativas y aumentaron las tasas a las que se distribuían los beneficios en función de la cantidad de tierra aportada. En resumen, la especulación con la tierra continuó a un ritmo cada vez mayor. A finales de 1955, llegó el momento de pasar a una tercera etapa.

Sólo cuando se hayan cumplido estas dos etapas podremos dar el tercer paso, que consiste en llamar a los campesinos, sobre la base de las pequeñas cooperativas de tipo semisocialista y siempre de acuerdo con el principio del libre consentimiento y del beneficio mutuo, a unirse aún más para organizar grandes cooperativas de producción agrícola de carácter enteramente socialista (!!!).

¡Todavía estamos muy lejos del «socialismo»! La ley garantiza la propiedad de las parcelas. Al principio, cada campesino podía poseer una parcela de tierra que representaba el 5% de la superficie media asignada a cada miembro de la cooperativa. Más tarde se aumentó al 10% para remediar una grave crisis en la

producción de carne de cerdo, el alimento básico del pueblo chino. El número de cerdos pasó de 101,7 millones en 1954 a 87,9 millones en 1955, 84,4 millones en 1956 y 145,9 millones en 1957. Hasta entonces, China había podido evitar la catástrofe que asoló a la ganadería rusa en la época de la colectivización estalinista. Pero sólo fue haciendo más concesiones a la economía pequeñoburguesa. En particular, la cooperativa china se diferenciaba de los koljoses rusos en que los campesinos ricos podían venderle sus tierras en lugar de dirigirse a Siberia... La verdadera catástrofe económica sólo comenzó con las comunas.

El lanzamiento de las comunas populares se produjo en un momento en que el grupo «antipartido» de Molotov en Rusia preguntaba a Jruschov si no sería conveniente proclamar pronto la «transformación de la propiedad cooperativa en propiedad de todo el pueblo». Molotov sacaba así las últimas conclusiones de la era estalinista. Admitía que el sistema de koljós era el defecto esencial de la URSS en su competencia económica con Occidente. Pero la propia naturaleza de esta competencia impedía a la URSS desafiar lo más mínimo el orden social establecido. Molotov fue derrotado. Jruschov tuvo que conformarse con importar trigo estadounidense para remediar la escasa producción de los koljoses. Hoy ya no se habla de «alcanzar» a Estados Unidos, y Kosygin lanzó un plan quinquenal para 1970 que preveía ritmos de desarrollo más lentos para la economía rusa.

En el momento de las disputas por la «desestalinización» (que para Molotov, como para Jruschov, supuso la admisión de la bancarrota del estalinismo), los chinos no se pusieron abiertamente de parte de Molotov. Su

«internacionalismo» excluía la injerencia en los asuntos «internos» de un país «hermano». Como la «construcción del socialismo» era para ellos un simple asunto «interno», se contentaron con enfrentar a las comunas con los koljoses aburguesados y afirmaron haber encontrado la receta para una transición indolora de la propiedad cooperativa a la propiedad de «todo el pueblo». Así, Jruschov se sorprendió al ver que la competencia «pacífica» entre la URSS y Estados Unidos se había transformado en una competencia no pacífica de dislates «socialistas» entre Moscú y Pekín... Si estos señores quieren creer que el «socialismo» es un asunto puramente «doméstico» y nacional, el capitalismo es verdaderamente mundial. Y fueron sus leyes ineludibles las que iban a estropear las relaciones chino-soviéticas.

La primera resolución del PCCh sobre las comunas populares data del 29 de agosto de 1958. He aquí cómo pretende haber resuelto el problema de la «transición al socialismo»:

Aunque la propiedad en las comunas sigue siendo de carácter colectivo, y aunque la distribución (jornadas o salarios) se basa en el principio 'a cada cual según su trabajo' y no 'a cada cual según sus necesidades', las comunas son la mejor forma de organización para completar la construcción socialista y avanzar gradualmente hacia el comunismo. Serán, pues, la unidad social básica de la sociedad comunista.

Como éste era el caso, las comunas debían extenderse también a las ciudades y a los grandes centros industriales, y parece que el proletariado chino mostró cierta hostilidad hacia este tipo de organización. El 10 de diciembre de 1958,

una nueva resolución del PCCh abandonó el proyecto de comunas urbanas y frenó el entusiasmo de los teóricos del «socialismo» comunal. Ya en agosto se había declarado que:

La creación de una comuna no es motivo para transformar inmediatamente la propiedad colectiva en propiedad de todo el pueblo (...) La transformación completa de la propiedad colectiva en propiedad de todo el pueblo requerirá en algunos lugares poco tiempo (tres o cuatro años) y un poco más en otros.

Así pues, los municipios se definieron únicamente como el marco para la transformación gradual de las cooperativas en empresas agrícolas estatales.

En la misma resolución se aclara la diferencia entre las comunas y las granjas estatales:

No hay necesidad de convertirlas en granjas estatales; pues no es función de las granjas estatales ocuparse simultáneamente de la industria, la agricultura, la cultura y la educación, el comercio y los asuntos militares.

Ahora bien, una de dos: o bien las comunas son una forma superior de producción y organización que debe conducirnos al comunismo, y entonces deben absorber a las granjas estatales, o bien representan una forma inferior, híbrida, y no pueden pretender constituir «la unidad social básica de la sociedad comunista». Frente a las múltiples y vagas funciones de la comuna, las de la granja estatal, en cambio, son claras e inequívocas: la producción de carne, trigo y arroz por trabajadores asalariados. La comuna no va tan lejos:

Siempre que sea posible, se establecerá un sistema salarial. Pero donde las condiciones no estén maduras, mantendremos temporalmente el anterior sistema de pago por días.

Así pues, el ideal hacia el que avanza la comuna no es dar «a cada uno según sus necesidades», sino «madurar» las condiciones del trabajo asalariado. Esto basta para desenmascarar la cháchara sobre la libre distribución de bienes, que tiene su lugar no más allá del sistema salarial, sino por debajo de él. La última característica que asemeja la comuna china al koljós ruso es que reconoce al campesino la propiedad de las parcelas de tierra:

Cuando se crea una comuna popular, no es necesario abordar el problema de los cercados individuales, los árboles frutales aislados, etc., sino que es posible hacerlo en un plazo muy breve. No es necesario actuar precipitadamente y no tiene sentido elaborar reglamentos al respecto.

¿Qué eran los municipios? En su mayor parte, eran cooperativas que se fusionaban por regiones. Mao Tse-tung anunció que «todas las grandes agrupaciones de cooperativas se llamarán comunas populares». De hecho, no eran más que eso. La reforma se llevó a cabo en dos etapas distintas: primero se fusionaron las antiguas cooperativas y luego se transformaron en comunas. Por eso los textos oficiales definen la propiedad comunal como «propiedad en tres niveles». En primer lugar, estaba el equipo de producción (antiguo equipo de ayuda mutua), formado por entre 20 y 30 hogares; a continuación, la brigada cooperativa, a la que se asignaban tierras y medios de producción para el año en

curso; y, por último, la organización comunal o departamental, que era mucho menos una unidad de producción que una entidad administrativa.

La comuna representa una síntesis de las sucesivas reformas agrarias y de un esfuerzo por racionalizarlas. Más adelante examinaremos su papel en el desarrollo industrial. Uno de sus objetivos inmediatos era sin duda emprender las grandes obras de regadío tan necesarias en China y descuidadas por la cooperativa, demasiado débil y demasiado centrada en los intereses de las pequeñas explotaciones. Entre 1959 y 1961, las comunas movilizaron a decenas de millones de hombres para realizar obras hidráulicas y artesanales, pero al hacerlo los desviaron de sus tareas agrícolas, que podían ser modestas pero no por ello dejaban de ser esenciales. Este enorme desplazamiento de mano de obra y el carácter rudimentario de las obras de regadío, incapaces de resistir las calamidades naturales, fueron la causa del desastre económico de principios de los años sesenta. China aún no se ha recuperado.

El fracaso del «salto adelante» puso de relieve lo que la comuna y todo el movimiento chino de colectivización no habían podido superar: la pequeña producción agrícola y la lentitud de su desarrollo. Ya en 1961, un artículo de «Bandera Roja» (nº 17) sobre las actividades auxiliares en las comunas definía la actitud de las autoridades en estos términos:

Hay que garantizar a los miembros de las comunas un aumento de año en año de los ingresos que obtienen de las actividades auxiliares y de las parcelas individuales.

Animando a los agricultores a cultivar sus parcelas, el autor afirma:

«Lo harán aprovechando sus horas de ocio, sus días libres y recurriendo a trabajadores auxiliares para aumentar el producto social, incrementar sus ingresos, animar las marchas rurales... todos los productos agrícolas y secundarios pueden venderse en los mercados una vez cumplida la tarea fijada por el Estado; no deben contar ni para la producción colectiva, ni para la ración, ni para el pago de impuestos.»

Las formas de organización de la agricultura china				
Formas de organización	Tipos de propiedad	Modo de explotación	Ingresos	Características
Equipos de ayuda mutua (1947-1953)	Propiedad privada	Trabajo agrícola estacional o permanente a pequeña escala. De a 15 explotaciones.	Cada miembro recibe los productos de su parcela	Supervivencia mediante la ayuda mutua comunitaria precapitalista
Cooperativas de tipo inferior (1954-1955)	1- Parcela individual 2- Arrendamiento o venta de tierras y medios de producción	Trabajos agrícolas Ocupaciones auxiliares 30 explotaciones agrícolas	1 - Renta de parcela individual. 2 - Pago proporcional al trabajo realizado 3 - Tierra indivisa	Mantenimiento de pequeñas explotaciones en un marco cooperativo

<p>Cooperativas de tipo superior (1956-1958)</p>	<p>Privada y cooperativa 1 - Compra de tierras y medios de producción por la cooperativa. 2 - Parcela individual garantizada por ley</p>	<p>Trabajo agrícola Ocupaciones auxiliares Grandes proyectos agrícolas 150 explotaciones</p>	<p>1 - Ingresos por la venta de tierras 2 - Pago prorrateado por el trabajo realizado 3 - Ingresos procedentes de parcelas individuales</p>	<p>El proceso de concentración capitalista implicaba la compraventa (colectivización rusa)</p>
<p>Comunas populares</p>	<p>Propiedad a 3 niveles: 1 - Comuna: fondos aportados y actividad industrial. 2 - Brigada: usufructo de las tierras asignadas 3 - Equipos: parcelas individuales</p>	<p>Trabajo agrícola y artesanal Ocupaciones auxiliares Concentración a nivel de comuna (<i>hsiang</i>) y de departamento (<i>Hsien</i>)</p>	<p>1 - 20 a 30% de salario en especie 2 - Salario de brigada 3 - Ingresos de parcelas individuales</p>	<p>No hay nacionalización; la antigua brigada cooperativa sigue siendo la unidad básica del municipio</p>
<p>Granjas estatales</p>	<p>Propiedad estatal</p>	<p>Cultivo mecanizado Desbroce de tierras vírgenes</p>	<p>Trabajo asalariado. La plusvalía va hacia el Estado</p>	<p>Cultivado originalmente por soldados desmovilizados Propiedad del Estado pero no socialista Alquiler diferenciado</p>

En septiembre de 1962, el décimo pleno del Comité Central del PCCh emitió un comunicado que confirmaba este planteamiento y subrayaba la necesidad de fomentar las ferias locales y la producción individual, intensificar el comercio con la ciudad a través del mercado libre y abolir los comedores comunales. Las comunas habían llegado a su fin. La prensa occidental habló de «descolectivización», pero eso era decir demasiado. Nunca hubo una verdadera colectivización. El cuadro de las reformas agrarias adjunto a este estudio puede dar fe, de muchas formas, de la supervivencia de la pequeña producción. Cada «etapa» pregonada como un paso adelante no hacía sino reproducir en la forma «superior» las mismas características pequeñoburguesas de la economía parcelaria.

Del mismo modo que se hablaba de «descolectivización», había prisa por proclamar la «bancarrotta del marxismo», incapaz de superar el atraso del campo ruso y chino. En esta debacle de las fuerzas productivas de Asia, que siguió a la derrota mucho más grave de las fuerzas revolucionarias del proletariado mundial, vemos, por el contrario, una confirmación del marxismo: ¡la sociedad comunista no tiene nada que ver con el trabajo de construcción de un Estado, o de una economía «nacional»!

VII (nº 37 de octubre-diciembre de 1966)

Una vez estudiadas las contradicciones y los callejones sin salida de la política agraria china, nos queda examinar las características específicas del desarrollo industrial, es decir, el desarrollo del capitalismo en China.

Fueron los imperativos de la industrialización y de la acumulación capitalista los que determinaron los «saltos adelante», pero también los desastres de la colectivización. Y ello, como hemos demostrado, a pesar del reformismo pequeñoburgués y de las modestas previsiones de los dirigentes. La misma observación puede hacerse sobre la política del PCCh hacia los capitalistas «nacionales»: primero protegidos por el régimen de la «nueva democracia», fueron luego «liquidados como clase» y «reeducados» como meros empleados en sus antiguas empresas. Así, la fuerza irresistible del Capital impulsa a los hombres y a las cosas.

En China, como en la Rusia estalinista, este movimiento es glorificado como la «construcción del socialismo» en el vacío. Estos «socialistas» nacionales, en realidad los peores apologistas del Capital, hacen la vista gorda ante las contradicciones de este movimiento y hacen hincapié únicamente en el ritmo de desarrollo de la economía nacional. Para nosotros, las contradicciones explosivas entre una agricultura precapitalista y una industria altamente concentrada bajo el control de un Estado que utiliza todo su poder para desangrar a la masa de obreros y campesinos; los ritmos de crecimiento de una economía nacional y los obstáculos que encuentran en un país atrasado y en el mercado imperialista, tienen un significado completamente diferente. Lejos de representar boletines de victoria para alguna «construcción socialista», demuestran que las fuerzas

productivas de la economía mundial han crecido hasta tales proporciones que el derrocamiento de las relaciones sociales que dominan a la humanidad se ha convertido en una tarea urgente e ineludible.

China, profundamente afectada por estos antagonismos, sólo puede traducirlos a su lenguaje político y diplomático. Pero lo hace de manera burguesa. Al rechazar la cultura imperialista y la paz, demuestra que desespera de construir con éxito su nación en el actual orden mundial. Por eso no teme una guerra que perturbaría las relaciones imperialistas de las que es víctima. Su catastrofismo es un catastrofismo burgués. La China de Mao sólo entiende la guerra imperialista que se avecina como el choque de grandes bloques estatales y la señal de una redivisión del mundo en la que ella estaría mejor. La política china se orienta hacia este acontecimiento, definiendo su concepto de «coexistencia pacífica» y esbozando sus planes para unas «naciones unidas revolucionarias».

Sin embargo, la guerra imperialista que pondrá en tela de juicio la división actual marcará también la sacudida y el derrumbe de los fundamentos mismos de la sociedad burguesa. La guerra entre Estados no será más que la forma reaccionaria que la burguesía mundial (incluida la china) dará a la guerra de clases que se ha hecho inevitable y que será la única que hará añicos desde dentro los bastiones más fuertes del imperialismo. ¿Qué está haciendo China en previsión de esta lucha? No hace nada. ¿Qué puede hacer? No puede hacer nada. Los intereses de su desarrollo nacional, aunque se vean perjudicados como hoy por el condominio ruso-americano, sólo pueden apartarla cada vez más de la causa del proletariado internacional.

La mitología de los planes quinquenales

Todavía no ha llegado el momento de trazar un panorama del desarrollo capitalista en la China moderna. Los únicos datos fiables de que disponemos se refieren al período de reconstrucción (1949-1952) y al Primer Plan Quinquenal (1953-1957). Pero los verdaderos objetivos del Segundo Plan Quinquenal (1958-1962) nunca se han publicado. En 1956, el VIII Congreso del PCCh presentó «propuestas» para el futuro plan; éstas parecían demasiado ambiciosas y en 1958 no se adoptó ningún proyecto definitivo. Ese año fue, como sabemos, el primero del «salto adelante» que iba a ocupar el lugar del plan y a echar por tierra todas las previsiones hasta el día en que un despacho de la agencia *Chine Nouvelle* anunció las peores «catástrofes naturales» que había vivido el país desde hacía un siglo. A partir de entonces (diciembre de 1960), ya no se habló de plan. Se hizo todo lo posible por restablecer la situación a su nivel anterior. En 1963 debería haber entrado en vigor un tercer plan quinquenal. Sigue siendo igual de enigmático. Por último, con la «revolución cultural», que bien podría ser la señal de un nuevo «salto adelante», se ha vuelto a hablar de un plan de doce años lanzado por Mao Tse-tung en enero de 1956 como «proyecto de programa nacional para el desarrollo de la agricultura de 1956 a 1967». Según el *Diario del Pueblo* (27/1/66), este plan, que preveía un aumento del 150% de la producción agrícola de aquí a 1967, estaba aún muy lejos de realizarse.

Antes de entrar en más detalles, podemos hacer dos observaciones importantes sobre los planes de China. China, a diferencia de la Rusia estalinista, no ha conseguido salvar la orgullosa fachada de sus planes quinquenales. Pero, por otra parte, la crisis provocada por esta acumulación

desenfrenada de Capital parece que será menos grave y menos duradera en China que en Rusia: de hecho, mientras que esta última tardó varias décadas en recuperar el nivel alcanzado por la producción agrícola antes de la colectivización, China parece haber curado ya las heridas de 1958-1960. Sólo vemos una explicación para estos dos hechos: el mayor atraso de China.

La producción del campesino y la del taller en la era manufacturera no pueden planificarse. Hace falta todo el desarrollo de la mecanización y de la gran industria para que la producción capitalista se preste a una cierta «planificación». Ya hemos dicho esto sobre la planificación estalinista. Con mayor razón se aplica a China. Ante el fracaso de los planes chinos, los «éxitos» de Stalin se debieron a un menor atraso económico que permitió a Rusia dedicar mayores inversiones a la industria pesada y a las famosas «grandes obras». Sólo eso puede ser «planificado», pero no la economía campesina y la pequeña producción, ¡incluso si se tiene en cuenta la «comuna popular»! En cuanto al repunte de la producción agrícola china pocos años después de su brutal hundimiento, no se debe a una predisposición innata del campesino chino al «socialismo», y menos aún a una «sabiduría» superior del Presidente Mao: revela también el más alto grado de resistencia de una estructura económica y social mucho más atrasada.

Conviene, pues, hacer una comparación entre Rusia y China en vísperas de sus planes quinquenales. En «La voie chinoise», G. Etienne nos ofrece el siguiente cuadro:

	China (1952)	URSS (1927)
Población (millones de habitantes)	583	147
Obreros y empleados en la industria (millones)	4	4,1
Superficie cultivada (millones de hectáreas)	108	112,4
Producción de carbón (millones de toneladas)	63,5	32,3
Hierro fundido (millones de toneladas)	1,9	3,0
Acero (millones de toneladas)	1,35	3,72
Producción eléctrica (millones de KWh)	7260	4205
Cemento (millones de toneladas)	2860	1403
Red ferroviaria (miles de km)	24,2	75,6

Un rápido vistazo a esta tabla muestra que la diferencia entre ambos países sería aún mayor si se tuviera en cuenta la producción per cápita. Klaus Mehnert nos da una idea de ello en su libro «Pekín et Moscou» (p. 360). Comparando la

URSS en 1928 y China en 1952, demuestra que el producto social total *per cápita* estaría en la proporción de 4 a 1 a favor de la URSS. La producción respectiva de los dos países, expresada en kg/habitante, representa para los cereales (incluido el arroz): 491 frente a 270; para el carbón: 273 frente a 110; para el hierro: 22 frente a 3,27; para el acero bruto: 29 frente a 2,35; para el cemento 13 frente a 4,87. Otro indicio del enorme retraso de China lo proporcionan Hugues y Luard en «Le développement économique de la Chine communiste» (p. 27). Los dos autores señalan que en 1937 Manchuria, controlada por Japón, producía por sí sola la mitad del carbón, dos tercios del hierro y nueve décimas partes del acero de China. Aparte de Manchuria, añaden, la producción total de acero ascendía sólo a 50.000 toneladas, la de hierro fundido a 430.000 toneladas, la de carbón a 20 millones de toneladas y la de electricidad a 2.500 millones de kWh.

Esto explicaría por sí solo el fracaso de los planes quinquenales chinos y el obstinado silencio de los estadísticos. ¡No se puede planificar lo que no se puede planificar! Pero si la economía china ha alcanzado y superado efectivamente el nivel que tenía antes de la crisis de principios de los sesenta, es difícil ver por qué Pekín no debería proclamar este hecho, y los objetivos futuros que pretende alcanzar, alto y claro. La respuesta a esta pregunta es doblemente política. Para poner en marcha cualquier tipo de plan, es necesario poder prever los recursos de capital que se cree poder movilizar dentro de la nación o en el mercado mundial. Como veremos, la previsión de estos recursos siempre ha sido una pesadilla para los dirigentes chinos, incluso en la época del primer plan quinquenal y de la «ayuda» soviética. Por otra parte, el problema de la

planificación (tanto para Mao como para Stalin) no es el de un desarrollo armonioso de los diversos elementos de la economía social, sino una simple cuestión de movilización de las masas sacrificadas en el altar de la producción. Así pues, no hay necesidad de un «plan» mientras no se exija de nuevo este esfuerzo sobrehumano. Este es el aspecto más cínico y típicamente capitalista de esta supuesta planificación.

La mística del plan, los «saltos adelante» en las estadísticas, la exaltación de las tasas de aumento de la producción, todo está al servicio de esta movilización de las masas. A finales de octubre de 1959, el jefe de la Oficina Nacional de Estadística declaró ante los estadísticos chinos reunidos en Pekín que «las estadísticas deben ser partidistas». Continuó:

Nuestros informes estadísticos deben reflejar la gran victoria de la Línea General del Partido y el progreso marcado por todo el trabajo realizado bajo la dirección del Partido. En cualquier caso, no deben ser una mera exposición de hechos objetivos. Los informes estadísticos deben mover el corazón: si, por lo tanto, tienen un significado político evidente y si están escritos en lenguaje popular, entonces serán conmovedores («Planificación y Estadística», 1959, nº 14).

No podemos decir qué «emociones» nos preparan las estadísticas chinas. Al menos afirmamos que no hay ni habrá nada «socialista» en su exaltación de la productividad. Armados con estas cifras, sólo podemos tomar el pulso al joven capitalismo chino. Pero la mayor o menor velocidad de su desarrollo no conllevará ningún cambio en la naturaleza del orden social establecido. Cuando escribió su obra sobre [«El desarrollo del capitalismo en Rusia»](#), Lenin subrayó

de una vez por todas el punto de vista marxista sobre este tema, un punto de vista diametralmente opuesto al de los viejos populistas rusos y sus derivados estalinistas y maoístas. Para nosotros, la cuestión más importante, decía Lenin, no es a qué velocidad se desarrolla el capitalismo aquí o allá, sino cómo y sobre la base de qué se produce este desarrollo.

Para responder a estas dos cuestiones fundamentales, podríamos prescindir de las cifras y de los informes estadísticos de los que Pekín ha querido desterrar todo «objetivismo burgués». El subjetivismo que inspira las grandes «campañas» productivas de la China moderna es mucho más significativo de la forma en que se está produciendo la transformación capitalista de una de las estructuras económicas y sociales más antiguas.

La competencia entre China e India

La comparación que acabamos de hacer entre China y Rusia debe completarse con una comparación entre China e India en vísperas de su primer plan quinquenal. El primer plan indio comenzó en 1950-51, seguido de un segundo (1955-56) y un tercero (1960-61). Aquí tenemos una serie de resultados y previsiones ampliamente difundidos por el gobierno de Nueva Delhi. Por último, podemos ver que los altibajos de la industrialización india, si consideramos insignificantes la hambruna endémica y el papel predominante del capital extranjero, dejan muy atrás al «modelo chino». Esto también podría explicar el silencio de las estadísticas. En un contexto de competencia por producir más acero, cemento y electricidad, las escaramuzas fronterizas entre China e India adquieren todo su significado burgués.

Según las publicaciones oficiales (India: « The Third Five Year Plan »; China: « La grande década »), éstas son las cifras iniciales de los dos países:

	China (1952)	India (1950-1951)
Población (millones de habitantes)	583	361
Cereales (millones de toneladas)	154,4	52,2
Carbón (millones de toneladas)	63,5	32,2
Acero (millones de toneladas)	1,35	1
Cemento (millones de toneladas)	2,86	2,7
Energía eléctrica (miles de millones de kWh)	7,26	6,6
Hilo de algodón (miles de millones de metros)	3,8	3,4

Como se desprende de la producción per cápita, la superioridad de China es clara en agricultura, con 265 kg/Ha, frente a los 145 kg/Ha de India. Pero la de India no es menos clara en la producción industrial (excluido el carbón). Las cifras per cápita respectivas de India y China son las siguientes: carbón, 90 kg frente a 110; acero, 2,7 frente a 2,3; cemento: 7,4 frente a 4,9; energía eléctrica:

19 kWh frente a 12,5. Incluso en lo que respecta al hilo de algodón, India aventaja a China (9,4 metros frente a 6,5), una ventaja significativa dado que el clima indio es menos riguroso que el chino. Así pues, desde el principio, la India llevaba una sólida ventaja en el ámbito industrial, pero se quedaba muy rezagada en la agricultura, lo que ponía de manifiesto las mayores contradicciones de su desarrollo capitalista, que la convertían en el auténtico «polvorín de Asia».

Ahora bien, si comparamos las previsiones del Segundo Plan Indio para 1960-1961 y las del Segundo Plan Chino para 1962, no podemos dejar de observar cómo el plan chino *supera* la India en todos los campos:

	India (1960-1961, estimaciones)	China (1962, proyección del plan)
Producción agrícola (millones de toneladas)	76	245
Carbón (millones de toneladas)	54,6	190-210
Acero (millones de toneladas)	4,3 (acero laminado)	10,5-12
Energía eléctrica (miles de millones de kWh)	22	40,43
Cemento (millones de toneladas)	8,8	12,2-14,5
Petróleo (millones de toneladas)	5,7	5-6

En su citado estudio, Hugues y Luard subrayan la importancia de esta competencia chino-india para el mantenimiento del *status quo* imperialista en Oriente:

Hay muchos países atrasados en el mundo en una situación similar a la de India y China, intentando desarrollar una economía industrial moderna en el menor tiempo posible. Si llegan a creer que la velocidad de desarrollo en China ha sido, durante un período determinado, más rápida que la alcanzada en otros lugares bajo diferentes sistemas de gobierno, pueden sentirse inclinados a sacar conclusiones ideológicas (¡sic!) y tentados a experimentar con métodos similares a los que han dado buenos resultados en China, aunque ello signifique el sacrificio de la libertad política del pueblo (¡sic!) (op. cit., p. 232).

Esto era, pues, lo que estaba en juego para el imperialismo ruso-estadounidense al proporcionar «ayuda» económica a la India y sabotear los planes chinos. El objetivo era dirigir el desarrollo capitalista de Asia de tal manera que alterara lo menos posible el equilibrio mundial. Para ello, la Rusia post-estalinista simplemente desempeñó el papel de agente y mercenario del imperialismo estadounidense. ¿Quién en China o la India puede presumir ahora de mayores tasas de crecimiento? Esta pregunta, que debía demostrar el «socialismo» chino, corre ahora el riesgo de servir a la causa del imperialismo. Y por eso los «grandes saltos adelante», que debían transformar con prodigiosa rapidez las viejas estructuras económicas chinas, hasta ahora sólo han sido sucedidos por una «revolución cultural», que puede preparar el camino para

futuros esfuerzos productivos, pero que permanece en el terreno de la transformación de las «ideas» y las «costumbres»... Intentemos seguir la competición chino-india:

	Producción industrial	Producción agrícola	Producción de cereales
Logros			
India (1950-1951) y China (1952)	100	100	100
1º Plan de la India (1955-1956)	139	117	126
1º Plan de China (1957)	229	125	120
2º Plan de la India (1960-1961)	194	135	152
Previsiones			
2º Plan de China (1962)	330	155	162
3º Plan de la India (1965-1966)	329	176	192

Como vemos, la brecha entre China e India, que ya se había ampliado durante el primer plan quinquenal, iba a ensancharse durante el segundo y dar la delantera al país de Mao. Incluso sin las «calamidades naturales» y la crisis del «salto adelante», era urgentemente necesario que el imperialismo rompiera el

espinazo de la industrialización china a principios de los años sesenta. Veamos ahora las dos últimas líneas de nuestra tabla. Vemos que la India no habría alcanzado los niveles proyectados por China para 1962 hasta el final de su Tercer Plan. A la vista de sus resultados anteriores, podemos estimar que la India alcanzará aproximadamente las tasas previstas. Pero, ¿y China? ¿Cumplirá sus objetivos de 1962?

Tras el agotamiento de las estadísticas chinas, la última fuente de información para juzgar el desarrollo económico de China fueron los informes de la Asamblea Nacional. En diciembre de 1964, Chou En-lai declaró:

La producción agrícola ha alcanzado el nivel de los buenos años pasados. Se estima que la producción de grano, algodón, tabaco, caña de azúcar, cerdos, ovejas y otros productos superará los niveles alcanzados en 1957 (...) Se estima que en 1964 el valor de la producción agrícola de China superará los niveles alcanzados en 1957. Se estima que en 1964 el valor total de la producción agrícola e industrial será un 15% superior al de 1963, y significativamente superior al de 1957.

Sin caer en más conjeturas, debemos entender, por tanto, que en 1964 el valor total de la producción agrícola e industrial apenas ha superado el nivel de 1957. En otras palabras, no sólo China e India están en la misma línea, sino que la primera se ha quedado ciertamente rezagada. No era a Gran Bretaña a quien debíamos intentar alcanzar en 1959, sino a su antigua colonia, que se había convertido en un campo de inversión para el capital estadounidense, ruso y europeo.

¿Cantaremos las alabanzas del «socialismo» de Nueva Delhi? ¿La superioridad del «modelo indio» sobre el «modelo chino»? De este ejemplo, tan decisivo para el mantenimiento del orden imperialista en Asia, se desprende claramente que no existe ningún «modelo» o receta nacional para el desarrollo del capitalismo y menos aún para el socialismo. Son las formas archirreaccionarias del imperialismo mundial y del mercado mundial las que determinan en mayor medida el destino de los países atrasados, por muy «independientes» y «socialistas» que quieran ser. No puede haber «revolución cultural» ni «salto adelante» contra este poder del Capital que ha llevado a Rusia a proteger las fronteras de la India y a entregar a su «hermano» chino a la hambruna. ¡Sólo la acción revolucionaria de las fuerzas productivas del mundo para destruir las relaciones burguesas de producción puede triunfar!

Entre el monopolio ruso y el embargo americano: la quiebra del «sistema socialista mundial»

Aparte de su significado político perfectamente contrarrevolucionario, la teoría estalinista de «construir el socialismo en un solo país» tenía todas las características económicas de una utopía pequeñoburguesa. Creer que detrás de sus fronteras nacionales Rusia podría liberarse de las leyes y limitaciones del mercado mundial era un absurdo desmentido tanto por los antagonismos económicos y sociales que surgieron inmanentemente en el terreno del «socialismo nacional», como por toda la política «exterior» del Estado ruso, desde su participación en la segunda guerra imperialista hasta su actual inserción en el «mundo de los negocios» occidental. Esta integración, junto

con las reformas destinadas a privilegiar el principio de rentabilidad económica, desempeñó un papel decisivo en la ruptura chino-soviética.

En su prefacio de 1930 a «[La revolución permanente](#)», Trotsky escribió:

Las crisis de la economía soviética no son meras crisis de crecimiento, una especie de enfermedad infantil, sino algo inconmensurablemente más significativo: precisamente este severo control del mercado mundial, el mismo 'al que', en palabras de Lenin, 'estamos subordinados, al que estamos atados y del que no podemos escapar (XI Congreso del Partido, 27 de marzo de 1922).

Este comentario, plenamente confirmado por la evolución de la economía soviética, sigue siendo válido para la China de hoy, que también afirma estar «caminando sobre dos piernas», construyendo su propio «socialismo» detrás de una cortina de bambú. Pero antes de burlarse del mercado mundial, China tuvo que someterse a su implacable ley. Y en un irónico giro de la historia, fue la Rusia soviética quien se la impuso a China.

A mediados de los años cincuenta, cuando la URSS puso fin a las sociedades mixtas en Europa del Este y China, y cuando Jruschov prometió a Mao una importante ayuda económica, China creía en la «coexistencia pacífica» y en los espejismos del «sistema socialista mundial». En uno de los textos más característicos de la época, Sun Yat-sen describía las perspectivas de las relaciones chino-soviéticas de la siguiente manera:

Los lazos fraternales entre la Unión Soviética y China, reforzados por los lazos con otros países donde el pueblo está en el poder, garantizan la satisfacción de nuestras necesidades básicas. Podemos existir

independientemente del mercado capitalista, podemos construir nuestra economía como mejor nos parezca y, al hacerlo, preservar nuestra soberanía nacional. Esta es una situación nueva para China. Tiene consecuencias de gran alcance para todo el comercio internacional. En estos días en que ha surgido un nuevo mercado mundial junto al mercado mundial capitalista, los países atrasados tienen todos los motivos para formular una política independiente, puesto que ya no están obligados a sufrir las malas condiciones comerciales... A medida que se desarrollen las economías nacionales de este nuevo mercado, se coordinarán los planes económicos y se darán pasos hacia un mayor uso común de nuestros recursos individuales (*People's China*, 1-3-1955).

Los hechos desmentían estas ilusiones sobre el llamado «sistema socialista mundial», y también socavaban la teoría de la «coexistencia pacífica» que Pekín había respaldado en las conferencias de Colombo y Bandung. Al sabotear la industrialización china y aumentar sus préstamos a la India, la URSS demostró que su política económica perseguía los mismos objetivos y se inspiraba en los mismos motivos que el imperialismo estadounidense. En cuanto a las circunstancias de la ruptura chino-soviética, revelan que el «nuevo mercado mundial» no se rige por otras leyes que las del mercado capitalista. El crecimiento y las crisis de las diferentes «economías nacionales», desde Europa del Este hasta China, han demostrado ampliamente que no existe un «sistema socialista mundial» que se desarrolle «al lado» e «independientemente» del mercado mundial. Lejos de «coordinar sus planes», concepto que sigue siendo

típicamente burgués, ¡estos países ni siquiera han sido capaces de practicar con China la elemental «solidaridad» internacional que los bloques imperialistas ejercen cuando uno de sus miembros es víctima de calamidades naturales o sociales!

Pero no se trataba sólo de que estas ilusiones pequeñoburguesas sobre la naturaleza del mercado fueran desmentidas por la experiencia. Dieron la espalda de lleno a la idea de Lenin y de la Internacional Comunista sobre el papel de la Rusia revolucionaria más allá de los Urales. En efecto, ¡el Octubre ruso despertó a Asia! Pero la única arma que podía dar a Asia para su emancipación no era económica: era el programa de clase del proletariado internacional. Si la Rusia estalinista tuvo el mérito de contribuir al desarrollo del capitalismo en estos países atrasados, fue sólo después de haber enterrado la consigna de Petrogrado y Bakú: «¡Todo el poder a los soviets!» Si, durante un período histórico ya superado, dio un cierto impulso al Capital en la «zona de tormenta», fue después de haberlo aislado y apartado de las luchas del proletariado revolucionario, después de haber traicionado y despreciado su internacionalismo tanto en Occidente como en Oriente. Así pues, el «extremismo» chino, su estrechez nacional, sus rasgos «asiáticos» que tanto desprecian los «socialistas» de esmoquin del Kremlin, son de hecho subproductos del estalinismo ruso en toda su continuidad histórica.

¿Significa esto que Mao, que denunciaba a gritos la división del trabajo vigente en el «campo socialista», la traición de sus «hermanos» en el «comunismo» y la dominación de los monopolios rusos, se atribuyó el papel de salvador del «sistema socialista mundial», al preconizar vínculos políticos,

económicos y sociales entre los países «socialistas» distintos de los basados en los «intereses nacionales», el beneficio comercial o la diplomacia burguesa? Todo lo contrario. La política de Pekín refleja únicamente los intereses nacionales chinos, del mismo modo que la de Moscú o Bucarest. Ya en 1953, el «Diario del Pueblo» sugería que la «construcción del socialismo» en la URSS podría no ir de la mano de la «construcción del socialismo» en China:

Hay que comprender, que la producción industrial y agrícola en la Unión Soviética se desarrolla según un ritmo de aumento definido, que la Unión Soviética no alterará simplemente para tomar más de nuestros productos agrícolas, lo que iría en detrimento de su propia agricultura, o para aumentar su producción de artículos de consumo con el fin de satisfacer nuestra demanda. A medida que avance a buen ritmo la construcción socialista en la Unión Soviética y se eleve el nivel de vida, la demanda de artículos de consumo en la Unión Soviética aumentará constantemente, y tampoco le será posible suministrarnos más de estos artículos (16-12-1953).

Hace quince años, la China de Mao comprendió y aceptó el «aburguesamiento» de la URSS y sus consecuencias disolventes para el «campo socialista». Pero aún esperaba construir entretanto una industria pesada que le permitiera desarrollarse «a su antojo» y desempeñar su propio papel en el mercado mundial. Hoy, sin embargo, el brutal enfrentamiento entre el capitalismo chino y este mercado es algo muy distinto. China no sólo se ha encontrado más débil de lo esperado, sino que para ser admitida ha tenido que entablar un verdadero enfrentamiento con el imperialismo estadounidense. Es

cierto que los numerosos incumplimientos del embargo por parte de los países de Europa Occidental han dado a China nuevas esperanzas de financiación y ambiciones de gran potencia. Pero este papel global, como el fin de todos los embargos, debe ganárselo o regateárselo a Estados Unidos, que también tiene en su bolsillo la llave del comercio con Japón, algo tan importante para China.

Con el telón de fondo de este enfrentamiento con las implacables leyes del mercado mundial, la «Revolución Cultural» y la guerra de Vietnam adquieren un significado especial. Con la Revolución Cultural, Pekín demostró su determinación de perseguir la construcción nacional contra viento y marea. Que el movimiento de los «Guardias Rojos» anunciara una movilización de masas para un nuevo «salto adelante», que se limitara a liquidar a los dirigentes «revisionistas» acusados de querer ceder a las presiones económicas y políticas del imperialismo, o que se limitara a una exaltación platónica del «socialismo» nacional, daba lo mismo. Por otra parte, el ritmo del desarrollo capitalista en China dependerá no sólo del grado de explotación de los obreros y campesinos chinos. La Rusia estalinista sacrificó al proletariado mundial a sus planes quinquenales. China bien podría hacer lo mismo con las heroicas guerrillas vietnamitas. Y hemos demostrado que no dudó en hacerlo en 1954 en la conferencia de Ginebra sobre Indochina (cf. «Le Prolétaire» nº23: «Ce que furent les accords de Genève»). Pero, ¿cuál es el precio de la sangre vietnamita en la Bolsa de Nueva York? Puede compararse con la masacre y esclavización del proletariado revolucionario de todos los países perpetrada en su día por la Rusia estalinista? ¿Vale la pena el orden mantenido en la India y el control ejercido por EEUU sobre la economía japonesa? ¡Estos son los términos del «mercado»! Y

podemos estar seguros de que por ambas partes no se concluirá «libremente», sino bajo el acicate de la crisis.

Si el conflicto chino-ruso reveló la omnipotencia de la ley del mercado en el llamado «sistema socialista», la confrontación de China con los problemas de su futuro desarrollo demuestra una vez más que la única salida consiste en derrocar las relaciones de producción que dominan la economía mundial. Pero para ello hay que acabar con el sistema que consiste (en Vietnam, en China y en otros lugares) en vender por mil millones de dólares un movimiento revolucionario, ¡el programa del proletariado por la «ayuda» del Capital!

La ley del mercado mundial: la China hambrienta

Se ha dicho que la Historia es una madre cariñosa que siempre mimaba al último de sus hijos. En lo que respecta a China, parece que ha desempeñado el papel de madrastra. De hecho, no nos sorprendería en absoluto que China registrara tasas de acumulación capitalista sin precedentes en la historia mundial. Porque sería «normal» que el hijo menor se beneficiara de la experiencia familiar, de la riqueza, de la tecnología, en una palabra, de todo el patrimonio «cultural» de la familia. A eso se refería el revolucionario burgués Sun Yat-sen cuando soñaba con transformar el Imperio del Centro en una «nueva América». Pero no es así, y demuestra que las relaciones mundiales de producción e intercambio se han convertido en un obstáculo insuperable para todo progreso humano. La Historia, en la era imperialista, se parece cada vez más a la divinidad mitológica que se alimentaba devorando a sus propios hijos...

Sin embargo, en sus numerosos agravios contra Moscú, los dirigentes chinos se contentaron con denunciar el «incumplimiento de contratos comerciales», el «abuso de una posición de monopolio» en el mercado «socialista» y otros actos viles reprobables desde el punto de vista del derecho burgués y de la moral burguesa. Pero Pekín nunca ha cuestionado los fundamentos mismos de la economía de mercado sobre los que deben descansar los «lazos fraternales» de los países llamados «socialistas». En la tradición del antiimperialismo burgués, siempre nos hemos limitado a condenar los «excesos» demasiado visibles y las flagrantes anomalías del imperialismo. Veámoslo más de cerca.

La ayuda soviética a China consistió principalmente en transacciones comerciales -asi afirmó el CC del PCCh al PCUS. Y en esta carta de febrero de 1964, Pekín intentó restar importancia a la “ayuda” rusa y demostrar que nunca fue un regalo.- China -continuaba la carta- ha pagado y está pagando en bienes, oro y monedas convertibles todos los bienes de capital y mercancías que le han sido suministrados, incluyendo lo que ha obtenido mediante la apertura de crédito. Hay que añadir que los precios de muchas mercancías importadas por nosotros de la Unión Soviética eran muy superiores a los del mercado mundial («Pékin-Information», 11 de mayo de 1964).

Este pasaje pone de relieve dos aspectos del comercio sino-soviético. En primer lugar, el pequeño porcentaje de préstamos de capital a largo plazo y la necesidad de China de reembolsarlos mediante una balanza comercial exterior positiva, a pesar de ciertos «acomodos» soviéticos en el momento de la gran crisis agrícola. Por otra parte, los chinos han subrayado muy recientemente la

desproporción entre los precios «socialistas» y los del mercado mundial, denunciando la posición monopolista de la U.R.S.S. Ya hemos mostrado cómo las fluctuaciones del mercado mundial de la caña de azúcar han determinado la evolución de las relaciones «ideológicas» entre Moscú, Pekín y La Habana (cf. *Programme Communiste*, nº36, «Cuestiones del imperialismo»). Fijémonos en los precios del monopolio ruso.

Desde hace mucho tiempo la diferencia entre los precios mundiales y el precio de las compras rusas a China es un hecho conocido. En 1959 un estudio de la «Documentation française» (*Notes et Documents*, nº 2542) elaboró una comparación para 1955-1956. He aquí algunos precios (en dólares estadounidenses) extraídos de este estudio:

Carbón (por toneladas)	Ventas de la China a la URSS	9,8
	Ventas de la URSS a Finlandia	18,4
	Ventas de Polonia a la URSS	16,7
Hierro fundido	Ventas de China a la URSS	45
	Ventas de la URSS a la RDA	50,5
	Ventas de la URSS a Hungría	52,5
	Ventas de China a la	140

	URSS	
Arroz (por toneladas)	Ventas de Birmania a la URSS	97,5
	Ventas de la URSS a Mongolia	173
Huevos (por decenas)	Ventas de China a la URSS	0,27
	Ventas de Bulgaria a la URSS	0,37

Pero no fue la simple y «libre» comparación de precios en el mercado «socialista» y en el mercado mundial lo que rompió los «lazos fraternales» entre Rusia y China; tampoco fue el «escándalo» de los precios de monopolio, ni la «política imperialista» de tal o cual dirigente lo que rompió estos lazos. En la época de las famosas empresas conjuntas chino-soviéticas, ¿no era Stalin más feroz en los negocios que cualquier Jruschov o Kosygin? No en vano, en su informe de febrero de 1964, Souslov recordaba la frase pronunciada por Mao en 1957: «Sobre la cuestión china, el mérito de aclarar los malentendidos (¡sic!) corresponde a Jruschov».

En realidad, las leyes más «naturales» y el funcionamiento más «normal» de la economía de mercado bastaron para crear los precios de monopolio y las «dificultades» chino-soviéticas. ¿Significa la diferencia de precios que la URSS no cobraba un «precio justo» por sus productos? ¿O que utilizaba su posición de monopolio para bajar sus precios de compra a China? Mientras prevalezca la economía de mercado, es «justo» tener en cuenta la productividad del trabajo,

que sigue siendo inferior en la URSS que en Occidente; es «normal» deducir del precio de compra de las materias primas chinas el elevado coste del transporte por el ferrocarril transiberiano, como siempre han hecho los rusos. El estudio citado estimaba la diferencia en 20 dólares la tonelada para cualquier producto soviético o chino que atravesara las estepas de Asia: ¡20 dólares más que la factura que tenían que pagar los obreros y campesinos chinos!

Mucho antes de la ruptura sino-soviética, Pekín se había topado con este problema. La gran ambición del primer plan quinquenal era desarrollar el inmenso potencial de la China continental con la ayuda de la URSS. Hasta entonces, sólo la parte del país fácilmente accesible por mar había conocido los inicios de la industrialización. La China de Mao pretendía acabar con la geografía económica heredada del imperialismo y, al mismo tiempo, hacer realidad el viejo sueño de los conquistadores chinos: unir los desiertos de Occidente y la costa industrial y superpoblada a través de los mismos vínculos políticos, económicos y culturales. ¿No teníamos derecho a esperar estos logros del capitalismo altamente desarrollado que fue el único capaz de conquistar para la civilización las inmensas llanuras americanas y, en menor medida, las vastas extensiones del antiguo imperio zarista?

Pero todo eso sin tener en cuenta los costes de producción rusos, la ley del mercado «socialista» y la senilidad de las formas económicas y sociales del capitalismo actual. En su capítulo sobre la «nueva geografía económica» de China, Hugues y Luard tienen que admitir lo siguiente: «Estos planes se han modificado. Declaraciones recientes han insistido en que, si bien el desarrollo del interior debe continuar, no debe descuidarse la importancia de las

provincias costeras» (op. cit., p. 127). Como resultado, Shanghái y Cantón, que habían sido descuidadas durante algún tiempo en favor de las grandes fábricas combinadas de las estepas, recibieron un nuevo impulso industrial.

Este ejemplo del país atrasado más «independiente» políticamente de los dictados del imperialismo mundial, ¿no demuestra que las crisis y contradicciones de su desarrollo no tienen nada que ver con las crisis de crecimiento de un organismo joven y sano, sino que reflejan, como decía Trotsky, la crisis senil de un modo de producción condenado por la historia? En el texto que citábamos antes, Trotsky escribía:

«Para comprender lo que ocurre ahora en el vasto territorio que la Revolución de Octubre despertó a una nueva vida (y esta interpretación de la vida y de los antagonismos económicos de la Rusia estalinista se aplica perfectamente a la China de hoy - Nota del Editor), debemos siempre imaginarnos claramente en la mente del pueblo.), debemos recordar siempre claramente que, a las viejas contradicciones reavivadas recientemente por el éxito económico, se ha añadido una nueva y enorme contradicción entre el carácter concentrado de la industria soviética, que abre la posibilidad de un ritmo de desarrollo sin precedentes, y el aislamiento de la economía soviética, que excluye la posibilidad de una utilización normal de las reservas de la economía mundial. Esta nueva contradicción, superpuesta a las antiguas, hizo que, junto a éxitos excepcionales, surgieran dificultades muy difíciles. Estas dificultades encuentran su expresión más inmediata y poderosa, experimentada cada día por cada

obrero y cada campesino, en el hecho de que las condiciones de vida de las masas trabajadoras no sólo no siguen el ritmo del auge general de la economía, sino que incluso empeoran ahora como consecuencia de la escasez de alimentos. Las agudas crisis de la economía soviética recuerdan que las fuerzas productivas creadas por el capitalismo no se adaptan a un marco nacional y que sólo pueden coordinarse de manera socialista y armonizarse a escala internacional.

Así que ahora tenemos que ver cómo las viejas contradicciones de una economía atrasada se han agravado bajo el gobierno de un Estado todopoderoso, lanzando las fuerzas productivas de la nación en pos de ruidosos «éxitos económicos» logrados a costa de desastres sociales y escasez de alimentos de todo tipo.

El precio de la «independencia» económica

En el espacio de un cuarto de siglo, China ha experimentado tres trastornos completos en su comercio exterior, todos los cuales han tenido un profundo efecto en el ritmo de su industrialización. Antes de la guerra, la mayor parte del comercio chino se realizaba con Japón, Estados Unidos y Europa, mientras que la URSS representaba menos del uno por ciento. Con la fundación de la República Popular y el embargo estadounidense tras la guerra de Corea, la tendencia se invirtió y los países de Europa del Este empezaron a comerciar con China, representando hasta el 80% del valor total de su comercio exterior. Por último, el conflicto chino-ruso provocó una nueva convulsión, ya que la cuota de la URSS en el comercio chino disminuía año tras año y la de Occidente

aumentaba. A esto hay que añadir que la necesidad de realizar compras masivas de productos agrícolas a Australia, Canadá y Francia ha llevado a China a apartarse cada vez más del principio de equilibrio de las balanzas comerciales bilaterales y del sistema de trueque que debía protegerla de cualquier peligro de sometimiento a los grandes centros financieros.

Se trata, pues, de seguir esta evolución mostrando el papel del Estado centralizado en la agravación de los antagonismos que condujeron no sólo a la ruptura de los «lazos fraternales» entre Rusia y China, sino también a las crisis internas de la «colectivización» y de las «comunidades populares».

La primera tarea del gobierno chino fue establecer un monopolio estatal sobre el comercio exterior, para «regular el flujo del comercio de mercancías entre el mercado interior y el exterior de forma que sirviera a los intereses de la construcción socialista» (declaración del ministro de Comercio Yeh Chi-chuang, «Diario del Pueblo», 22/9/1959). Pero, ¿tiene algo que ver la política proteccionista con el socialismo? ¿El bloqueo continental de Napoleón, el Zollverein de Bismarck y el Telón de Acero de Stalin construyeron el «socialismo» o garantizaron la formación de capital y el desarrollo del mercado en sus respectivos países? En la propia China, el control estatal del comercio exterior se considera la culminación de la política de Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek, para quienes la última palabra de la revolución burguesa residía en la abolición del likin, de las aduanas interiores y exteriores, que estaban en manos del imperialismo extranjero.

Una vez establecido este monopolio, la política comercial del Estado dio aún más la espalda al socialismo. Se resume en dos puntos: 1) el comercio exterior

debe servir a la industrialización de China; 2) sólo puede ser un comercio bilateral basado en la reciprocidad para salvaguardar la «independencia política» y la «seguridad económica» del país. En consecuencia, lejos de pedir créditos externos para financiar sus importaciones, China tendrá que aplazarlas y pagar todas sus compras de bienes de capital exportando productos agrícolas y materias primas industriales. En otras palabras, el Estado se ha encargado de matar de hambre a la nación para salvar su «independencia» y, a falta de una palabra mejor, hace pasar todos los rigores de la ortodoxia financiera por «ortodoxia marxista»:

Aparte de una parte de los préstamos a bajo interés que la URSS había concedido a nuestro país en los primeros días de la fundación de la República, su ayuda se proporcionó principalmente a través del comercio recíproco en el marco de unas relaciones comerciales basadas en la igualdad y la ventaja mutua. En los últimos diez años [1949-1959], los préstamos extranjeros representaron sólo el 2% de los recursos financieros totales del país, y estos préstamos fueron contraídos en los primeros días de la fundación de la República. Hemos confiado, en su mayor parte, en la acumulación interna y en nuestras propias fuerzas para resolver la cuestión de los fondos de construcción... («La Gran Década», artículo de Li Sien-nien).

Queda por ver cómo, sobre esta base, tanto las relaciones sino-soviéticas como la condición social de las masas sobreexplotadas dentro de China estaban destinadas a deteriorarse. Examinemos la estructura del comercio sino-soviético:

Estructura del comercio sino-soviético (1955-1961)		
A: Importaciones chinas provenientes de la URSS (% del total de importaciones)		
Años	Productos industriales y de bienes de equipo	Instalaciones industriales completas
1955	45,0	18,9
1956	61,1	26,7
1957	71,4	38,5
1958	73,3	26,2
1959	79,5	41,9
1960	81,8	45,7
1961	72,0	21,5

B: Exportaciones chinas con destino a la URSS (% del total de exportaciones)			
Años	Productos agrícolas	Artículos textiles	Minerales diversos
1955	52,6	10	36,8
1956	47,8	13,7	29,2
1957	40	19,9	33
1958	37,2	26	17,8
1959	32,6	36,8	19,2
1960	28,2	45,5	21,2

1961	8,2	59,4	24,7
------	-----	------	------

En 1955, China aparecía como un país que exportaba un alto porcentaje de productos agrícolas (52,6%) y materias primas (36,8%), frente a bienes de capital (45,0%). La estructura de su comercio con la URSS ilustra bien el modelo clásico de relaciones entre países atrasados y países capitalistas desarrollados. Hasta 1960, año en que los técnicos rusos abandonaron el país, las importaciones chinas incluían una parte cada vez mayor de medios de producción y productos industriales básicos procedentes de la URSS (máximo: 81,8%). Este aumento se aprecia aún más claramente si observamos la parte de las instalaciones industriales completas en el total de las importaciones: pasó del 18,9% en 1955 al 45,7% en 1960.

En cambio, en la columna de las exportaciones se observa una fuerte tendencia a la baja de la parte correspondiente a los productos agrícolas, que pasa del 52,6% al 28,2% entre 1955 y 1960. Sin considerar siquiera las repercusiones de las «catástrofes naturales» de 1959-1960-1961 en este capítulo de las exportaciones chinas (caída al 8,2% en 1961), se observa una tendencia constante a vender más productos textiles y menos productos agrícolas de 1955 a 1960. Esta tendencia puede explicarse de dos maneras: o bien refleja el progreso de la industria ligera china, o bien marca una estabilización insuperable de la producción y las exportaciones agrícolas, que de otro modo provocaría una grave escasez de alimentos. Sin descartar la primera explicación, la segunda explica los «saltos adelante» y las crisis de la colectivización y las comunas.

En cualquier caso, el desarrollo del comercio sino-soviético sobre la base del trueque planteaba a los dos socios un delicado problema: ¿cómo pagaría China sus crecientes importaciones de bienes de equipo? ¿Sería posible aumentar aún más sus deducciones de las ya escasas raciones alimentarias de la población? Por otra parte, la URSS habría seguido comprando sin duda productos agrícolas chinos; pero ¿podría importar más productos manufacturados, especialmente textiles, cuando todas las reformas económicas de Jruschov, Liberman y Kosygin tenían como único objetivo hacer que la industria ligera soviética fuera rentable y competitiva en el mercado? El aislamiento económico de China se acentuó aún más con la liquidación del trueque en el comercio oriental y la creación de un banco «socialista» internacional para cubrir los déficits de las diferentes balanzas comerciales.

Examinemos ahora las fallas del comercio sino-soviético a la luz de estas tendencias del «mercado socialista».

Evolución del comercio chino-soviético (1949-1965)				
Años	Total de intercambios	Importaciones chinas	Exportaciones chinas	Balance comercial
1949	308	179	129	-50
1950	522	350	172	-178
1951	729	431	298	-133
1952	872	499	373	-126
1953	1056	628	428	-200

1954	1205	684	521	-163
1955	1253	674	579	-95
1956	1350	660	690	30
1957	1155	490	665	175
1958	1320	571	749	178
1959	1850	859	991	132
1960	1498,7	735,4	763,3	27,9
1961	826,9	330,6	496,3	165,7
1962	674,8	210,1	464,7	254,6
1963	540,2	168,5	371,7	203,2
1964	404,6	121,8	282,8	161
1965	375,5	172,4	203	30,5
(en millones de nuevos rublos)				

Al igual que en el cuadro anterior, hemos obtenido las cifras de los anuarios soviéticos de comercio exterior. Hasta 1959 las estadísticas muestran el valor del comercio en rublos viejos, que hemos convertido en rublos «pesados» según la relación: 1 rublo nuevo = 4,44 rublos viejos. Por lo tanto, hasta 1959 sólo dispondremos de cifras redondeadas, pero tienen la ventaja de presentar una serie continua que ilustra con bastante precisión la evolución del comercio. En este cuadro destacan dos fechas cruciales: 1956, primer año en que las exportaciones chinas superaron a sus importaciones, y 1959, que marcó el punto álgido del comercio sino-soviético, con un total de 1.850 millones de

rublos. Después de 1936, el superávit de las exportaciones chinas se mantuvo estable, y es con gritos de triunfo que Pekín ha anunciado desde entonces que estaba libre de su deuda con Moscú. Después de 1959, el volumen de intercambios descendió de forma constante y precipitada: en 1965 apenas superaba el nivel de 1949. Por tanto, podemos hablar con razón de una completa convulsión en las relaciones exteriores de la China maoísta, una convulsión cuyas consecuencias habrá que vigilar no sólo internamente, sino también en las relaciones de China con el mundo capitalista.

Concluyamos por el momento este capítulo. Ya hemos dicho que la ruptura sino-soviética es una admisión de la bancarrota del llamado «sistema socialista mundial». Este fracaso refleja antagonismos mucho más profundos que las «diferencias políticas» que se han utilizado para explicarlo. Pero la forma que ha adoptado como conflicto entre Estados rivales, entre diplomáticos rivales, expresa una realidad no menos apremiante. El papel del Estado como guardián de los intereses capitalistas y de la «independencia» nacional no puede sino agravar hasta la ruptura las contradicciones de este modo de producción. Se rompen los vínculos necesarios con la economía mundial, pero también el frente interno de la producción, el despilfarro y la matanza de fuerzas productivas desangradas en el altar de la Patria y del Plan.

En el artículo que citábamos antes, Li Sien-nien escribía: «Al mismo tiempo que nuestras finanzas continúan fortaleciéndose, ya estamos en condiciones de seguir construyendo nuestro país únicamente mediante la acumulación interna. Estos hechos demuestran que nuestras finanzas son de carácter socialista (!!!), que se basan en el desarrollo de la producción y la prosperidad de la economía,

que contribuyen a la felicidad del pueblo y avanzan hacia una expansión cada vez mayor». («La gran década»).

Así que, como Stalin antaño, Mao hizo de la necesidad virtud: llamó «socialismo» al aislamiento temporal de la economía china, desarrollando las semillas del «populismo» que en el pensamiento del revolucionario burgués Sun Yat-sen había nacido de la decepción con las grandes empresas estadounidenses y japonesas. No discutiremos las posibilidades y probables tasas de desarrollo de China si dependiera únicamente de la «acumulación interna». Esto, ya lo hemos dicho, es un falso problema. Sólo preguntaremos, ya que se trata del socialismo: ¿es éste realmente el programa de la dictadura proletaria en un país aislado? Trotsky, una vez más, nos dio la respuesta invariable para la Rusia de ayer, como para la llamada China «socialista» de hoy, o para cualquier potencia que mañana reivindique la dictadura proletaria no con palabras sino con hechos:

El programa realista de un Estado obrero aislado no debe proponerse alcanzar la 'independencia' de la economía mundial, y menos aún construir una sociedad nacional socialista 'en el plazo más breve posible'. Su tarea consiste en buscar, no tasas máximas abstractas, sino las mejores tasas que se deriven de las condiciones económicas internas y mundiales, que consoliden las posiciones del proletariado, que preparen los elementos nacionales de la futura sociedad socialista internacional y, al mismo tiempo y sobre todo, que mejoren sistemáticamente el nivel de vida del proletariado y consoliden su unión con las masas no explotadoras del campo. Esta perspectiva

sigue siendo válida durante todo el período preparatorio, es decir, hasta el momento en que la revolución victoriosa en los países avanzados libere a la Unión Soviética de su actual aislamiento (Prefacio a “La revolución permanente”).

«El hombre, el capital máspreciado»

Ya hemos mencionado las dificultades de la planificación china. Incluso con respecto al primer plan, Hugues y Luard pudieron escribir:

Nunca hubo un primer plan quinquenal en el verdadero sentido de la palabra; más bien hubo un plan de dos años y medio formulado en el primer semestre de 1955 y anunciado en julio de ese año. («El desarrollo económico de la China comunista», p. 55).

No es casualidad, por tanto, que la versión final de este plan se produjera sólo unos meses después de la visita a China de Jruschov, Bulganin y Mikojan en septiembre-octubre de 1954. Fue después de esta visita cuando se emitió una declaración conjunta anunciando la liquidación de las empresas conjuntas chino-soviéticas, y cuando la URSS concedió créditos adicionales para la construcción de fábricas, aumentando el número de 141 a 211. Esta «ayuda» formó efectivamente la columna vertebral del plan. Esta «ayuda» constituyó efectivamente la espina dorsal del primer plan y le dio su forma definitiva: se dio prioridad a la industria pesada y a la construcción de «grandes proyectos» como las acerías de Anshan (Manchuria), Paotow (Mongolia Interior) y Wuhan en el Yangtsé.

Pero las condiciones del comercio sino-soviético, tal como se han definido anteriormente (pago a corto plazo en materias primas, productos agrícolas o divisas), provocaron una avalancha de medidas económicas y políticas destinadas a presionar al país para que devolviera el dinero a Moscú. En efecto, 1955 no fue sólo el año de la «ayuda» soviética y del nuevo impulso que dio al plan; fue también el año que inspiró a la Sra. Sun Yat-sen para escribir la página laudatoria que citábamos antes sobre las ventajas del «nuevo mercado mundial» que se estaba creando entre los países «socialistas». 1955 fue también el año decisivo de la «colectivización» con el informe de Mao de julio «Sobre el problema de la cooperativización agrícola» (véase *Programme Communiste*, nº 35); por no hablar del movimiento de «reeducación» de los capitalistas nacionales que extendió el control del Estado a todas las empresas privadas.

Un año después, la maquinaria económica bajo presión tuvo que dar marcha atrás. La proporción de inversiones en las secciones A y B, que había sido del 26,6% frente al 73,4% en 1949, del 35,6% frente al 64,4% en 1952, cayó al 48,4% frente al 51,6% en 1957. En el 8º Congreso del PCCh se denunciaron la política de sobreinversión y el «forzamiento» de la mano de obra en nombre de los objetivos del Plan, y Chou En-lai subrayó en su informe la necesidad de «regular adecuadamente la relación entre industria pesada e industria ligera, entre producción industrial y producción agrícola, entre construcción económica y desarrollo cultural». A principios de 1957, en un discurso que ha permanecido famoso, Mao admitió la existencia de «contradicciones en el seno del pueblo» y afirmó haber encontrado la «solución correcta». Era la época de las «Cien Flores»... Pero en 1958, gracias a una buena cosecha, el ciclo infernal

comenzó de nuevo con el movimiento de la «Comuna Popular», que prometía resolver todos los problemas de China: vencer el hambre e industrializar el país con todos los medios a su alcance. Como hemos visto, en 1958-1959 se produjo un fuerte repunte del comercio sino-soviético y la proporción de bienes de capital en el volumen de intercambios alcanzó nuevas cotas. Sin embargo, la extrema presión sobre las fuerzas productivas llevó al país al borde de la bancarrota. En abril de 1960, el Comisario de Planificación, Li Foutchoun, admitió públicamente que un rasgo característico del crecimiento económico chino era la evolución de vaivén que había experimentado desde 1955:

El curso del desarrollo de la economía nacional -dijo- pasa siempre de la inestabilidad a la estabilidad y de la estabilidad a la inestabilidad. Cada vez que este proceso se renueva, eleva la producción a un nivel superior y la economía nacional, a través de estos movimientos ondulantes, progresa continuamente... (citado por Hugues y Luard, p. 234).

Así pues, creemos haber demostrado que todas las dificultades de la economía china no provienen únicamente de la «ruptura de los contratos comerciales» con Moscú, sino de las condiciones tanto del mercado «socialista» como del mercado mundial. Tras un breve período de reconstrucción, el Estado chino se encontró con estos problemas y trató de darles una «solución» nacional burguesa. La política de «construcción del socialismo» en China, con los altibajos de la colectivización y los subsiguientes altibajos de la producción, data de 1955. Y las diversas «soluciones» que se ofrecieron estaban todas inspiradas por la misma preocupación: ¿cómo acelerar

la industrialización del país sin recurrir a préstamos externos, sin comprometer la sacrosanta independencia nacional? El punto de inflexión llegó en 1955.

De hecho, ese año se produjo un aumento de la «ayuda» rusa, pero al mismo tiempo la naturaleza del comercio sino-soviético estaba cambiando, en consonancia con todos los cambios, latentes o en ciernes, en la economía rusa y en el «campo socialista». A partir de 1955, los créditos presupuestarios exteriores de China (en su mayoría rusos) disminuyeron, mientras que las entregas soviéticas de bienes de equipo aumentaron. El siguiente cuadro da prueba de ello:

Evolución de la deuda externa obtenido por China y de las entregas soviética de bienes de equipo (1950-1957)			
Años	Créditos extranjeros del presupuesto chino	Exportación de bienes de equipo soviéticos (total)	Exportación de bienes de equipo soviéticos (fábricas completas)
1950-1952	300	304	70
1953	175	162	45
1954	354	229	93
1955	663	198	141
1956	47	305	217
1957	9	272	209

(en millones de dólares estadounidenses)

Fuente: « Documentation française »: *Le commerce extérieur de la Chine populaire et les relations sino-soviétiques* », 26 de mayo de 1959

Esto es lo que dirían los propios rusos, no los chinos, sobre los «créditos» y «préstamos» posteriores. En el XX Congreso, Jruschov declaró: «Suministramos a China bienes de capital por un valor total de 5.600 millones de rublos. A cambio de sus suministros, la URSS recibe de China artículos de interés para nuestro país». En abril de 1956, cuando Mikoian firmó un nuevo acuerdo por el que se aumentaba en 2.500 millones de rublos el valor de los equipos soviéticos suministrados a China, un comunicado de prensa afirmaba que «el reembolso de estos equipos se realizará comercialmente».

Ante estas dificultades, el Estado chino no permaneció pasivo, y el «pensamiento» de Mao resultó fértil... Pero, ¿en qué dirección operó la innegable fuerza del poder? Antes de responder a esta pregunta, hay que considerar la inercia y la resistencia de las viejas estructuras sociales.

En su búsqueda del capital necesario para la compra de bienes de equipo, el Estado se topó con una realidad al menos tan grave como la amenaza de esclavización al capital extranjero: la lenta evolución de la relación entre el crecimiento demográfico y la producción agrícola. Esto quedó especialmente claro cuando se conocieron los resultados del censo de 1953. El aumento medio anual de la producción agrícola no superaba el 4-5%. Y esto había que utilizarlo para satisfacer las necesidades de una población total que aumentaba casi un 2% cada año. Además, había que utilizar estos escasos recursos para financiar las importaciones industriales, que aumentaban casi un 10% cada año... A pesar de la disminución de la parte de los productos agrícolas en el total de las exportaciones chinas durante el primer plan quinquenal, los datos sobre el problema desde 1957 no han variado mucho, sin duda, como consecuencia de

las diversas «calamidades» que se han abatido sobre la agricultura china. No obstante, nos contentamos con proporcionar los únicos datos estadísticos seguros correspondientes a los años 1953-1957.

Ritmo del crecimiento económico chino		
	1957 (1952 = 100)	1953-1957 (media anual)
Población total	111	2
Población urbana	128	5,7
Producción industrial y artesanal	219	17
Comercio exterior	160	10
Producción agrícola total	125	4,5
de los cuales alimentos básicos	120	4

En marzo de 1957, el Ministro de Sanidad comentó estas cifras ante la Asamblea Popular Nacional:

Con una tasa de crecimiento (de la población) tan desproporcionada, el aumento de nuestra producción agrícola e industrial, por rápido que sea, no podrá satisfacer adecuadamente las necesidades esenciales de la población en aumento. (citado por G. Etienne: «La voie chinoise», p. 62).

En la misma sesión se aprobó una ley que autorizaba el aborto y la esterilización, y fomentaba la difusión de los métodos anticonceptivos. Sin embargo, esta política no duró mucho: Mao había descubierto la fórmula del nuevo Malthus que debía asegurar el triunfo del «socialismo» mediante campañas de producción en masa. En su discurso del 27 de febrero de 1957 [«Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo»](#), declaró: «Al trazar nuestros planes, al tratar nuestros asuntos o al pensar en nuestros problemas, debemos partir del hecho de que China tiene 600 millones de habitantes... Éste es un hecho objetivo y es nuestro capital».

¡Una declaración aún más cínica que la que hizo Stalin ante una asamblea de «cuadros» soviéticos en 1935! En efecto, cuando Stalin anunciaba que «el hombre es nuestro capital más precioso», declaraba al mismo tiempo que la U.R.S.S. había superado el período de escasez técnica de los primeros años de la industrialización y hablaba ya en pasado de aquel período de acumulación capitalista en el que las fuerzas productivas se inmolaban descaradamente en favor de los medios de producción más rudimentarios. Al predecir «tiempos mejores», Stalin hacía retroceder las masacres «inhumanas» de la industrialización a un pasado «zarista».

El «pensamiento» de Mao, en cambio, fue más rápido: o bien aprovechó las lecciones de Stalin, o bien se vio estimulado por el mayor atraso de China. Pekín proclamó inmediatamente que el «capital de los 600 millones de chinos» debía sustituir a la tecnología avanzada del mundo capitalista. Para estos millones de hombres, el único «hecho objetivo» de la revolución china no era que tuviera lugar en un mundo superindustrializado donde sólo el proletariado

internacional podía gestionar y distribuir el patrimonio técnico, sino en un país atrasado y esclavizado por su propia miseria y los fetiches burgueses de la «independencia» económica y el Estado nacional. Otros han cantado la «epopeya» de millones de chinos subiendo de espaldas los valles para fertilizar las montañas. Otros se han extasiado ante la mayor movilización de fuerzas productivas jamás lograda por un Estado nacional centralizado para desencadenar una «revolución sin precedentes en la historia agraria mundial» (R. Dumont). ¿Acaso no anunció China que en pocos años, e incluso en pocos meses, había irrigado más hectáreas que en dos milenios, casi el doble de lo irrigado en Estados Unidos en un siglo, y con recursos materiales diferentes?

Al igual que «la mayor revolución agraria de todos los tiempos» se basó únicamente en la fuerza física del campesino chino, los «saltos adelante» de la industria se han producido a escala de pequeñas fábricas y modestos hornos rurales. Esta otra «solución» a los antagonismos del desarrollo capitalista en China también fue sugerida por las crisis de sobreinversión que estallaron durante el período de «ayuda» soviética. Ya en el VIII Congreso del PCCh, Chou En-lai indicó el punto de inflexión que debía alcanzarse en la política económica de Pekín: «Para cada rama en general», dijo, «debe haber unas pocas grandes empresas que actúen como estructura básica y muchas pequeñas y medianas empresas que apoyen a las grandes». (Informe de Chou En-lai al VIII Congreso, 1956).

La evaluación de los éxitos y fracasos del Estado chino desde el punto de vista de su «independencia» económica tiene, en última instancia, un interés limitado. Como decía Trotsky en su prefacio a «La revolución permanente»,

«la división internacional del trabajo y el carácter supranacional de las fuerzas productivas modernas no sólo conservan toda su importancia, sino que la multiplicarán por dos y por diez para la Unión Soviética [y mañana para China], según el nivel alcanzado por su ascenso económico».

Por el contrario, el balance político y social de la construcción nacional china es más significativo e indiscutible. Como hemos visto, no hay contradicción o catástrofe reciente que no haya sido provocada y alimentada por la ley del mercado mundial en el corazón mismo del «sistema socialista». Sin embargo, las crisis en China no se deben simplemente a la ruptura de los lazos económicos con la URSS, sino a la naturaleza de estos lazos, tal y como se establecieron entre ambos socios ya en 1956. En esta ocasión, el papel del Estado chino se reveló con toda la claridad de sus objetivos de clase. Como Trotsky nos recordó contra Stalin, el marxismo nunca consideró el poder del Estado como un reflejo pasivo del proceso económico, y por eso la dictadura proletaria en países tan atrasados como Rusia y China no era una aberración histórica. Pero sus únicas posibilidades de éxito residían en la evolución de la política mundial y el derrocamiento de las relaciones de producción a escala mundial. A partir de 1956, la tarea más urgente del Estado chino fue imponer, tanto en el interior como en el exterior, la fórmula de la «independencia» económica y las campañas de producción en masa, la receta para el aislamiento nacional conocida como «construcción del socialismo». Fue precisamente así como el gobierno demostró que no era socialista en absoluto, ¡a pesar de su «voluntad» de cambiar de etiqueta y de la exigencia de los «guardias rojos» de sustituir la

constitución «democrática» de 1954 por una «constitución» de dictadura proletaria!